

NEWADULT



VICTORIA VÍLCHEZ

**SOLO UNA
PRIMAVERA**

PARTE 1

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, diciembre 2019

© 2019 Victoria Vílchez

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Parte 1](#)

[PRÓLOGO](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

*A vosotros, por acoger con tanto cariño a la familia Donaldson.
Ya formáis parte de ella.
Y a la mejor persona que he conocido jamás. Te quiero, papá.*

Parte 1

PRÓLOGO

—No siempre será invierno —dijo Cam, haciendo malabarismos para mantener el móvil contra la oreja.

Lily estaba sobre su regazo comiéndose otra galleta. Parecía que al final sí que había acertado con algunas de sus preferencias. Maverick, a su lado, se encontraba recostada sobre él. Cam no podía ser más feliz; las tenía, a ambas, e iba a seguir compartiendo su vida con ellas.

—Sí, ya —replicó Lea, al otro lado de la línea—, como que la primavera llega mañana. Pero ¿qué se supone que significa eso?

Cam sonrió.

—Que las cosas empezarán a ir a mejor.

Lea no estaba segura de que eso fuera a pasar en su caso, pero no quería atosigar a su primo con los detalles de su pésima vida social. Él había estado llamándola para interesarse por cómo iban las cosas en el instituto y, en una de esas llamadas, le había confirmado lo que su tía ya le había dicho: Cam era padre de una niña de seis años, la misma que ambos habían visto patinando en el lago en Baker Hills durante las Navidades junto con su madre, Maverick Parker.

No dejaba de sorprenderla que los tres hermanos Donaldson hubieran encontrado el amor en menos de un año. Aria, en verano en Lostlake; Sean, durante el otoño en la universidad; y Cam, en el invierno que llegaría a su fin mañana, se había reencontrado con la chica de la que se había enamorado en la adolescencia y había formado una familia. La Lea del pasado seguramente hubiera sentido una envidia malsana, pero ya no era esa chica. Ahora se alegraba por ellos.

—¿Vas a venir a hacernos una visita? Quiero conocer a Lily —le dijo, rehuyendo el tema que sabía que preocupaba a Cam.

—Bueno, la boda de Sean y Olivia será en verano en Lostlake. Nos veremos allí seguro. —Cam echó un vistazo a Maverick, que le guiñó un ojo. Ya habían hablado del tema y ella estaba deseando

conocer Lostlake—. Pero puede que podamos escaparnos antes.

Cam se estaba aplicando incluso más que de costumbre para sacar adelante las asignaturas que le restaban para graduarse. Sean ya había firmado con los Rams para jugar con ellos la próxima temporada, y todos se quedarían a vivir en California. Incluso su madre se estaba planteando vender la empresa familiar y trasladarse para estar más cerca de ellos, pero Baker Hills siempre sería un hogar al que los Donaldson no dudarían en regresar.

Hablaron durante un rato más y, cuando colgaron, Lea permaneció tumbada sobre la cama de su habitación mirando el techo. Había acabado un trabajo que tenía que entregar al día siguiente y no tenía otros deberes pendientes, tampoco nada que hacer. Así que cogió los libros que había sacado de la biblioteca y se dijo que podría acercarse a devolverlos.

Los días transcurrían con demasiada pereza en Baker Hills, al menos para ella. Pero la llegada de la primavera anunciaba el principio de un final que estaba más que deseosa de alcanzar. En unos pocos meses se graduaría en el instituto y se olvidaría por fin del infierno que le habían hecho vivir sus compañeros después de lo sucedido con aquella maldita fotografía. Empezaría de nuevo, muy lejos de ese pueblo, en la primera universidad que la admitiera; no le importaba dónde.

Se puso el abrigo y avisó a su madre de que iba a salir. No tardaría. Sus tardes habían estado mucho más ocupadas cuando aún tenía amigas, si podía llamarlas así. Ahora comprendía que la única persona que se había preocupado por ella era Aria. Su prima había dado la cara en su nombre a pesar de que eso le había costado su propia reputación. Agradeció en silencio que la hubiera perdonado por todo lo que había sucedido luego, no era como si realmente se lo mereciera.

La biblioteca de Baker Hills no era gran cosa, pero Lea había encontrado un refugio en ella. Además de los libros que empleaba para algunas de sus tareas del instituto, había empezado a sacar también otros por puro entretenimiento. Devolvió los que llevaba y se deslizó entre las exiguas estanterías en busca de nuevas lecturas con las que pasar las horas muertas. Al final, encontró una trilogía

completa de fantasía que llamó su atención y decidió llevársela.

Al salir cargando con los tres tomos y su mochila, el aire fresco le arañó la cara y tiró del faldón de su abrigo, que había olvidado abrocharse. Mechones de pelo rubio se agitaron frente a sus ojos y maldijo por no ser capaz de retirarlos. Con suerte, la aceptarían en Berkeley como a Aria y no tendría que pasar otro invierno padeciendo el frío de Ohio.

Sin ver demasiado bien por dónde iba, metió el pie en un charco. No llovía en ese momento, pero en los dos últimos días no había parado y había agua por todas partes. El bajo del pantalón se le empapó al instante y estuvo a punto de resbalar y acabar con el culo metido también en el charco. Maldijo de nuevo, esta vez en voz alta y de una forma muy imaginativa.

Escuchó un silbido.

—Vaya boca...

Su humor empeoraba por momentos. Seguro que sería alguno de sus compañeros de instituto, muy dispuesto a burlarse de sus miserias y recordarle lo explícita que había sido la maldita fotografía.

Resopló y dejó de mirarse los pies. Al empezar a levantar la vista lo primero que vio fue unas botas negras de cordones y las ruedas de una moto. ¿Qué clase de loco conducía una moto con ese tiempo? Sus ojos continuaron ascendiendo, deslizándose por un pecho amplio y bien formado sobre el que el desconocido cruzaba los brazos, y luego... más arriba... tropezó con unos labios curvados en una sonrisa socarrona y unos ojos verdes que brillaban divertidos. Los mechones de su pelo negro también se agitaban con el aire frío, aunque a él no parecía molestarle. Era guapo, más que cualquier chico con el que Lea se hubiera tropezado jamás, o al menos eso le pareció a ella.

La cuestión era que ese rostro le resultaba extrañamente familiar... Sabía que lo había visto antes, pero no recordaba dónde. El chico debía de tener al menos un par de años más que ella, por lo que podría tratarse de algún compañero que ya hubiera terminado sus estudios en el instituto y con el que se hubiera cruzado en algún momento por los pasillos. Baker Hills era un pueblo relativamente pequeño, pero no tanto como para que todos sus habitantes se

conocieran.

—Tus padres se horrorizarían si supieran las cosas que salen por esa boca —señaló, y Lea no pudo evitar ponerse a la defensiva.

No le importaba si estaba bromeando, era más que probable que supiera de ella y de lo sucedido el curso anterior y aquello solo fuera otra de tantas burlas. Empezaba a cansarse.

—Nadie te ha preguntado —le espetó, resentida, y él alzó las manos en señal de rendición.

—Te recordaba más amable, y también más... pequeña.

Sus sospechas eran ciertas entonces, ya se conocían. Pero Lea estaba convencida de que no hubiera podido olvidar una cara como esa, por mucho que su propietario fuera un imbécil arrogante y engreído, especialmente si era así; a su antigua yo le encantaban ese tipo de tíos.

«¿Qué fue de mi propósito de no juzgar a los demás?», se reprochó, pero el chico continuaba observándola con un descaro irritante.

Si lo sabía, si había visto la fotografía que había circulado por cada teléfono móvil de todos los alumnos del instituto, no cambiaría nada que se mostrara brusca con él; tal vez así desistiera de su afán de humillarla. Se debatió durante unos segundos, pero al final ganó la batalla la parte de ella que aún luchaba por mantener cierta dignidad.

—Pues yo no te recuerdo en absoluto, así que si no te importa...

Comenzó a caminar por la acera. Volvería a su casa, al calor de su dormitorio, y se sumergiría en el primer volumen de la historia que acarrea entre las manos. Evadirse con la lectura era, a buen seguro, la mejor forma de esperar a que llegara la primavera.

Pero él dejó la moto atrás y se apresuró a colocarse a su lado.

—No he cambiado tanto —le dijo, mientras se adaptaba a su paso rápido.

Sonreía. Lea lo sabía a pesar de no estar mirándolo, de alguna forma extraña y retorcida era consciente de ello.

Apretó el paso. No estaba dispuesta a soportar más burlas, ni una más.

—¡Vamos, Lea! —rio él, sin darse cuenta de su creciente enfado—. Soy Jared, Jared Payne.

Lea se detuvo al escucharlo, comprendiendo por fin el porqué de tanta insistencia. Él aún dio unos cuantos pasos más antes de darse cuenta de que la había dejado atrás. Giró sobre sí mismo y permaneció en pie en mitad de la acera, observándola.

—Ahora sí que sabes quién soy —repuso, sonriéndole, y Lea hirvió de rabia.

—Sí, sí que lo sé.

Cuando fue a acercarse, ella retrocedió.

—Acabo de volver al pueblo. ¿Quieres... podríamos ir a tomar algo a Lucky's? —propuso, y su titubeo hubiera resultado adorable de no ser porque era el hermano mayor de Connor, el mismo Connor que había arruinado su vida.

—Vete al infierno, Payne —escupió, desafiante.

Pero, incluso así, Jared no dejó de sonreír.

1

La primavera había llegado a Baker Hills y, con ella, el final casi inminente del curso escolar. Un año atrás, Lea había formado parte de lo que ahora llamaba «nido de víboras». No solo eso, sino que había sido la reina de las serpientes. Su popularidad, su grupo de amigas, su novio en ese momento —Max Evans, el célebre *quarterback* estrella del equipo de fútbol— y su vida en general eran perfectos. O al menos eso era lo que ella creía antes de cometer un error que había terminado pagando muy caro.

Un año antes.

—Me voy a casa, Lea. —Max echó un vistazo a su alrededor y frunció el ceño—. Estoy cansado.

La fiesta posterior al partido había alcanzado su auge horas atrás. En aquel momento, la mayoría de sus compañeros de instituto estaban borrachos o se habían marchado; algunos, ambas cosas. A Max no le agradaba la idea de que algunos hubieran cogido el coche para regresar a casa, pero, por más que había insistido en llevarlos él mismo, ninguno quería dejar allí su coche.

«Idiotas», pensó.

Él mismo se hubiera marchado a pie de no ser porque no había probado ni una gota de alcohol. No estaba demasiado entusiasmado con su actuación en el partido de ese día a pesar de que habían logrado ganar, y aún esperaba que los miembros del equipo rival hicieran alguna de las suyas. No sería la primera vez que aquellos capullos se colaban en una de sus fiestas para armar jaleo y resarcirse de una derrota.

—Vamos, quédate un rato más —insistió Lea, colgándose de su brazo y esbozando un mohín.

Llevaban varios meses saliendo. Él era el *quarterback*, y ella, parte del equipo de animadoras; era lo que todo el mundo esperaba. Pero Max sabía que su relación no iba a ninguna parte, y Lea, en el fondo, también era consciente de que no había química entre ellos;

a duras penas se soportaban.

—Estoy cansado —repitió, y se deshizo de su agarre.

Lea puso mala cara. Empezaba a darse cuenta de lo poco que encajaban y lo difícil que resultaba que Max hiciera lo que ella quería. Al contrario que otros de sus compañeros de equipo, Max Evans no era un chico fácil de manejar.

—Pues lárgate —le espetó airada—. Ya encontraré a alguien que me lleve a casa.

Max no parecía demasiado convencido. Antes de marcharse, le hizo prometer que no se montaría en el coche con alguien que hubiera bebido y que lo llamaría para que fuera a buscarla de ser necesario. A Lea le hubiera conmovido su preocupación de no ser porque estaba demasiado enfadada para prestar atención a las cosas realmente importantes.

Sin despedirse siquiera, se fue en busca de alguna de sus amigas. A Kenzie la había dado por perdida horas atrás; sabía que esa noche se lanzaría a por Troy, uno de los defensas, que llevaba semanas rondándola sin descanso. Pero esperaba que Cassidy, otra de las animadoras del equipo, estuviera aún por allí.

Sin embargo, antes de llegar hasta el jardín trasero de la casa, donde se encontraba el grueso de los asistentes a la fiesta, se tropezó con otra persona: Connor Payne, el mejor amigo de Max.

—Hola, preciosa —ronroneó él, evidentemente ebrio.

Lea también había bebido, pero no fue el alcohol lo que hizo que le prestara atención a Connor, sino el despecho. Estaba cansada de los desaires de Max.

—¿Aún solo, Payne?

—Me estoy reservando —repuso él, acercándose hasta invadir su espacio personal.

El chico le pasó un brazo en torno a la cintura y la atrajo hacia sí. Lea rio, coqueta, y lo dejó hacer.

—¿Reservándote para quién?

Él estrechó el abrazo un poco más y arrastró con ello la tela de su vestido; el bajo apenas si alcanzaba a tapar la parte alta de sus muslos, pero Lea ni siquiera fue consciente de ello. Aun estando borracho, Connor la sostenía con firmeza.

—Para alguien que no me deje tirado, alguien a quien prestarle mi atención y que me la preste exclusivamente a mí.

—Eso resulta un poco arrogante por tu parte —rio Lea, sus rostros estaban tan juntos que no veía más allá de los ojos de él. Ni siquiera se percató de la insinuación velada, sobre la marcha de Max, que contenían las palabras de Connor.

En otras circunstancias, Lea no lo hubiera dejado acercarse tanto ni tampoco hubiera permitido que sus manos descendieran más allá del final de su espalda. Se lo hubiera quitado de encima de inmediato y le hubiera reprochado su actitud. Pero no aquella noche. A su mente acudieron media docena de razones por las que estar allí, de pie entre los brazos del mejor amigo de su novio, no estaba mal; no eran motivos reales ni coherentes, pero en ese instante parecían tener su lógica.

—Solo digo la verdad. Y tú, Lea, ¿no crees que te mereces estar con el mejor? —terció Connor, arrastrando las palabras. No esperó su respuesta, sino que tiró de ella hacia la vivienda unifamiliar que se levantaba a pocos pasos—. Vamos, ven conmigo, preciosa.

Lea no se lo pensó dos veces. Lo siguió hasta el interior de la casa de Troy, el chico con el que presumiblemente ya estaría enrollándose Kenzie. ¿Era eso lo que iba a hacer ella con Connor? ¿Se liarían en alguna de las habitaciones de la planta superior, ocultos de las miradas desaprobadoras de sus compañeros?

Titubeó unos segundos antes de atravesar la entrada. A pesar de la excitación que la situación le provocaba, a pesar de la emoción de saberse el objeto de deseo de uno de los chicos más populares del instituto, se detuvo justo en el umbral, como si la línea que marcara este fuera un límite que, una vez traspasado, no le permitiría dar marcha atrás.

—¿Qué te propones, Payne? —inquirió, dudosa.

El chico esbozó una media sonrisa y volvió a rodearla con los brazos.

—Eres preciosa, Lea, la chica más bonita del instituto. Max no debería dejarte sola y, desde luego, debería esforzarse por cumplir todos y cada uno de tus deseos.

Aun siendo consciente de lo ridícula que sonaba esa afirmación, a la parte de ella que pensaba que su novio no le prestaba la debida atención le agradó escucharla. Lea era vanidosa, y Connor se estaba aprovechando de eso para convencerla. Ella lo sabía y, aun así, le devolvió la sonrisa. Nadie los descubrió escabulléndose escaleras arriba ni tampoco los vio encerrarse en la habitación de invitados. Nadie supo lo que ocurrió dentro; incluso Lea, perdida entre caricias y besos prohibidos, ignoraba por completo que Connor, en un momento dado, había sacado el móvil del bolsillo trasero de sus pantalones para hacer varias fotografías.

En la actualidad.

Rodó sobre el colchón de su cama y estampó el rostro contra la almohada. A pesar de haber estado bebiendo la noche de su infidelidad con Connor, las imágenes de lo sucedido en aquella habitación continuaban reproduciéndose en su mente con una nitidez desesperante. No solo eso, sino todo el cúmulo de mentiras que había venido después: sus peleas con Connor para exigirle respuestas acerca de la foto que había acabado en los móviles de todo el instituto, las que tuvo también con Max... Aún podía ver la decepción y la tristeza impregnando sus facciones, y eso era mucho peor que la humillación a la que la habían sometido incluso sus propias amigas. Aunque eso era lo que pensaba ahora; en aquel momento, lo único que le había preocupado era que Max no revelara la verdad sobre aquella desagradable fotografía y, con ello, terminara de hundir por completo su ya de por sí escasa reputación.

Levantó la cabeza lo suficiente como para apoyar la barbilla en la almohada y suspirar. Se estaba autocompadeciendo otra vez y se había prometido no volver a hacerlo. De nada servía lamentarse por la mala decisión que había tomado esa noche y las que vinieron después. Las personas a las que había herido, su prima Aria y Max, ya la habían perdonado; todo cuanto podía hacer era seguir adelante y no volver a cometer un error similar. Quizás ese era uno de los motivos por los que se había concentrado en sus estudios y se había prohibido cualquier relación con ningún chico. Aún hoy en día, continuaba recibiendo de vez en cuando mensajes con

insinuaciones y proposiciones sexuales por parte de algunos miembros de la población masculina del instituto de Baker Hills. Proposiciones que ignoraba fuera cual fuera su procedencia.

Lo único que tenía que hacer era seguir ignorándolas y superar aquella última primavera; una vez finalizado el curso, sería libre para volar a la universidad, lejos del instituto y de aquel pueblo, de la humillación y de sus errores. Lejos de todo.

Solo una primavera; solo eso.

2

Faltaban diez minutos para que sonara el timbre que anunciaba el principio de la jornada escolar. Sin embargo, Lea no tenía ninguna prisa por atravesar el aparcamiento del instituto e internarse en los pasillos que tanto había llegado a odiar. Cada día, desde el inicio del curso, retrasaba su entrada en el centro hasta que escuchaba el tercer y último aviso. Se camuflaba entre los troncos de la zona arbolada que había a pocos metros de la carretera y, solo cuando no le quedaba más remedio, se dirigía a paso vivo a su infierno particular sin prestar atención a los rezagados que de verdad llegaban tarde o a aquellos que habían decidido saltarse alguna clase.

El ritual había resultado más o menos eficaz hasta entonces. Apenas había gente en los pasillos cuando accedía a su clase y, de esa manera, no se veía obligada a soportar las miradas burlonas o las risas de desprecio. Por mucho que hubiera transcurrido un año desde el incidente de la fotografía, sus compañeros no olvidaban; tampoco había habido otro escándalo similar que lo hiciera posible. A pesar de saber que era ruin desear que algo así ocurriera, la desesperación de saberse continuamente juzgada resultaba abrumadora.

Las cosas habían podido ser peor, de eso no había duda. Max no le había contado a nadie en el instituto lo que realmente había sucedido, por lo que todos pensaban que el chico de la foto en la que Lea salía practicándole sexo oral era él. Tenía mucho que agradecerle... A él y a Aria, que se había visto salpicada por la polémica al defenderla con uñas y dientes frente a todos.

Escuchó el primer aviso del comienzo de las clases desde el otro lado del aparcamiento y comenzó a prepararse mentalmente. La estrategia de llegar con el tiempo justo no la salvaba de los periodos muertos entre clase y clase o del almuerzo en la cafetería. En el último caso, había optado por llevarse su propia comida y dar cuenta de ella en el exterior, lejos del resto de estudiantes. A la

vuelta del último verano, se había encerrado para ello en uno de los baños de su planta, pero durante la primera semana de curso había descubierto que no quería escuchar lo que sus compañeras decían de ella cuando creían que no podía oírlas. Sus comentarios eran maliciosos y estaban cargados de crueldad, y le recordaban que, hasta hacía poco, ella había soltado perlas similares sobre otras personas.

Probaba su propia medicina, eso era lo que le estaba sucediendo, y Lea había aceptado hacía mucho que era lo que merecía. Puede que la que era su realidad ahora pareciera un castigo justo; sin embargo, nadie merecía el aislamiento y la humillación a la que la habían sometido, algo que le estaba costando asumir.

«Allá vamos», pensó al escuchar el segundo aviso.

Respiró hondo y se adelantó un poco, lo suficiente como para quedar al borde del asfalto que se extendía entre la arboleda y la entrada del edificio.

—Debería estar acostumbrada —murmuró entre dientes, a la espera del aviso final.

—¿Acostumbrada a qué?

Al escuchar la pregunta, se giró tan rápido que uno de sus pies se deslizó por el bordillo y perdió el equilibrio. Hubiera terminado con el culo en el suelo de no ser porque alguien la sujetó. Unos brazos rodearon su cintura y la estabilizaron contra un pecho ancho y firme, y ese olor... ¿Cómo podía oler alguien de forma tan deliciosa?

El aturdimiento en el que se había sumido no duró demasiado. En cuanto se dio cuenta de quién era el dueño del pecho contra el cual se encontraba recostada, hizo fuerza con las manos para separarse de él. Casi esperaba resistencia por parte de Jared, pero este la dejó ir, seguro ya de que Lea no iba a derrumbarse.

—¿Acostumbrada a qué? —repitió cuando Lea se quedó mirándolo sin abrir la boca.

Esta se sacudió la ropa como si, en realidad, hubiera terminado cayendo sobre el suelo, pero solo trataba de ganar tiempo.

—A nada —dijo por fin, volviendo a centrarse en él.

Jared echó un vistazo al aparcamiento, casi desierto ya. Su vista saltó entonces hacia la puerta del instituto y luego de vuelta a Lea. Elevó las cejas.

—¿Y te escondes aquí por nada?

No estaba de humor para idear una respuesta creíble, o al menos sarcástica, y así quitárselo de encima. La piel de su cintura, allí en donde Jared la había sujetado, aún le hormigueaba. Significara lo que significase, le causaba un desconcierto con el que no sabía cómo lidiar. Puede que tuviera algo que ver con el hecho de que en los últimos meses nadie, salvo los miembros de su familia, la había abrazado. Aunque no era que lo que acababa de suceder fuera un abrazo en realidad...

«Soy patética, estoy lloriqueando por un poco de cariño». Apartó aquel pensamiento deprimente e irguió la espalda.

—No me escondo —replicó con dureza.

Jared no era Connor, pero no dejaba de ser el hermano de la persona que más dolor le había provocado. «Te hizo daño porque le diste el poder para hacerlo. Tú te metiste solita en ese lío», puntualizó esa vocecita incansable que la machacaba noche y día.

Suspiró sin ser muy consciente de que Jared continuaba observándola con interés, muy consciente de cada uno de sus movimientos.

—Eso —señaló el chico, en referencia a la forma en la que había exhalado el aire con amargura— no suena a nada. —Se metió las manos en los bolsillos, como si también él sintiera alguna clase de cosquilleo y no supiera cómo deshacerse de la sensación.

—¿Por qué tanto interés, Jared? —le preguntó entonces—. Ayer en la biblioteca, hoy aquí... No parece que se trate de una coincidencia.

Jared Payne estaba en su tercer año de universidad; ni siquiera debería estar en Baker Hills en esa época. No tenía nada que hacer en el instituto a esas horas de la mañana. ¿La estaba siguiendo? Si Connor le había hablado de lo sucedido...

—Déjame en paz, ¿vale? —añadió sin darle opción a responder.

Él desvió la mirada al suelo, aparentemente avergonzado, pero

enseguida empezó a negar.

—He venido a traer a Mia.

Mia era la hermana de Connor y Jared, la más pequeña de la familia Payne. Lea sabía que había comenzado el instituto ese año y se había mantenido convenientemente alejada de ella; aunque la conocía desde que apenas levantaba unos pocos palmos del suelo y era una cría bastante callada y muy amable, Lea prefería no tener relación con ningún Payne.

—¿No deberías estar en la universidad? —dijo. Alzó las manos y agitó la cabeza, negando—. ¿Sabes qué? No me importa. Solo aléjate de mí.

Clavó la vista en él y le mantuvo la mirada para darle mayor énfasis a la advertencia. A pesar de que el parecido entre Connor y él era evidente, los ojos verdes de Jared carecían de la malicia que los de su hermano habían terminado mostrando. Claro que tampoco era que hubiera sido consciente de ello desde el principio... Connor la había engañado muy bien, tanto a ella como a Max, que no había tenido idea del rencor y la envidia que su mejor amigo albergaba contra él.

Dio media vuelta para dirigirse a la entrada del instituto. Lo que fuera que buscara Jared, no podía ser bueno. Estaba segura de que su hermano lo habría puesto al corriente de lo sucedido y Jared creía ver en ella un rollo fácil o algo por el estilo.

A pesar de no ser una persona que se sonrojase con facilidad, Lea sintió arder las mejillas al pensar en los dos hermanos charlando sobre las cosas que Connor y ella habían hecho.

—¡Lea, espera! No te estoy siguiendo —escuchó que le gritaba—. ¡Espera, joder!

No se detuvo. Se repitió mentalmente lo que se había convertido en su mantra en esos días: «Solo una primavera», y continuó atravesando el aparcamiento. Esos meses pasarían rápido; resistir era todo lo que tenía que hacer. No permitiría que Connor —ni su hermano— la humillaran más.

—¡Espera! —siguió gritando él.

Cuando Lea se percató de que la había alcanzado, giró y prácticamente saltó hacia un lado para evitar que la agarrara; no

quería que la tocara. Sin embargo, Jared no hizo ademán de sujetarla y su reacción pareció desconcertarlo aún más. Durante unos segundos, incluso le dio la sensación de que el gesto lo había irritado. Bien. Si se enfadaba, era problema suyo.

—No te estoy siguiendo, de verdad —aseguró Jared en un tono desesperado.

Lea no supo qué decir. Estaba cansada, agotada en realidad. El curso estaba siendo un verdadero infierno y ella solo quería que la dejaran en paz. Lo observó un momento y luego, sin darle ninguna explicación, echó a andar de nuevo hacia la entrada del instituto. Él no trató de detenerla, lo cual resultó un alivio en cierto modo. Una pequeña parte de Lea deseaba que lo hiciera, aunque solo fuera para volver a sentir que alguien se preocupaba por ella al margen de los cuchicheos y rumores.

Al alcanzar los escalones que ascendían hasta la puerta principal, esta se abrió. No pudo evitar maldecir cuando dos chicos la atravesaron riendo. Permaneció inmóvil, pero no tardaron en descubrirla al pie de la escalera.

—Pero mira a quién tenemos aquí. Si es nuestra animadora más entusiasta —dijo uno.

Ambos eran miembros del equipo de fútbol y, aun siendo un año menores que ella, estaban al tanto de lo sucedido el curso anterior; todos lo estaban.

Lea ya no formaba parte del grupo de animadoras; la habían *invitado* a dejarlo el curso anterior, después de que estallara el escándalo. Apretó los dientes y reunió valor para ascender los pocos escalones que los separaban. Pasaría a su lado sin mirarlos y sin agachar la cabeza —estaba harta de hacerlo—, y luego correría a clase, donde, a buen seguro, el profesor de Biología le echaría un buen sermón por llegar tarde.

Solo alcanzó a subir el primer escalón. Cuando quiso darse cuenta, ellos ya la rodeaban.

—¿Tienes prisa, Lea? —le preguntó el mismo que había hablado antes, Rob o Bob, no lograba recordarlo.

El otro chico mantenía una expresión a medias bobalicona y a medias maliciosa que ella conocía demasiado bien. Sabía

exactamente en lo que estaba pensado.

—¿Por qué no te vienes con nosotros? —continuó insistiendo Rob/Bob.

Dijo algo más en voz tan baja que no logró entenderlo, pero podía hacerse una idea de por dónde iban los tiros. Intentó esquivarlos para llegar a la puerta. Si les hacía caso, probablemente fuera peor. Sin embargo, cuando el cabecilla la agarró del brazo, no pudo seguir ignorándolos. Se zafó de un tirón y lo fulminó con la mirada.

—No me toques —siseó, mientras retrocedía hasta quedar de nuevo en la parte baja de la escalera.

—¿Prefieres tocarme tú?

Mientras su amigo reía todos sus comentarios, el tipo se acercó aún más a Lea. Ella no dejó de mirarlo fijamente, asqueada y frustrada. ¿Es que no iban a cansarse nunca?

—Vete a la mierda, imbécil —le espetó, aunque la réplica solo consiguió arrancarle una sonrisa de suficiencia al chico, que dio un paso más hacia ella.

Prácticamente lo tenía encima, pero no retrocedió; no le daría esa satisfacción.

—Será mejor que me dejes pasar...

—¿O qué? ¿Irás a hablar con el director y le enseñarás el motivo por el que todos pensamos que eres una zorra? —inquirió, y soltó una carcajada despreciable—. ¿Es eso lo que vas a hacer?

A pesar del revuelo que se había formado con la publicación de la fotografía, nadie del personal del instituto había tenido conocimiento de lo que ocurría. Empezaba a creer que tendría que haber dicho algo; hablar con el director o con el orientador sobre el tema. Sin embargo, el curso pasado ni siquiera había contemplado esa opción y ahora estaba demasiado avergonzada para pedir ayuda. De todas formas, ¿qué iban a hacer? La gente seguiría hablando.

—Ella no sé —dijo una voz a su espalda—, pero yo estoy bastante seguro de lo que haré si no te apartas y la dejas pasar.

Lea se giró y descubrió a Jared a solo unos metros de ella. Estaba de pie sobre el asfalto, con los brazos cruzados sobre el

pecho y las piernas abiertas, y el aspecto de alguien al que es mejor no cabrear. Puede que aquellos dos tíos fueran jugadores de fútbol americano, pero Jared también lo había sido y les sacaba al menos una cabeza. Por la manera en la que la camiseta se estiraba sobre su torso y le marcaba los músculos, supuso que había continuado jugando en la universidad o, al menos, se preocupaba de mantenerse en forma, muy en forma.

—Ey, tranquilo, hermano. —El chico se había retirado y alzaba las manos en un gesto conciliador, aunque aquello no pareció satisfacer a su inesperado defensor.

Jared se acercó y se colocó al lado de Lea.

—Largaos —les dijo, e incluso les señaló el lugar por el que tenían que irse.

—Solo estábamos bromeando.

—¿De verdad te parece gracioso? Porque yo no le veo la gracia por ningún lado —replicó Jared—. Acosar a tus compañeros de instituto no es gracioso ni te convierte en un tipo duro, solo en un gilipollas.

No mostraron vergüenza alguna por el reproche, pero al menos tuvieron la decencia de largarse sin contradecirlo.

Lea apretó los labios hasta que estos formaron una fina línea.

—No necesito que vengas a salvarme —le dijo, cuando por fin se quedaron a solas—. Tú, precisamente tú.

Jared ladeó la cabeza y la miró. Sus ojos, de un verde chispeante, recorrieron el rostro de la chica. Una de sus cejas se alzó.

—¿Precisamente yo? ¿Qué se supone que significa eso?

—No necesito que me defiendan —reiteró Lea.

No quería que nadie librara sus batallas, pero que fuera él el que lo hiciera la hacía sentir doblemente mal. Estaba segura de que, a esas alturas, ya sabía que era su propio hermano el que había provocado todo aquello. Es más, tenía que estar al tanto de la paliza que le había dado Max a Connor en verano en Lostlake, después de que volviese a liarla con otra fotografía; en esa ocasión, una de Aria. Connor no había salido muy bien parado de la pelea.

Jared volvió a cruzar los brazos sobre el pecho y el movimiento

distrajo a Lea. Era atractivo, más que eso, estaba buenísimo. Recordaba haber fantaseado con la idea de que se fijara en ella en el pasado. Aunque se le habían acabado las ganas de fantasear o desear a nadie, su cuerpo iba por libre y no parecía tener muy en cuenta su opinión al respecto. Sus labios se entreabrieron por sí solos mientras se recreaba durante unos largos segundos.

Jared carraspeó y Lea levantó la vista con rapidez, avergonzada y cabreada a partes iguales por el desliz. La sonrisita que descubrió en su rostro no ayudó a mejorar las cosas.

—Sé que puedes defenderte sola.

—No, no lo neces... —se interrumpió, desconcertada—. ¿Qué has dicho?

Había dado por supuesto que Jared le lanzaría un alegato acerca de su inferioridad física y lo ridículo que resultaba que pensara que podía protegerse frente a abusos como aquellos chicos.

—Que te creo muy capaz de darles a esos dos su merecido, y no me refiero a que les pegues una paliza —aclaró él—, pero estoy convencido de que eres mucho más lista que esos dos.

—Eso no es muy difícil —repuso. Le costaba encajar un halago.

Jared hizo una mueca que hubiera resultado cómica de no ser porque Lea no pensaba reírle la gracia ni a él ni a nadie. No podía negar que el hermano de Connor tenía su mismo encanto, y eso, justamente eso, era parte del problema.

Se quedaron en silencio, observándose, y sus miradas se enredaron sin que Lea pudiera hacer nada por evitarlo. Pensó en lo estúpida que estaba siendo, allí plantada, sucumbiendo como siempre a una cara bonita. ¿No había tenido ya suficiente?

Jared se llevó la mano al cuello y se frotó la nuca; de pronto, parecía haber perdido toda la seguridad y el aplomo mostrado momentos antes.

—No voy a ser tan gilipollas como para pedirte que nos tomemos ese café pendiente ahora...

—Pero aun así lo estás siendo —lo interrumpió Lea.

Esa fue su señal para ponerse en marcha de nuevo, ya llegaba muy tarde. Ascendió por la escalera y no fue hasta que llegó a la

entrada cuando se giró para echarle un último vistazo.

—No tenemos ningún café pendiente, Jared. Solo para que quede claro.

Recordaba que, el día que se habían encontrado en el exterior de la biblioteca, él le había propuesto ir a tomar algo. No pensaba aceptar; no iría con Jared Payne a ningún lado.

—¡Podríamos tenerlo! —gritó él, y aunque ya se había vuelto hacia la puerta, de algún modo, Lea supo que estaba sonriendo.

3

—¿Qué haces aquí?

Jared era consciente de que su madre no estaba preguntándole acerca de ese momento en concreto; en realidad, ya había cuestionado su presencia en Baker Hills a su llegada al pueblo, días atrás. Se suponía que debía estar asistiendo a sus clases en la universidad de Ohio, pero eso no iba a pasar durante un tiempo. Había optado por no entrar en detalles con sus padres, aunque más tarde o más temprano tendría que decirles que lo habían expulsado durante todo el semestre. Pero no sería ese día, no estaba de humor para esa clase de discusión; además, tan solo había regresado a casa para dejar unos libros de Mia.

Alzó los dos libros que su hermana se había llevado por error y se los mostró a su madre, haciendo caso omiso al verdadero motivo de su pregunta.

—Mia quería que se los dejara aquí —le dijo, y los colocó sobre el aparador de la entrada—. Salgo de nuevo —agregó, girándose para abrir la puerta.

—¿Vas a ir a verla?

Se detuvo en el umbral y desvió la mirada hacia su madre. Sabía que no se refería a su hermana. Asintió.

—No sé por qué sigues empeñándote...

—Déjalo, ¿quieres? —la cortó, resignado—. Quiero verla y ya está. No vas a convencerme de lo contrario, no me importa lo que pienses al respecto.

—¿Es por ella? ¿Por eso estás aquí? —No esperó respuesta por parte de Jared—. Deberías estar en la universidad. Tu hermano está allí.

Jared soltó una carcajada carente de humor.

—No me compares con Connor; no nos parecemos en nada.

—Ya, eso ya lo veo.

Un músculo palpitó en su mandíbula, pero retuvo la réplica hiriente que ascendía por su garganta. No merecía la pena discutir

con su madre, ya habría tiempo para ello cuando descubrieran lo de su expulsión.

—Me marchó. Volveré tarde.

No dio más explicaciones. Ella sabía a dónde iba y lo que iba a hacer. Más tarde, probablemente terminara dando vueltas con la moto por las afueras, lejos de Baker Hills. Su infancia había transcurrido en aquel pueblo y cada rincón estaba cargado de recuerdos, la mayoría buenos. Había jugado en sus calles, asistido al colegio y, más tarde, al instituto. Allí había aprendido a amar el fútbol y los vehículos de dos ruedas; había crecido, dado su primer beso, asistido a su primer baile y, también allí, se había acostado por primera vez con una chica, Layla Hamilton.

Sonrió mientras se subía a la moto y se cubría la cabeza con el casco. Recuerdos y más recuerdos a floraban aquí y allá y convertían su mente en un extenso campo de alegres colores. Durante varios minutos permaneció inmóvil sobre la moto y se dejó arrastrar a través de ese manto de flores simbólico. Solo la aparición de su madre en el porche delantero de la casa lo arrancó de su trance. Supuso que se dirigía al trabajo, pero estaba seguro de que no tendría problema en llegar tarde si eso le brindaba la oportunidad de seguir interrogándolo.

Poco dispuesto a ello, arrancó el motor y, con rapidez, se subió la cremallera de la chaqueta y se colocó los guantes de cuero. Aunque la primavera había alcanzado ya aquel remoto pueblo de Ohio, y las temperaturas no tenían nada que ver con las del invierno que acababa de terminar, aún era necesario protegerse del frío a esas horas, sobre todo si uno se movía en moto.

Aceleró y enfiló el corto camino que daba acceso a la propiedad. Había numerosas casas en los alrededores a pesar de que la residencia de los Payne se encontraba en los límites del pueblo. A pesar de que sus padres tenían dinero de sobra, no era una gran casa, y había un buen puñado de motivos para que Jared no la considerase un verdadero hogar. Pero, aun así, lo era para él.

El día no mejoró para Lea, aunque tampoco fue a peor. Las clases resultaron tan aburridas como siempre y su mente no dejaba de regresar a lo sucedido al comienzo de la mañana. Aun suponiendo que la presencia de Jared en el instituto fuera tan casual como él había asegurado, no lograba comprender por qué había salido en su defensa o qué clase de interés podía tener en quedar con ella. Lo único que se le ocurría era lo más obvio, que los rumores de que Lea era una tía fácil y no le costaría demasiado obtener ciertas cosas de ella habían llegado a sus oídos. Pensarlo la asqueaba.

Sin embargo, su actitud y las palabras de reproche que les había dedicado a aquellos dos chicos contradecían esa idea. Estaba hecha un lío, aunque seguramente no volvería a saber más de él dado el escaso entusiasmo que había mostrado ante su intervención. Aun así, cuando recogió sus cosas tras la última clase y salió al exterior, una parte de ella esperaba encontrárselo en el aparcamiento, apoyado contra su moto.

No fue así. No había ni rastro de él, y se sorprendió lanzando miradas a su alrededor para tratar de localizar a Mia Payne, su hermana, entre el mar de estudiantes que abandonaban el edificio.

«Estás loca, Lea —se dijo—. No te metas en más líos».

Obedeció a su sentido común y atravesó el *parking* para alcanzar la calle. El centro no estaba demasiado lejos de su casa y había realizado aquel trayecto en innumerables ocasiones, pero durante las últimas semanas se le hacía cada vez más largo. A pesar de todo, se desvió unas calles para pasar frente al Lucky's. Varios de sus compañeros de instituto ya estaban allí, muchos de ellos acudían a la cafetería después de las clases para charlar, tomar un batido o disfrutar de su deliciosa tarta de calabaza.

Echó un vistazo a través de la gran cristalera que recorría toda su fachada y descubrió a Cassidy sentada frente a Kenzie, sus dos mejores amigas —examigas, en realidad—. Se susurraban chismes entre ellas y reían, como tantas veces habían hecho las tres; solo que ahora ya no formaba parte de aquel grupo. Por un momento, pensó en entrar y saludarlas, pero...

Suspiró y dio media vuelta. Su día ya había sido lo bastante

malo como para hacer algo que pudiera empeorarlo.

Cuando llegó hasta el lago que se extendía junto a su casa, el mismo que durante el invierno se convertía en una pista de patinaje y que ahora se había deshelado por completo, decidió que no quería encerrarse en su habitación; empezaba a asfixiarse entre sus cuatro paredes. Continuó andando por la orilla del lago y se encaminó hacia el norte. No era la primera vez que sentía la necesidad de escapar de todo y, como en otras ocasiones, se dirigió hacia un pequeño claro, rodeado de árboles jóvenes, que había descubierto un año atrás, cuando las cosas se habían puesto feas en el instituto. Durante el invierno, no había nada allí, solo montañas de nieve y troncos delgados y sin hojas. Pero ahora el terreno libre de hielo se había cubierto de un manto verde. En escasos días, multitud de flores lo llenarían todo. Era allí a donde solía acudir cuando tenía un mal día; es decir, muy muy a menudo.

El cielo estaba tan gris como su ánimo y hacía frío aún para tumbarse sobre la hierba, pero, de igual modo, eso no le impidió sentarse en el suelo. Nunca había compartido ese lugar con nadie, no había tenido ocasión y dudaba de que la fuera a tener. En unos meses se marcharía a Lostlake para pasar allí los meses estivales y luego a la universidad. Una pequeña sonrisa asomó a sus labios al pensar en lo poco que quedaba para la boda de Sean. Su primo se había prometido la noche de fin de año y Olivia y él habían decidido casarse ese mismo verano. Lea estaba invitada, aunque no era como si pensara que se lo merecía. Se había portado fatal con sus primos, sobre todo con Aria, y, aunque ella ya no estaba enfadada, Lea aún no se había perdonado del todo por lo sucedido.

Sacó de la mochila la novela que estaba leyendo y se acomodó contra un tronco, en uno de los laterales del claro. Al menos aún le quedaba el recurso de perderse entre sus páginas; visitar otros mundos en la ficción era, con diferencia, lo único bueno que le había traído todo aquello. Así era como pensaba pasar el *spring break*, leyendo y estudiando.

Echó a correr. Las nubes se habían ido amontonando, cubriendo cada rincón del cielo, mientras Lea se hallaba perdida en la historia de una chica que no tenía ni idea de lo que sucedía a su alrededor; el mundo de la protagonista de aquella novela se había puesto patas arriba, como el de Lea, solo que la chica había descubierto que pertenecía a un linaje de hadas. Ella, en cambio, no había tenido tanta suerte.

Trotó campo a través para dirigirse hacia la carretera. El camino hasta su casa era más largo por allí, pero no quería arriesgarse a que la pillara un aguacero y terminara cubierta de barro hasta las orejas. Al menos aquel camino estaba asfaltado y podría andar por él sin problemas. Sin embargo, lo que eran solo algunas gotas dispersas muy pronto se convirtieron en un verdadero diluvio y se vio obligada a buscar refugio junto al camino, bajo las ramas de un enorme olmo.

—Las cosas no pueden ir a peor —farfulló entre dientes, pegándose lo más posible al tronco.

—Las cosas siempre pueden ir a peor.

Lea pegó un grito y se apretó aún más contra el árbol, si es que eso era posible. Jared asomó por un lateral. Llevaba un casco bajo el brazo y el pelo mojado se le pegaba a la frente; salvo la chaqueta de cuero, que resistía bien, el resto de su ropa estaba completamente empapada. En realidad, tenía un aspecto encantador con el rostro cubierto de pequeñas gotitas, pero no pensaba decírselo. En cambio, abrió la boca para preguntarle qué demonios hacía allí.

Jared se le adelantó.

—¿Huyendo de la tormenta? —le dijo, y le dio la sensación de que la pregunta escondía mucho más que una referencia al tiempo.

¿Lo sabía? ¿Conocía toda la historia, incluso lo que sucedía en el instituto? ¿O simplemente ella se estaba imaginando cosas? Se fijó mejor en su rostro. No había rastro de su sonrisa y su expresión era sombría; demasiado seria para el chico que últimamente no hacía más que aparecer de la nada.

—No te estoy siguiendo, si eso es lo que vas a preguntar —añadió él, antes de que Lea pudiera decir nada—. Estaba dando un

paseo y...

Los ojos de Lea se desviaron, siguiendo la dirección que Jared estaba señalando, y descubrió la moto de este bajo otro árbol cercano.

—Estás loco subiéndote a ese chisme con este tiempo.

Jared se encogió de hombros, su sonrisa aún ausente y su voz un poco rota al contestar:

—Es un pedazo de libertad al que no estoy dispuesto a renunciar fácilmente.

Lea no supo qué responder a eso.

El silencio se hizo entre ellos y se dedicaron a observar la lluvia caer. Tras varios minutos, Lea deslizó la espalda tronco abajo y se sentó sobre una de las raíces que sobresalía del suelo. Podía haber echado a andar y poner tierra de por medio; al fin y al cabo, seguía sin estar segura de las intenciones de Jared. Pero estaba cansada de agachar la cabeza y huir.

—Probablemente, refugiarse bajo el árbol más alto de toda la zona durante una tormenta no es una buena idea —señaló Jared, mientras se acomodaba a su lado.

Estaban sentados juntos, compartiendo el asiento improvisado que les ofrecía aquella raíz enorme, pero no tanto como para que sus cuerpos se tocaran. Sin embargo, cuando Lea dobló las rodillas y se rodeó las piernas con los brazos, uno de sus codos le rozó el costado. Incluso a través de la ropa que llevaban puesta, y que impedía que sus pieles entraran en contacto, la burda caricia le produjo un escalofrío.

Jared ladeó la cabeza al sentirlo.

—Joder, estás helada —murmuró, tan bajito que Lea creyó que hablaba consigo mismo.

Acto seguido, bajo su atenta mirada, se quitó la cazadora e hizo amago de cubrirle los hombros con ella. Cuando Lea no se movió, su expresión perdió parte de la seriedad que había mantenido hasta entonces; sus cejas se arquearon.

—Estás temblando, Lea —le dijo, y su nombre abandonó los labios de él con extrema suavidad.

Tras unos segundos de duda, permitió a Jared arroparla con la

prenda. Aún conservaba la calidez de su cuerpo y su aroma... Olía a aire fresco, a bosque y tierra, a libertad, y no pudo evitar recordar lo que había dicho sobre su moto. Ojalá ella tuviera también algo que le proporcionara esa sensación, una vía de escape. Aunque, en realidad, supuso que el trozo de campo del que acababa de salir corriendo podría ser eso para ella; su refugio.

Inspiró hondo con una de las solapas de la chaqueta casi pegada a la nariz, sin darse cuenta de que Jared no perdía detalle de sus movimientos. Cuando se percató de ello, sintió sus mejillas arder.

—¿Mejor? —preguntó él, y esbozó una pequeña sonrisa.

¡Oh!, ahí estaba, de nuevo sonreía. Su expresión se transformaba por completo cuando lo hacía, y estaba segura de que Jared ni siquiera era consciente de ello. El gesto la distrajo tanto que no atinó a responder.

—¿Lea? Me estás mirando como si...

—¿Como si qué? —lo interrumpió ella—. No te equivoques, Jared. —Su sonrisa se amplió, lo que desconcertó aún más a Lea—. ¿Por qué sonríes así?

—Tienes una forma muy particular de decir mi nombre. —Fue el turno de Lea para arquear las cejas. Había pensado exactamente lo mismo sobre él minutos antes—. Es... agradable. Lo más reconfortante que me ha ocurrido en las últimas horas.

Lea pensó en lo triste que debía ser que eso fuera lo mejor que le había pasado en todo el día. Aunque, a decir verdad, estar allí con el sonido de la lluvia de fondo, envuelta en su chaqueta y manteniendo una conversación —por muy rara que fuera—, resultaba... agradable, tal y como él había dicho.

4

Diluviaba. No había dejado de llover durante algo más de una hora. Estaban rodeados de grandes charcos y sus ropas no habían terminado de secarse del todo. La copa frondosa del árbol bajo el cual se habían refugiado los protegía en parte, aunque no del todo, y hacía frío. Lea había empezado a tiritar de nuevo a pesar de la protección que le brindaba la cazadora de Jared y de que se encontraba acurrucada contra el tronco, las piernas apretadas contra el pecho.

No habían hablado más, solo escuchaban el rumor del agua que caía a su alrededor y algún que otro trueno lejano. El aroma de Jared la envolvía de tal forma que sabía que no sería capaz de sacárselo de la cabeza en mucho tiempo, y el sonido de su respiración pausada se había convertido en el ritmo al que se expandía su propio pecho. Resultaba relajante de una forma extraña. Era consciente de a quién tenía sentado a su lado, demasiado consciente en realidad, y también de que debería ser la última persona a la que quisiera tener cerca; o al menos la penúltima, su hermano Connor, sin duda, ostentaba ese dudoso honor.

—¿Qué hacías tan lejos del pueblo? —preguntó él, deshaciéndose del silencio que los había acompañado.

—¿Y tú? —inquirió Lea a su vez.

Él ladeó el cuerpo hacia ella para mirarla.

—¿Por qué estás a la defensiva conmigo? No recuerdo que fueras tan hostil hace años.

Tiempo atrás, Lea había coincidido con Jared en un puñado de ocasiones. Conocía a su hermano Connor desde que ambos eran unos críos e iban al colegio juntos; incluso Lea y Jared habían asistido a clases en el mismo instituto, aunque él iba unos cursos por delante. No habrían cruzado más que algunas frases sueltas; él era solo el hermano mayor de uno de sus conocidos, el hermano mayor buenorro y totalmente inalcanzable.

—¿Hostil? —repitió, y él asintió.

—Pareces a punto de saltar sobre mí y arrancarme la cabeza si te doy ocasión.

—Tal vez tenga un buen motivo para ello.

El comentario le arrancó a Jared una carcajada profunda. Lea se estremeció de nuevo, perdiendo por un momento el control de sus propias emociones. Algo se agitó en su estómago, algo que hacía mucho que no sentía.

—Todos parecen tener motivos en estos días —murmuró él. De nuevo, pareció que hablaba consigo mismo—. Pero no recuerdo haberte hecho nada para que te comportes así conmigo.

Lea apretó los labios, y la ira, que probablemente era lo que se había arremolinado en su estómago momentos antes, afloró a sus labios.

—No hagas como si tu hermano no te le hubiera contado... —Tomó aire bruscamente—... Todo.

El frío que sentía, junto con la rabia, sacudió el cuerpo de Lea. Jared la observó revolverse a su lado y suspiró.

—No sé de qué me hablas y, aunque lo supiera, te repito que yo no te he hecho nada.

Lea casi lo creyó. *Casi*. Hasta que él trató de pasar el brazo alrededor de sus hombros.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Intentar que no mueras congelada —replicó él con soltura y parte de su descaro recuperado. Aun así, titubeó y mantuvo el brazo en el aire, sin decidirse a abrazarla. Finalmente, lo retiró—. Mira, no sé lo que habrá hecho Connor, pero yo no soy mi hermano.

¿De verdad no lo sabía? Connor y él siempre se habían llevado bastante bien, no eran la clase de hermanos que pasaban el día peleándose; al contrario, daba la sensación de que estaban muy unidos, o así se lo había parecido a Lea en el pasado.

—¿Quieres contármelo? —le preguntó entonces Jared, suavizando el tono de su voz.

Ni soñarlo. Si él lo sabía, y aquello solo era una manera más de humillarla, no iba a darle esa satisfacción. Por el contrario, si Jared no estaba al tanto de lo sucedido, pensar en contarle lo que había

hecho su hermano —lo que ella había hecho—, la avergonzaba tanto que no hubiera sabido ni por dónde empezar.

—Es una larga historia —se limitó a contestar.

—Bueno, tenemos tiempo. No parece que vaya a dejar de llover en un rato.

Lea tenía la mirada clavada en su propio regazo, pero, de algún modo, fue consciente de que él estaba sonriendo. Alzó la barbilla y descubrió que así era. Lucía una sonrisa ladeada y traviesa que estaba segura de que volvería loca a cualquier chica; incluso ella, aún enfadada, estuvo a punto de sucumbir a sus encantos y devolverle la sonrisa. Se detuvo a tiempo.

Apartó la vista y rebuscó en su mochila hasta dar con el móvil para comprobar la hora. Su madre ya estaría en casa. Podía haberla llamado y que fueran a recogerla, pero sabía que no le hacía demasiada gracia que vagara por las afueras del pueblo sola; bastante preocupada estaba ya por ella. Sus padres se habían percatado hacía meses de que sus amigas habían dejado de ir a su casa y que ya no la llamaban a todas horas. La habían interrogado al respecto; sin embargo, Lea no había dado explicaciones.

—Puedo acercarte a casa cuando la lluvia afloje un poco —se ofreció Jared. Lea volvió a guardar el móvil y lo miró. Jared le guiñó un ojo—. Incluso te dejaré mi casco.

—¿Por qué te muestras tan amable conmigo? —le preguntó sin poder evitarlo.

Él no contestó de inmediato. Sus ojos recorrieron el rostro de Lea. Pasaron de forma fugaz por sus labios, deteniéndose solo un instante en ellos, pero lo suficiente como para que ella lo percibiera y se preguntara en qué estaría pensando. El muchacho se quitó los guantes, aun en silencio, y se los tendió. Lea ni siquiera se había percatado de lo mucho que le temblaban las manos.

—Porque parece que lo necesitas.

—No creo que sea una buena idea. —Lea se cruzó de brazos y el cuero de la chaqueta de Jared crujió, recordándole que él aún no

le había pedido que se la devolviera—. Volveré caminando.

No había dejado de llover, aunque había amainado un poco. Sin embargo, el cielo había empezado a oscurecerse y cada vez hacía más frío. Jared le había dicho que conduciría con cuidado; tardaría mucho menos en llegar a casa y, dado que los truenos resonaban cada vez más cercanos, no parecía que fueran a tener una oportunidad mejor que aquella.

De alguna manera, y tras una breve discusión, terminó montada en la parte trasera de la moto con los brazos cruzados sobre el pecho y una mueca de disgusto plasmada en el rostro, oculto bajo el casco. Una fina lluvia seguía cayendo sobre ellos. Jared estaba completamente empapado, incluido el jersey de color azul oscuro que había quedado al descubierto cuando le había entregado la chaqueta. La tela era fina y estaba mojada; era como una segunda piel, una que dejaba a la vista los músculos definidos de su espalda... Y vaya espalda...

No era tan estúpida como para no saber que iba a tener que sujetarse a él y que la distancia que había interpuesto entre sus cuerpos debía desaparecer si no quería salir volando una vez que aquel cacharro infernal se pusiera en marcha, pero se estaba resistiendo todo el tiempo que le fuera posible. Tendría que sujetarlo por la cintura y permitir que su pecho reposara contra él. Aquello no era una buena idea, de ninguna de las maneras. Las mariposas de su estómago, sin embargo, parecían encantadas con la situación; encantadas y muy dispuestas.

—¿Lea? Tienes que agarrarte a mí —dijo él, como si supiera exactamente en lo que pensaba. Seguro que el muy imbécil estaba sonriendo.

—Ya lo sé —replicó de forma brusca.

Su disgusto aumentó. Pero era ella la que se había metido en aquella situación, como en tantas otras. Aunque el motor del vehículo ya estaba en marcha, Jared no había hecho nada por ponerse en camino. Aún podría bajarse de la moto e ir a pie. La lluvia casi era ya lo de menos; los mechones de pelo que asomaban bajo el casco chorreaban y, prácticamente, toda su ropa estaba en el mismo estado. Pero permaneció sentada tras él.

—Tienes que estar loco para conducir con esta lluvia —le dijo, solo por oponer algo de resistencia.

Eso decía mucho de su desacertado juicio.

—No debería hacerlo sin casco —repuso él, echándole un vistazo rápido sobre el hombro—. Pero prefiero que esa linda cabecita se mantenga de una pieza.

—Yo también —coincidió ella.

La sonrisa que baila en los labios de Jared se torció un poco.

—Eres dolorosamente sincera.

No, no era así, pero él no parecía saberlo. No había sido sincera con Max ni con Aria ni con una larga lista de gente que se preocupaba por ella. Su sinceridad apestaba, y le parecía imposible que él no lo supiera. Tal vez solo se estaba burlando de ella, quién sabe.

—Arranca y terminemos con esto de una vez —le espetó, y Jared mantuvo su sonrisa a pesar de todo.

—Estoy esperando a que... ya sabes —dijo, elevando las cejas de forma insinuante—. Tienes que agarrarte a mí.

Lea resopló, pero se inclinó hacia adelante y colocó las manos sobre su cintura. Jared negó.

—Sé que puedes hacerlo mejor.

Lea no pensaba ir más allá. Le clavaría las uñas si con eso conseguía mantenerse sobre la moto, pero de ningún modo... Jared soltó el manillar y sus dedos se cerraron sobre los de Lea, interrumpiendo el pensamiento. Con más suavidad y cuidado de lo que le había creído capaz, arrastró sus manos juntas en torno a su propia cintura hasta que estas se tocaron justo sobre su abdomen. ¡Santo Dios! Estaba duro como una piedra y, bajo su tacto, notó el ligero temblor que lo recorrió.

—Mejor así —lo escuchó susurrar, su voz un tono más grave que un segundo antes—. Sí, mucho mejor.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

Las carcajadas sacudieron entonces su cuerpo, y Lea, muy a su pesar, encontró el sonido delicioso, un eco profundo y ronco que envió cientos de descargas desde su pecho hasta otras partes mucho menos nobles y más privadas.

—No te haces una idea.

Tras el comentario, y sin darle tiempo a Lea a formular una respuesta sarcástica, las manos de Jared volaron hasta el manillar. Lo siguiente que supo era que se estaban moviendo, dejando atrás el gran olmo que los había protegido y todo lo demás.

No iban excesivamente rápido, pero a ella le pareció que volaban. Nunca había montado en moto y la sensación no se asemejaba en nada a la de ir en coche. Las gotitas de lluvia golpeaban la visera que impedía que alcanzaran su cara, entorpeciendo su visión, y sus manos se apretaron por instinto sobre el abdomen de Jared. Incluso con el ruido del motor, escuchó que él soltaba una risita.

Lo ignoró. Le hubiera gustado poder hacer lo mismo respecto a su presencia, pero cada centímetro de su pecho que se hallaba en contacto con la espalda de Jared casi... dolía. Era una sensación extraña pero agradable, mucho más de lo que le hubiera gustado.

—¿No tendrías que estar en la universidad? —se obligó a preguntar, alzando la voz para que la escuchase. Hablar la distraería de lo que quisiera que fuera aquello que sentía.

Jared se tomó su tiempo para contestar. Su atención se centraba en el camino frente a él; evitaba los charcos con destreza y mantenía una velocidad constante, no demasiado elevada.

—¿Y tú no deberías estar por ahí con tus amigos en vez de sola en mitad de ninguna parte?

—*Touché.*

Jared exhaló un largo suspiro y bajó un poco la barbilla. A Lea le hubiera gustado poder ver su expresión, algo le decía que parte de la diversión se había esfumado. A pesar de las bromas, Jared le había parecido triste, apagado, en comparación con el recuerdo que tenía de él; nostálgico tal vez. De vez en cuando, había un regusto amargo envolviendo sus palabras.

—Lo siento —gritó él, de nuevo observándola por encima de su hombro—. No pretendía ser tan brusco.

Bueno, Lea era la reina de la brusquedad últimamente; era su forma de defenderse y mantener la fachada ante todos. Ni siquiera a Cam, su primo, que se había interesado en repetidas ocasiones por

lo que le sucedía en el instituto, le había contado demasiado al respecto. ¿Para qué? Todo acabaría muy pronto; era fuerte, podía con aquello.

—No te disculpes, tienes razón —le dijo—. No es asunto mío.

Otra mirada de soslayo, pero ninguna respuesta ácida por parte de Jared. Lea casi se sintió decepcionada.

Él siguió conduciendo a buen ritmo, ignorando la fina llovizna que caía sobre ellos. Poco después, se adentraron en las calles de Baker Hills. Apenas si había gente a la vista; la mayoría se refugiaba de la tormenta en sus casas o en alguno de los locales que muy pronto cerrarían sus puertas. Lea encontró cierta paz en la situación, aunque no pudo evitar preguntarse si no se estaría convirtiendo en alguna clase de ogro, huraño y solitario.

Sin ser muy consciente de ello, sus muslos se apretaron contra las piernas de Jared cuando este tumbó la moto al girar en un cruce. A Lea le pareció escuchar un ruidito abandonando sus labios y, bajo sus manos, el estómago de él se endureció aún más si cabe. Era como una jodida pared de piedra. No pudo evitar mover los dedos sobre el jersey y Jared se encogió un poco al percibir la caricia.

—Lea... Deja de hacer eso.

Una sonrisa maliciosa asomó a los labios de ella, claro que él no podía verla. ¿Tendría cosquillas? ¿O era otra cosa? ¿Y por qué demonios se estaba ella planteando esas preguntas? Había acordado consigo misma no acercarse siquiera a él, pero su cuerpo parecía tener otros planes, unos realmente estúpidos.

—¿Qué pasa? ¿Tienes cosquillas? —rió, y le sorprendió encontrarse sonriendo bajo el casco.

Dios, hacía demasiado tiempo que no reía de esa manera, por simple diversión, sin fingir. Se apretó contra su espalda y estiró las manos hasta abarcar gran parte de su abdomen; la punta de los dedos alcanzó la cinturilla de sus vaqueros. Ay, madre, ¿qué demonios estaba haciendo?

«Eres tú siendo tú de nuevo, Lea», susurró una voz en su cabeza, una voz resentida y maliciosa. Durante un momento, la situación perdió todo su encanto.

—Lea —volvió a advertirla él, sin ser consciente de la lucha que

tenía lugar en su interior—. No... —Tragó saliva de forma audible—. No tengo cosquillas.

Así que era otra cosa. Por supuesto que era otra cosa; él era un chico, un hombre en realidad, y Lea lo estaba sobando de forma descarada. Enrojeció hasta la raíz del pelo, abochornada y fue a retirar las manos, sin pensar siquiera en que podía acabar cayéndose de la moto, pero Jared se lo impidió. Atrapó las dos manos de Lea con una sola de las suyas y las apretó contra su estómago.

—No quiero que te caigas.

—Claaaro —replicó, mordaz; la vergüenza cediendo el sitio de nuevo al recelo.

Era el hermano de Connor. ¡Su hermano! ¿Qué demonios se suponía que estaba haciendo con él?

Mientras ella maldecía mentalmente, Jared se las arregló para llegar hasta la casa de ella sin soltarle las manos. Ni siquiera cuando se detuvieron frente al porche, y puso los pies en el suelo, permitió que las retirara. La situación alcanzó un nivel de incomodidad considerable. Y lo peor de todo era que, a la vez, continuaba siendo extrañamente reconfortante.

Permanecieron unos largos segundos inmóviles, hasta que Jared se giró un poco hacia ella.

—Pensaba que serías de las que grita como una loca.

Bajo el casco, las cejas de Lea salieron disparadas hacia arriba. Se subió la visera llena de gotas de agua para poder verlo bien.

—No acabas de decir eso...

Jared pareció desconcertado durante un momento. Luego, seguramente cuando comprendió la doble lectura que podía hacerse de su afirmación, echó la cabeza ligeramente hacia atrás y soltó otra de esas carcajadas profundas y sexis. Lea se estremeció.

—Tienes la mente muy sucia, nena.

—Oh, Dios. Y ahora no me estás llamando *nena*.

No prestó atención al hecho de que, quizás, eso no debería haber sido lo que más le molestara. Sí que tenía la mente sucia, sí.

—Podría haberte llamado preciosa, pero, no sé por qué, creo que eso te habría molestado aún más —se defendió él, sin

abandonar la sonrisa.

¿Jared pensaba que era preciosa?

«Eso no importa». Mierda, iba a volverse loca si continuaba escuchando esa jodida voz rebuznando en su cabeza. Tuvo que apoyarse en él para bajarse de la moto, y lo hizo con tanta rapidez que casi terminó desmoronándose sobre el suelo. Jared la atrapó antes de que eso sucediera y no la soltó hasta que se hubo estabilizado. Solo entonces, ella dio un paso atrás y él retiró la mano y la colocó de nuevo sobre el manillar.

Lea se quitó el casco y prácticamente se lo estampó contra el pecho.

—Gracias por traerme —murmuró a regañadientes. Tenía que salir de allí cuanto antes.

—Gracias a ti, Lea. He disfrutado mucho del paseo.

—Yo no.

Jared se puso el casco y, de un golpe, la visera cubrió sus ojos. Le dio gas a la moto, miró al frente y, un instante después, Lea sintió de nuevo su mirada sobre ella, tan intensa que ni siquiera el casco parecía contenerla. Estaba segura de que aquella sonrisa torcida no había abandonado su rostro.

—Eres una mentirosa terrible.

5

En los días posteriores, Lea no volvió a tropezarse con Jared. Mentiría si dijera que, cada mañana, mientras esperaba el momento oportuno para entrar en el instituto, no lo buscaba entre la gente. También había estado demasiado pendiente de las chicas de los cursos inferiores, sin saber muy bien qué haría si se cruzaba con Mia Payne. La había visto en un par de ocasiones en el pasillo, rodeada de otras chicas de su misma edad; sus amigas, supuso. Pero no había hablado con ella, no tenía nada que decirle en realidad. ¿Qué iba a hacer? ¿Preguntarle por el repentino interés de su hermano mayor? Se convenció de que aquellos encuentros entre Jared y ella no habían sido más que una sucesión azarosa de casualidades. Además, tal vez él ya había regresado a la universidad y no volvería a verlo por un tiempo. El pensamiento, muy a su pesar, la puso de mal humor.

El viernes previo a las vacaciones de primavera, se encontraba desayunando sola en la cocina de su casa mientras seguía dándole vueltas al tema. Su madre atravesó el umbral.

—¡Buenos días!

Lea le devolvió el saludo, distraída, y le dio un sorbo a su zumo de naranja. La mujer la observó mientras se servía una taza de café.

—¿Todo bien, Lea?

—*Sip* —contestó ella de forma automática.

Se hizo un breve silencio en la estancia. Su madre continuaba con los ojos puestos en ella, como un halcón a la caza de un indefenso ratón de campo. Lea sabía que estaba preocupada, pero su relación nunca había sido demasiado cercana, no lo suficiente como para que le contara sus preocupaciones o toda la mierda por la que había pasado.

—Entonces... —titubeó—, estás viéndote con algún chico.

Lea levantó la vista de su plato. Aquello no parecía una pregunta, más bien una afirmación, y no pudo evitar inquietarse por si algún cotilleo malintencionado había llegado a oídos de su madre.

En Baker Hills, al fin y al cabo, todo terminaba por descubrirse.

—Emm... Pues no.

Las cejas de su madre se arquearon y una sonrisa asomó a sus labios.

—Alguien te trajo en moto el otro día a casa. —Tampoco aquello era una pregunta.

¿La había visto con Jared? Tanto ella como su padre habían estado en casa ese día, cuando ella había regresado empapada y vistiendo una cazadora que le iba varias tallas grandes; cazadora que aún conservaba. Pero Lea había cruzado la planta baja a la carrera y se había ido directa a su habitación. Creía que no se habían dado cuenta de nada.

—Y juraría que era el hijo de los Payne —señaló a continuación, dándole un nuevo trago a su café—. Es un poco mayor para ti, ¿no crees?

Lea cumpliría los dieciocho en cuestión de una semana. Ni siquiera se había parado a pensar mucho en ello; no pensaba celebrarlo y, de haber querido hacerlo, no tenía con quién. Mientras que Connor solo era un año mayor que ella, Jared le sacaba tres años. Los gemelos Donaldson y él habían ido al instituto y jugado en el equipo de fútbol juntos.

—No estamos saliendo, mamá —aclaró—. Él no... Solo me trajo a casa porque llovía.

—¿En moto?

Sí. ¿Qué podía decir? Incluso a ella le resultaba ridículo. Aún no estaba del todo segura sobre el motivo que la había llevado a subirse a aquel trasto.

Su madre mantuvo la expresión suspicaz que Lea tan bien conocía y ella volvió a centrarse en terminar su desayuno para poder salir de allí cuanto antes. Cuando le pareció que abandonaba por fin el interrogatorio, se puso en pie.

—No he visto a Connor últimamente por el pueblo —dijo su madre entonces.

Lea apuró el zumo. No sabía cómo contestar al comentario.

—Está en la universidad —respondió al fin, recogiendo la mochila del suelo y colgándosela al hombro.

Le daba la sensación de que su madre esperaba una respuesta más elaborada.

—Algo pasó entre Max y él el verano pasado. No me has hablado de ello.

Lea cambió el peso de una pierna a otra, intranquila. No le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación. Sabía que la madre de Max había estado al corriente de todo lo sucedido desde el principio; Max confiaba en ella y le había explicado cada maldita cosa que había ocurrido desde el momento en que Lea se había liado con Connor. No podía reprochárselo. Ojalá ella hubiera tenido esa clase de confianza con su madre.

Dudó un instante sobre si hablarle de ello, pero la vergüenza que sentía era demasiado profunda como para permitirle contar la verdad.

—Discutieron. No sé por qué —se apresuró a añadir—. Voy a llegar tarde... Tengo que irme.

Se acercó, le dio un beso rápido y abandonó la cocina a toda prisa. Cuando atravesó la puerta principal de la casa, apenas si podía contener la humedad que se acumulaba en sus ojos. Nunca se había sentido tan sola ni tan aislada de todo; avergonzada, culpable... Sus emociones estaban a punto de sobrepasarla. Era muy consciente de que tendría que habérselo contado todo a su madre, tal vez así parte del peso que le oprimía el pecho desaparecería, o al menos se vería aliviado.

No tener con quién desahogarse ni nadie con quién hablar de todo aquello era una mierda y, en ese momento, más que nunca, le parecía que las casuales apariciones de Jared —siendo hermano de quien era— no podían significar nada bueno. El incidente al que se había referido su madre había tenido lugar casi al final del verano pasado. Más que discutir, Max había perdido los papeles y le había partido la cara a Connor. Los padres de Max lo habían presenciado todo y, aun así, Connor no se había mostrado en ningún momento arrepentido. La envidia había excavado hondo en su interior, y Lea se preguntaba si ella era tan mala persona como él.

Sacó el móvil de la mochila y toqueteó la pantalla, indecisa. Necesitaba hablar con alguien, pedir perdón de nuevo tal vez.

Algo... cualquier cosa. Sin pensarlo mucho más, buscó el número de su prima y pulsó el botón de llamada. Aria tardó unos cuantos tonos en contestar.

—¿Lea? ¿Ha pasado algo? —preguntó su prima, en cuanto descolgó, con la voz algo enronquecida pero cargada de preocupación. Parecía como si la hubiera pillado aún en la cama...

—Oh, mierda. Estabas durmiendo, ¿verdad? —se lamentó. Había olvidado por completo que había una diferencia horaria de tres horas—. No, todo está bien —continuó atropelladamente—. No te preocupes. Puedo llamar más tarde. No es nada importante...

Ni siquiera sabía muy bien por qué llamaba o qué pensaba decirle. Escuchó una voz masculina a través de la línea, de fondo; probablemente se trataba de Max. Aria murmuró algo que Lea no entendió del todo y luego volvió a dirigirse a ella.

—Espera un segundo —le dijo, y Lea pudo escuchar el sonido de una puerta al cerrarse. Supuso que estaría saliendo de la habitación—. Ya estoy. ¿De verdad va todo bien? ¿Mi madre está bien?

Lea se sintió como una imbécil. Tendría que haberlo pensado mejor antes de llamarla a esas horas. No hacía más que unos meses de la muerte de su tío, el padre de Aria y de los gemelos, y estaba segura de que recibir una llamada de madrugada le había hecho recordar la mañana en la que su madre los había avisado del accidente que había sufrido. ¡Era una completa idiota!

—Tu madre está bien. Luego me pasaré a verla, como todos los viernes —aseguró, y un suspiro de alivio atravesó la línea—. De verdad que no pasa nada. No sé por qué he llamado... Siento mucho haberte asustado. ¿Max y tú estáis bien? ¿Ya vivís juntos? —se aventuró a preguntar, alejando la conversación de su persona y por verdadero interés.

Lo último que sabía era que Max compartía piso con otros estudiantes de Berkeley y que su prima estaba en una residencia.

Aria rio.

—No, aún no, pero como si lo hiciéramos. Sus compañeros de piso están pensando en empezar a cobrarme un alquiler. La mayoría de las noches termino durmiendo aquí.

—Así que ya has colonizado su baño con tu cepillo de dientes —repuso, y le agradó poder bromear con ella.

Se había detenido en mitad de la acera y olvidado por completo que tenía que ir al instituto. Empezó a caminar de nuevo mientras apretaba el móvil contra su oreja, deseosa de un poco más de la calidez que llegaba a través de la línea.

—¡Y su armario con mi ropa! —rio Aria, mucho más despierta que momentos antes. Hizo una pausa—. ¿De verdad que está todo bien, Lea? ¿Tú estás bien? Hablé con Cam unos días atrás...

No hizo falta que completara la frase. Su primo Cam había sido el único apoyo con el que había contado Lea, la única persona con la que se había abierto un poco y a la que le había confesado que las cosas en el instituto no iban demasiado bien. Aun así, no había sido capaz de contárselo todo; él no tenía ni idea de lo sola que estaba o de cosas como el ataque del que Jared la había rescatado días atrás.

—Todo va bien.

—Sabes, te conozco bastante mejor de lo que crees —dijo Aria, y había cariño verdadero en su voz.

Lea luchó por no ceder a las lágrimas. De nuevo sus ojos parecían querer traicionarla.

—Lo siento tanto —murmuró en voz baja—. De verdad que lo siento...

—Deja esa mierda de una vez —le espetó Aria—. Se acabó, ¿vale? No quiero que sigas machacándote por lo que pasó. No sirve de nada. Solo... piensa las cosas mejor la próxima vez. Yo no me arrepiento en absoluto de haber dado la cara por ti y, gracias a eso, bueno... Ahora tengo a Max.

Lo dijo con la boca pequeña, como si tuviera que disculparse por estar con él.

—Me alegro de que estéis juntos.

No sabía si se lo había dicho alguna vez, pero tenía que saberlo. Aria se había ganado a pulso esa felicidad, algo que no podía decirse de ella, y Max era un buen tío, aunque lo suyo con él no hubiera funcionado.

—Gracias —dijo Aria poco después.

Hablaron un poco más mientras Lea atravesaba el pueblo en dirección al instituto. Aria le contó que, esa misma tarde, Cam conduciría desde UCLA hasta Berkeley para recogerla e ir a ver a Maverick y Lily. A Lea seguía costándole hacerse a la idea de que su primo, que acababa de cumplir veintidós años, fuera padre de una niña de casi siete. Probablemente no se lo creería del todo hasta que no coincidieran durante el verano en Lostlake.

—Estarás en la boda, ¿verdad? —preguntó Aria—. Puedes llevar un acompañante.

Lea rio. Eso no iba a suceder.

—Estaré allí. Sola —aclaró, y trató de no prestar atención al vacío que esa palabra creaba en su pecho.

—No vas a estar sola. Todos estaremos contigo.

—Lo sé —le dijo, y se sintió un poco mejor.

Había algo más que quería preguntarle antes de colgar, aunque no estaba segura de cómo sacar al tema. Al final, lo soltó tal cual; los rodeos no eran lo suyo.

—Oye, ¿recuerdas a Jared Payne, el hermano mayor de Connor?

—Oh, sí, por supuesto que lo recuerdo. Estaba en la misma clase que Sean, y ambos... Bueno, competían no solo en cuanto al fútbol, sino también a reputación. —Aria soltó una alegre carcajada—. Todas estábamos coladitas por él, algo que ponía de los nervios a mi hermano. Creo recordar que Sean comentó que se había quedado en la universidad de Ohio, la misma a la que ha ido Connor. —Una nueva pausa—. ¿Por qué me preguntas por él?

A ella misma le llevó un momento saber a dónde quería ir a parar. Dios, en realidad, no tenía ni idea.

—¿Crees... crees que se lo habrá contado?

Lea no tuvo que ser más específica.

—¿Lo has visto? —preguntó Aria a su vez—. ¿A Jared? ¿Te ha... hecho algo?

—No, no. No me ha hecho nada...

—Pero lo has visto, ¿no es así? —Iba a ser verdad que su prima la conocía mejor de lo que ella creía, aunque resultaba obvio que había algún motivo por el que lo había mencionado—. Tú

también estabas colada por él.

—¡Solo tenía trece años, Aria! —se defendió—. Y él era el chico mayor, inaccesible y...

—Buenorro. Estaba realmente bueno ahora que lo pienso. —Volvió a reírse—. Ni una palabra de esto a Max.

Fue el turno de Lea para reír.

—Jared me llevó en moto a casa hace un par de días. —Aria hizo un ruidito interesado—. Pero no es nada de lo que piensas. En realidad, estoy preocupada por si Connor ha...

No fue capaz de terminar. Se sentía bien al poder hablar con Aria con una familiaridad que no había mostrado ni siquiera antes de que sus vidas en el instituto se fueran al infierno. Era muy diferente a la relación que habían tenido entonces, totalmente diferente.

—Connor es un bocazas. Aunque, por otro lado, creo que podría haberse mantenido calladito después de lo sucedido en Lostlake —explicó su prima—. Creo que su ego, además de su cara, se llevó un buen golpe. No debería ir presumiendo de nada por ahí.

Quizás Aria tuviera razón. No obstante, Connor podía haber escogido contarle a su hermano solo una parte de todo aquel lío, la parte más humillante para ella.

—¿Estás tonteando con Jared, Lea?

—¡¿Qué?! ¡No! ¡Por supuesto que no! —se defendió—. ¡Ni de coña! No quiero saber nada de ningún Payne, no me importa lo bueno que esté. Es solo que de repente me lo encuentro en cada esquina.

Aria soltó una risita.

—Me recuerda a alguien que conozco. Así empezaron las cosas entre Max y yo; era como un jodido grano en el culo, y yo también lo negaba entonces.

Los recuerdos del verano pasado, aquel en el que su prima y su exnovio habían empezado a salir, brotaron en su mente como una cascada de imágenes. Suspiró, sintiéndose de nuevo culpable, se había portado como una auténtica zorra con ambos.

—Nunca se sabe. Mira a Cam y a Sean, son gemelos y no pueden ser más diferentes —comentó Aria, que de verdad parecía haberla perdonado por todo.

—No, de verdad que no va a pasar nada entre nosotros. Ni siquiera creo que le guste, y él no me gusta a mí.

—Ya, bueno. Como he dicho: nunca se sabe, primita, nunca se sabe.

6

A pesar de haberle dicho a su madre que iba a llegar tarde, Lea ya estaba en el exterior del instituto casi diez minutos antes de la hora de entrada. Recorrió cada rincón del lugar con la mirada, como acostumbraba a hacer, y simplemente se dedicó a esperar.

Aquello era ridículo, además de cobarde.

La conversación con su prima había resultado reconfortante, y también le había recordado la forma en la que Aria había plantado cara a todo el mundo el curso anterior para defenderla. Y ahora ella estaba allí, escondida tras los árboles. Era patética. No podía continuar así. Había cometido un error, pero huir no parecía que estuviera funcionando.

De alguna manera, cuando quiso darse cuenta, tenía ambos pies sobre el asfalto del fondo del aparcamiento. No había avanzado por voluntad propia, pero su cuerpo últimamente parecía capaz de tomar sus propias decisiones. Tomó aire, levantó un poco la barbilla y empezó a caminar. La zona estaba llena de gente, sus compañeros y también algunos profesores. Y aunque mantenía la cabeza alta, no pudo reunir el ánimo suficiente para mirar a nadie en concreto; todo lo que hizo fue poner un pie delante del otro y continuar avanzando.

Rodeó varios coches y ya casi había alcanzado el pie de la escalinata que llevaba hasta la entrada cuando escuchó el sonido de un motor familiar. A pesar de que no había visto a Jared traer a clase a su hermana en los días anteriores, supo con total seguridad a quién pertenecía el vehículo que se había detenido a su espalda. El escaso control que mantenía sobre sus piernas estuvo a punto de esfumarse. Sin embargo, se convenció de que lo único que tenía que hacer era seguir adelante. Solo unos metros más y estaría dentro; ya ni siquiera le importaba si otros alumnos la miraban o los susurros y comentarios que intercambiaban entre ellos. Pero, como en ocasiones anteriores, su cuerpo optó por hacer de las suyas. Su cabeza giró y su mirada voló por encima de su hombro.

«Mierda, Lea», se lamentó en cuanto sus ojos tropezaron con los de Jared. Tenían el color de la hierba fresca, más verdes de lo que ella hubiera visto jamás, y en ese momento chispeaban, aunque le era imposible descifrar qué era lo que lo causaba. Quedó atrapada de tal manera que ni siquiera prestó atención a su hermana Mia, sentada tras él en la moto.

—Hoy llegas pronto —dijo Jared, y entonces fueron sus labios los que reclamaron su atención; el inferior ligeramente más grueso que el superior, y ambos curvados en una maldita media sonrisa que hizo que sus rodillas se aflojaran un poco más.

No podía dejar de escuchar la voz de Aria diciendo lo buenorro que estaba y lo coladita que Lea había estado por él tiempo atrás. Había sido un amor platónico, una chiquillada, pero ahora ya no era una chiquilla, y Jared... Jared era un hombre.

—Mia, ¿recuerdas a Lea? La prima de los gemelos Donaldson —se dirigió él a su hermana, aunque no apartó la vista de Lea.

Puede que Mia asintiera, no estaba segura de ello, porque su mirada también continuaba fija en él. De igual modo, estaba bastante segura de que todos en el instituto sabían quién era ella, y no por motivos agradables.

—¿Qué hay? —la saludó entonces Mia.

La chica descendió de la moto con mucha más agilidad de la que ella había mostrado días atrás. Se volvió hacia su hermano y le dio un abrazo. Lea era incapaz de apartar la mirada, incluso cuando Mia se inclinó un poco hacia él y le susurró:

—¿Seguro que estás bien?

Jared esbozó una sonrisa, pero en modo alguno la alegría alcanzó sus ojos. Acto seguido, asintió. Lea estaba segura de que mentía.

—Todo bien, enana. Anda, ve a clase.

Mia parecía querer discutir, pero le entregó el casco que mantenía entre las manos y se alejó de él. Pasó junto a Lea y le hizo un gesto con la cabeza; no parecía muy contenta. El casco de Jared colgaba de uno de los extremos del manillar. Colocó el de su hermana entre sus piernas, sobre el chasis de la moto, y se apoyó en él.

—Esto se está convirtiendo en una agradable costumbre —le dijo, y Lea recuperó entonces algo de la compostura perdida.

—No existe un *esto*.

Había una sombra en la expresión de Jared, algo que no permitía que su sonrisa brillara como ella sabía que podía hacerlo; tristeza quizás. No creía que tuviera nada que ver con ella, no se conocían tan bien como para que le afectara nada de lo que ella dijera.

—Ah, ¿no? Y yo que pensaba que habías disfrutado de nuestro pequeño paseo bajo la lluvia.

Lea rio, pero, en el fondo, sí que lo había disfrutado. No pensaba decírselo.

—No me gustas, ni tú ni tu moto.

La sonrisa de Jared no desapareció. Se irguió al escuchar sus palabras y, tras asegurarse de que el casco que se hallaba entre sus piernas no caería al suelo, desmontó con elegancia. Se movía con lentitud pero con gracia; su andar parecía sacado de algún jodido documental, de esos en los que un gran felino acecha a su presa, listo para saltar sobre ella en el momento oportuno.

Lea se mantuvo inmóvil junto a las escaleras. Elevó un poco más la barbilla y fingió no darse cuenta de que todo el mundo los estaba mirando. Jared tampoco parecía muy afectado por la atención que les prestaban. Cuando estuvo frente a ella, se inclinó un poco.

—Te gusta mi chaqueta —le susurró al oído, demasiado cerca.

Su aliento revoloteó sobre la piel sensible de su cuello y no pudo evitar estremecerse.

—Te la devolveré.

La había colgado en su armario para no dejarla a la vista de sus padres. Al día siguiente, al abrirlo para vestirse, todo su ropa desprendía olor a campo, madera y ese aroma delicioso que continuaba torturando a Lea incluso ahora.

—Bien. —Fue todo lo que él dijo, y luego añadió—: ¿Qué tal si lo haces luego, cuando quedemos para comer?

Lea cruzó los brazos sobre el pecho y el movimiento atrajo la mirada de Jared. Mientras que en el pasado Lea siempre había

cuidado mucho de su aspecto para acudir al instituto, ya había dejado atrás esa costumbre. Ahora solía limitarse a enfundarse unos vaqueros y un jersey, nada demasiado llamativo ni original. Sin embargo, ese día, quizás porque las lluvias habían quedado atrás y el sol empezaba a calentar un poco más, se había decidido por fin a sacar del fondo del armario algunos de sus vestidos. Tras mucho dudar, había optado por uno repleto de flores rojas y amarillas. Al ser de manga corta, sobre el vestido llevaba una chaqueta vaquera, y en los pies, sus botas camperas favoritas. También se había dejado el pelo totalmente suelto y, en ese momento, largas ondas doradas se mecían con la brisa sobre su espalda y en torno a sus hombros.

No se había mirado mucho al espejo por temor a arrepentirse, pero Jared parecía estar realizando la revisando de su indumentaria que ella no había tenido el valor para hacer.

—Me estás mirando —señaló Lea.

—Lo sé. Tú también me estabas mirando a mí antes.

Su desparpajo estuvo a punto de hacerla sonreír. Llevaba razón. Prácticamente lo había devorado con la mirada al descubrirlo en el aparcamiento.

El primer aviso del timbre se escuchó en ese mismo instante, y los alumnos que continuaban pasando juntos a ellos se apresuraron a entrar en el edificio. Lea observó a una de sus antiguas amigas, Kenzie, acercarse a la carrera y comenzar a subir los escalones. Apartó la vista y la devolvió al chico situado frente a ella.

—No era esa clase de mirada.

—Oh, sí, sí que lo era —replicó Jared, ajeno a todo lo que no fuera Lea. Su moto seguía con el motor encendido y las llaves puestas; no parecía preocuparle—. Y la mía también era esa clase de mirada, por si te lo estás preguntando. No quiero dejar dudas sobre eso.

¡Santo Dios! ¿Se podía ser más descarado y arrogante? En otro tiempo, tal vez le hubiera dado pie a continuar con aquel poco sutil coqueteo, pero ahora...

—Tengo planes para comer. —Desde el fallecimiento de su tío, todos los viernes iba a almorzar a casa de sus primos. No quería

que su tía se sintiera sola ahora que Aria, Sean y Cam estaban en la universidad, a varios estados de distancia—. Y aunque no fuera así, no iría contigo a ningún lado, Payne.

Empleó su apellido a sabiendas, quizás porque eso le recordaba que mantener las distancias con el hermano de Connor era una buena idea. Pero su respuesta no desanimó a Jared; no lo desanimó en absoluto.

—Bien.

—¿Bien?

—Es mejor que quedemos para cenar. —Le guiñó un ojo—. Es más romántico. ¿Has paseado en moto alguna vez de noche? Seguro que no —continuó él, a pesar de la expresión perpleja de Lea—. ¿Qué tal si te recojo a las seis?

Lea no tuvo más remedio que reír, aunque no estaba contenta. No se podía ser más caradura. Se giró y comenzó a subir los escalones, decidida a dar por concluida la absurda conversación.

—No, es no —le dijo, echando un vistazo en su dirección por encima del hombro—. ¿Puedes entender eso?

Jared palideció, y su expresión se transformó por completo. Su sonrisa pícara desapareció con tanta rapidez que Lea se detuvo en el acto, impresionada por la magnitud del cambio. Tras unos segundos, apartó la mirada de ella y dio media vuelta, encaminándose hacia su moto.

—Está bien —farfulló, su tono carecía ya de la diversión que había tenido hasta entonces.

Lea no pudo escuchar lo que dijo a continuación. Lo observó mientras aseguraba con diligencia el casco de su hermana a la parte trasera. Acto seguido, se colocó el suyo y se bajó de inmediato la visera tintada, ocultando con ella aquel par de ojos verdes. No había llegado a apagar el motor, por lo que, de un momento a otro, Lea sabía que saldría disparado, lejos de allí.

—¿Jared? —lo llamó, sin saber muy bien por qué lo hacía.

Él levantó la cabeza con lentitud. No había manera de saber cuál era su expresión, si sonreía o no, aunque Lea supo que no era así.

—Siento haberte molestado —repuso él, antes de que Lea

pudiera decir nada más.

Ella maldijo en silencio. No buscaba nada de aquello, ninguna atención por parte de nadie. No quería que le pidiera salir, menos aun siendo hermano de quién era. Aunque no pudo evitar pensar en sus primos, en lo diferentes que eran el uno del otro y en lo diferente que podía ser Jared de su hermano. ¿Lo estaba juzgando sin motivo? ¿Tal y como la juzgaba todo el mundo? No hacía más que quejarse de lo sola que se sentía y, cuando alguien se interesaba por ella, simplemente lo alejaba. Quizás lo único que pasaba era que continuaba comportándose como una completa imbécil.

—Lo siento —soltó de forma apresurada, antes de que él tuviera la oportunidad de poner tierra de por medio.

Descendió varios escalones hasta alcanzar de nuevo la zona asfaltada y se acercó hasta donde Jared se encontraba. En algún momento, el tercer aviso del inicio de las clases ya había sonado y el aparcamiento se había vaciado. Lea no era consciente de ello, pero se habían quedado prácticamente a solas. Llegaría tarde de nuevo y se llevaría otro apercibimiento por el retraso; sin embargo, ni siquiera se detuvo a pensarlo.

Una brisa procedente de la arboleda que rodeaba el instituto los alcanzó, y la fina tela del vestido de Lea acarició sus piernas. La piel se le erizó en el mismo instante en que Jared deslizaba la visera de su casco hacia arriba y sus ojos quedaban una vez más al descubierto. Oh, sí, era tristeza lo que veía en ellos.

—Lo siento —repitió, sintiéndose estúpida. Agitó la cabeza de un lado a otro—. Mira... no quería responderte así, pero no es un buen momento.

Jared echó un vistazo a su alrededor. Lea no tenía ni idea de qué era lo que buscaba o si solo estaba ganando tiempo.

—¿Y cuándo lo es? —inquirió finalmente muy bajito, tanto que no lo habría escuchado de no estar a su lado.

Lea sintió deseos de reír, pero por las razones equivocadas. Llevaba casi un año en el que cualquier momento era un momento de mierda. Así que no se reprimió y terminó soltando una carcajada.

—En eso tienes razón.

Jared la observó con intensidad; el verde de sus ojos era más

oscuro que momentos antes.

—Deberías sonreír más a menudo, tienes una sonrisa preciosa. Y también deberías aceptar mi invitación —añadió, aún entre suaves susurros—. Prometo ser un buen chico.

Lea volvió a reír, eso sí que no se lo creía.

—Dudo que puedas serlo aunque lo intentes.

—Te sorprendería lo que soy capaz de hacer cuando quiero algo. —Sus dedos atraparon uno de los mechones rubios de Lea. Le dio un suave tirón, y a ella se le aceleró el pulso—. Pero ahora deberías irte a clase. Vas a llegar tarde y yo seré el responsable.

Lea asintió. De repente, se había quedado sin palabras. Durante un instante se olvidó del rencor que albergaba; del rencor, el miedo y la soledad. Se olvidó de todo y se sintió bien, como si hubiera una parte nueva de ella asomándose al exterior, tomando el control. Cuando quiso darse cuenta, se encontraba inclinada hacia Jared y no tenía ni la más mínima idea de lo que pretendía hacer.

7

Jared sabía que la estaba cagando. De alguna manera, se había acercado a Lea con una única intención y ahora estaba del todo enredado en alguna clase de juego del que no sabía cómo salir. Tampoco conocía las reglas que lo regían ni cuál era su finalidad. De lo que sí había sido consciente desde el principio de sus *casuales* encuentros, era de lo aislada y sola que se encontraba aquella chica y también de lo preciosa que era. No resultaba extraño que su hermano se hubiera fijado en ella.

«Joder, Connor», pensó para sí mismo, pero perdió el hilo de sus pensamientos cuando Lea recortó la distancia que los separaba. De alguna forma, las manos de la chica habían terminado apoyadas en la parte baja de su muslo, y sus labios entreabiertos, demasiado cerca de la superficie de su casco. Agradeció que este se interpusiera entre sus bocas, porque estaba muy seguro de que se estaba planteando seriamente cometer una estupidez.

Se aclaró la garganta, repentinamente seca.

—¿Cenamos entonces?

Su intervención rompió el hechizo y Lea retrocedió bruscamente. Sus mejillas se habían coloreado de una forma en la que no las había visto nunca antes, ni siquiera cuando él se había mostrado mucho más descarado de lo que ella probablemente estaba acostumbrada. Eso le dio alas.

—Porque creo que estabas así como a punto de besarme — continuó sin poder evitarlo, impulsado solo por Dios sabía qué—. O al menos, de besar mi casco.

El tono rosado de sus mejillas se incrementó.

—Más quisieras —repuso ella.

Oh, sí, ahí estaba de nuevo, la chica peleona y respondona que sabía que era. Sus labios se curvaron en una sonrisa que no tenía nada de inocente, aunque ella no pudo verlo.

—Puedes apostar por ello.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, además de tensar

una cuerda con la que iba a terminar ahorcándose en algún momento. Aquello no era lo que creía que pasaría cuando se acercara a Lea. Mientras pensaba en ello, dejó la vista vagar por su rostro y más abajo. El vestido que lucía dejaba a la vista la suave piel de su escote y la curva superior de su pecho; y mucho más abajo, dos largas piernas. Podía imaginárselas en torno a sus caderas...

Agitó la cabeza.

«Mierda, deja de comportarte como un jodido salido», se reprendió. Por lo que sabía, ella ni siquiera había cumplido los dieciocho, tres menos de los que tenía él. Jared no comprendía cómo había acabado metido en aquel lío. Pero cada una de las réplicas que Lea le brindaba, cada comentario que salía de entre sus labios, resultaba jodidamente estimulante... Era una chica lista, con un carácter de mil demonios y una sonrisa espectacular, cuando sonreía; algo que no parecía que ocurriera a menudo.

—No me gustas —señaló ella. No era la primera vez que lo decía.

—Tú a mí sí —respondió antes de pensarlo dos veces.

¿Qué cojones estaba pasando con él? ¿De dónde salía toda esa mierda? Incluso le había dicho que era preciosa. ¡Preciosa! Y no hacía ni dos minutos que lo había pensado de nuevo, aunque también había pensado en lo mucho que disfrutaría con sus piernas rodeándolo.

Lea resopló, pero le pareció ver que una de sus comisuras temblaba, como si estuviera a punto de echarse a reír.

—Vamos, nena, no te lo pienses tanto. Hay que vivir el momento.

Ella arqueó las cejas y mantuvo su desafiante mirada sobre él. Finalmente, Jared alzó las manos para retirarse el casco. Joder, aquello era una pésima idea. Ahora ya no había nada que se interpusiera si cedía a sus impulsos. Se pasó la mano por el pelo, no sin cierto nerviosismo, y mechones de pelo oscuro salieron disparados en todas direcciones. Eso también era nuevo. ¿Desde cuándo una chica lo ponía nervioso?

No hubo respuesta por parte de Lea, y ese silencio incrementó

su inquietud. Se obligó a decir algo.

—Hagamos una cosa. Vas a llegar tarde a clase, así que dejaré que te vayas. —Lea rio, evidentemente divertida ante la idea de que él tuviera que *permitirle* algo, pero Jared no le dio opción a meter baza—. Vendré a buscarte luego y te llevaré a esa cita que tienes para comer. —Ella trató de intervenir de nuevo y tampoco entonces la dejó hablar—. Y así podrás confirmarme que nos veremos para cenar.

—Tú estás loco —soltó Lea cuando por fin pudo hablar, y empezó a retroceder hacia la escalera—. Si no quiero ir contigo a cenar, ¿por qué crees que voy a dejarte que me lleves a mi *cita*?

Recalcó la última palabra y Jared se planteó la posibilidad de que hubiera quedado para almorzar con un tío.

—¡Por Dios! ¿Estás saliendo con otro? —exclamó, fingiendo indignarse. MoviÓ la cabeza de un lado a otro a modo de reproche.

Lea había llegado ya al pie de las escaleras, pero... ¡sí, joder! ¡Estaba sonriendo!

—Piérdete, Jared.

—Contigo.

—¿Eh? —Lea se detuvo con el pie ya sobre el primer escalón, desconcertada pero sin dejar de sonreír. Ahora era ella la que agitaba la cabeza de un lado a otro.

—Que me encantará perderme si es contigo.

«Solo te falta suplicar», se dijo, pero, en realidad, se estaba divirtiendo con aquel tira y afloja.

—Eso no va a pasar.

—Hieres mis sentimientos —aseguró, llevándose la mano al corazón.

Se estaba comportando como un idiota. Sin embargo, se le había metido en la cabeza que tenía que conseguir que ella aceptara y, cuando algo así sucedía, no paraba hasta salirse con la suya. Quizás si no hubiera sido tan vehemente con ciertos temas, no estaría en la situación en la que se encontraba.

—¡Tienes que verme de todas formas! —gritó y, en un impulso, se bajó de la moto y avanzó un par de pasos hacia ella—. ¡Tienes que devolverme la cazadora!

—Puedo dársela a tu hermana —respondió ella también a gritos, justo antes de deslizarse a través de la puerta y dejarlo plantado en mitad del aparcamiento.

Sí, bueno, esa seguramente sería otra opción; una en la que él no había pensado hasta entonces.

«¡Mierda!».

Sin ganas de regresar a su casa, y nada que hacer hasta después del almuerzo, Jared enfiló la calle que daba acceso al instituto. Vagabundeó durante un rato de un lado a otro del pueblo, sin un rumbo fijo. La mayoría de sus amigos ya no vivían en Baker Hills. Casi todos se habían ido hacía años a la universidad, al igual que él; pero no Mike. A esa hora, él estaría levantando la persiana del taller de su padre, por lo que fue allí a donde se dirigió. Podría hacerle una visita y más tarde regresaría al instituto. Al ser el último día de clases antes del *spring break*, Mia había quedado con sus propias amigas para alguna clase de fiesta de despedida e iría a casa por sus propios medios, pero él regresaría a por Lea. ¿Tendría ella de verdad una cita con alguno de sus compañeros de clase? No se imaginaba a sí mismo llevando a ninguna chica a una cita con otro... No desde luego a Lea.

—Maldito Connor —farfulló bajo el casco. Su hermano y sus brillantes ideas.

Al llegar al taller, lo encontró ya abierto a pesar de lo temprano de la hora. El padre de Mike era un tipo de ideas fijas, muy a la antigua usanza, y aunque era el dueño y tenía bajo su cargo a varios mecánicos, nunca había dejado de madrugar y acudir a su negocio para controlar lo que se hacía y cómo se hacía. Y lo mismo se aplicaba a su hijo.

El olor a aceite y gasolina lo envolvió en cuanto atravesó el umbral. Había varios coches en distintos estados; unos aparentemente esperando su turno y otros ya con el capó abierto. Encontró a Mike con la cabeza metida en uno de ellos.

—¡Joder, pero si es el gran Jared Payne! —exclamó el muchacho, cuando lo descubrió a su lado. Acto seguido se lanzó sobre él.

Mike había sido uno de los mejores defensas del equipo de

fútbol del instituto años atrás; ciento veinte kilos de pura determinación que no permitían el avance del equipo contrario sin pelear hasta la extenuación. En el último curso, con varias universidades rifándose su fichaje, recibió un placaje tan duro que le reventó literalmente la rodilla derecha; su incipiente carrera en el fútbol profesional llegó a su fin incluso antes de empezar.

Dos brazos enormes lo rodearon y lo aplastaron con tanta fuerza que se le hizo imposible respirar.

—Tío, vas... a... matarme —resopló Jared a duras penas, arrancándole una carcajada a Mike.

El tío aún tardó un par de segundos en soltarlo y, cuando lo hizo, le dio una palmada en la espalda que a punto estuvo de lanzarlo directo al interior del motor del coche en el que había estado trabajando.

—Siempre fuiste un flojo —rio su antiguo compañero de batallas—. ¿Qué haces rondando por aquí?

Jared se encogió de hombros mientras decidía si le daba la versión larga o la corta. Todavía no había hablado de ello con sus padres. Salvo Connor, nadie más de su familia sabía lo que había pasado en la universidad. En el campus, lo ocurrido era de dominio público, aunque todo eso era solo una parte de la historia de su presencia en Baker Hills.

Mike debió de percatarse de que había tocado un tema en el que había donde escarbar, porque le dio otra palmada brutal y señaló un rincón del taller.

—Vamos, te invito a una cerveza y me lo cuentas.

—He venido en moto, ¿tienes algo sin alcohol?

Mike volvió a reír.

—Sigues siendo un flojo —repitió dirigiéndose a una pequeña nevera al tiempo que negaba con la cabeza. Sin embargo, tras sacar dos botellines y volverse hacia él, su gesto era mucho más serio—. Ey, ¿estás en el pueblo por lo de Candy? ¿Es por... eso? Tu hermano pasó por aquí hace unos meses y me lo contó... Lo siento mucho, tío. La vida es una mierda.

Los ojos de Jared se desviaron al suelo, evitando la mirada compasiva de su amigo, y estiró la mano para atrapar la cerveza

que le tendía.

Sí, definitivamente, la vida era una jodida mierda.

8

El ambiente en las aulas y pasillos del instituto de Baker Hills era el típico de una jornada como aquella. Todo el mundo estaba excitado ante la perspectiva de unos pocos días de descanso; descanso y fiesta, incluso algún que otro viaje. En el pasado, Lea hubiera compartido su entusiasmo. Desde que había cumplido los catorce años, esas vacaciones siempre las pasaba con sus amigas. A veces, en el pueblo; en otras ocasiones, esquiando con la familia de Kenzie en una de las múltiples propiedades de sus padres. Se suponía que cuando por fin estuvieran en la universidad esos viajes los realizarían solas. Nada de padres controlando sus entradas o salidas.

Pero ahora no había plan alguno para esos cuatro días sin clases, salvo hundir la nariz en la novela que tenía a medias o dar un paseo por los alrededores del pueblo. Su madre iba a aprovechar para acompañar a su tía a Lostlake para hacer algunas compras y arreglos de cara al verano y la boda que se celebraría allí, mientras que su padre continuaría trabajando sin descanso, como era habitual en él. Estaría sola, algo a lo que se había acostumbrado con una triste rapidez. Aunque, dado que el pueblo quedaría medio desierto, o al menos libre de muchos de los compañeros con los que Lea no deseaba encontrarse, tal vez pudiera aprovechar para ir a Lucky's y tomar un batido de vainilla con canela, su favorito.

Seguramente, Jared también se marcharía entonces. No estaba del todo segura de que las fechas de aquel descanso fueran las mismas en su universidad, porque en el caso de sus primos no era así. Ellos, que estudiaban en California y además contaban con toda una semana libre, no iban a poder visitar Baker Hills. Eso... hubiera estado bien. Se moría de ganas de conocer a la pequeña Lily y de poder ver a Cam y Aria; incluso a Sean, el díscolo gemelo que había terminado sentando la cabeza tras conocer a la que, ese verano, se convertiría en su esposa.

Sonrió al pensar en ellos. Nunca había tenido una relación

demasiado estrecha con su familia, pero ahora, a pesar de la distancia física, se sentía más unida a ellos. Se alegraba de que hubieran encontrado a alguien con quien compartir sus vidas; su felicidad, en parte, la ayudaba a no desesperar y hundirse del todo.

La sonrisa que se había instalado en sus labios desapareció mientras atravesaba el pasillo en dirección a su última clase. Había pasado la mañana inquieta, su cabeza volviendo una y otra vez a Jared y sus descarados intentos de conseguir una cita con ella, y preguntándose si se lo encontraría fuera cuando las clases finalizaran. Pero no fue ese el motivo por el que la alegría temporal que le había proporcionado pensar en sus primos se esfumó. Kenzie y Cassidy estaban a pocos pasos de ella, junto a sus taquillas, tan rubias, guapas y perfectas como siempre, y vestidas con el uniforme de las animadoras de Baker Hills. Se reían con malicia, y no, no era de ella.

Una chica pasó junto a Lea a toda prisa, golpeándole en el hombro, aunque ni siquiera se dio cuenta de que la había empujado; no parecía ser consciente de nada de lo que la rodeaba. Prácticamente echó a correr hacia la puerta de los servicios que había al fondo del pasillo. Las risas de sus antiguas amigas resonaron a lo largo del pasillo, y otras tantas las secundaron. Sabía de qué iba aquello. Se habrían burlado de ella y la habrían humillado delante de todos, y acto seguido olvidarían lo que habían hecho porque para ellas no tenía la mayor importancia ni suponía preocupación alguna. Pero a la chica, Triz García —si no se equivocaba, porque apenas si había visto un borrón pasar a su lado—, aquello le dejaría una huella profunda, otra más.

Lea observó a sus dos examigas, acompañadas ahora por un par de jugadores del equipo de fútbol a los que sonreían de una manera muy diferente. Se le revolvió el estómago al pensar en que ella había estado ahí, junto a esas mismas taquillas, decenas —tal vez cientos— de veces. Había reído, humillado y olvidado luego, para después centrarse en cosas que había considerado más importantes...

—¿Qué pasa, Lea? ¿Tienes algo que decir? —preguntó Kenzie, consciente de que las estaba mirando.

La mitad de la gente que había en el pasillo se giró hacia ella, la otra mitad probablemente estaba demasiado ocupada metiendo la cabeza en sus propias taquillas para no atraer una atención indeseada; mejor otros que ellos.

Tenía una réplica en la punta de la lengua, una tan ácida como la bilis que había ascendido por su garganta segundos antes. Sin embargo, apretó los labios y la contuvo. Giró sobre sí misma y echó a andar en dirección contraria a pesar de que al aula a la que se dirigía no se iba por allí. No corrió, ni siquiera aceleró el paso para huir de sus amigas; de cualquier manera, sabía que estaba huyendo.

Acabó en el mismo baño en el que se había refugiado Triz. No había ni rastro de la chica en la zona de los lavabos, pero Lea sabía que estaba allí. El sollozo apagado que se colaba por debajo de una de las puertas de los servicios era prueba suficiente de ello.

Suspiró, tan exhausta como si fuera ella misma la que había corrido por el pasillo, la que hubiera recibido la *generosa* atención de aquellas dos víboras. Solo que, un año antes, ella había sido una de esas víboras.

—¿Triz? —la llamó—. ¿Estás... estás bien?

No hubo respuesta y Lea titubeó. No era la persona más adecuada para brindarle consuelo a nadie, no al menos en aquella situación.

—¿Triz? —insistió pese a todo, y en un murmullo bajo añadió —: Esto es una mierda.

Se sintió tentada a salir de allí. ¿Qué iba a decirle? Teniendo en cuenta que había sido partícipe de aquellas risas no hacía mucho tiempo atrás, ¿qué se suponía que podía hacer para que Triz no se sintiera como basura? Ella misma se sentía todavía así a veces; claro que Triz no había hecho daño a nadie, todo su delito era tener unos padres no tan adinerados. No se merecía las burlas, nadie las merecía en realidad. Quizás fuera eso lo que la animó a quedarse.

Tuvo que llamarla varias veces más para obtener algún resultado. La puerta tras la cual se había atrincherado se abrió y un rostro congestionado quedó a la vista. Su expresión no sufrió cambio alguno cuando descubrió que era Lea la que la esperaba.

Tal vez eso fuera buena señal.

—¿Qué quieres? —dijo de forma brusca, casi un disparo en mitad del silencio que reinaba en el interior del baño.

Vale, no tan buena entonces.

—¿Estás bien? —repitió Lea, y su interés era genuino.

Sabía muy bien lo que se sentía, pero no iba a ser tan tonta como para despotricar contra sus examigas; no porque no se atreviera a ir contra ellas, sino porque eso sería de lo más hipócrita por su parte. No creía que fuera lo que Triz deseaba escuchar.

—Va a pasar. Todo esto acabará —agregó. Supuso que eso era lo que ella querría que alguien le dijera. Era lo que ella se decía a sí misma—. Fuera de aquí, todo esto dejará de tener importancia. No eres lo que ellas piensan de ti, ¿sabes? Y, por supuesto, no son mejores que tú. Puede que en algún momento ellas comprendan eso...

Triz no decía nada, y Lea se sentía realmente estúpida. La puerta que daba al pasillo se abrió de repente.

«Genial, esto es genial», pensó, al percatarse de que eran Kenzie y Cassidy las que acababan de entrar. Venían acompañadas de otras dos animadoras, antiguas compañeras de Lea también.

—¡Oh, qué tierno! —exclamó Kenzie, mirándolas de forma alternativa. Ni rastro de la amistad que habían mantenido en sus fríos ojos azules—. Dos de mis marginadas preferidas juntitas.

Lea echó un rápido vistazo a Triz. La chica había palidecido y su mirada estaba ahora fija en las baldosas grises del suelo. Joder, Lea estaba harta de aquello.

—¡Lárgate, Kenzie! Largaos todas de aquí ahora mismo —estalló sin previo aviso; días y días de frustración saliendo al exterior en aquel preciso momento. Tomó aire a trompicones—. ¡Ya, joder! ¡Que os larguéis! —insistió al ver que no se movían.

—¿Cómo te atreves...?

Lea avanzó hasta ellas, fuera de sí. Había sido una completa gilipollas en el pasado, pero nunca se había mostrado agresiva con nadie, no físicamente. Sin embargo, en ese momento no lo pensó dos veces. Las empujó a todas hacia el exterior. A la mierda las contemplaciones aunque eso supusiera ponerse a su nivel. Triz no

merecía nada de aquello, se repitió a sí misma.

—¡Fuera de mi vista! —exigió cabreada.

Aunque hubo alguna que otra protesta, el grupo de chicas no opuso demasiada resistencia, sorprendidas por el repentino cambio de actitud de Lea.

—¡Dejadla en paz! —concluyó, antes de regresar al baño, y les cerró la puerta en las narices.

Se apoyó en la madera para evitar que intentaran entrar de nuevo, sus rodillas y manos temblaban tras el arrebato. Deslizó la espalda hacia abajo y se dejó caer sobre el suelo mientras luchaba por recuperar el aliento. La escena apenas si había durado unos pocos segundos, pero parecía como si el mundo entero acabara de derrumbarse a su alrededor y ella fuera la única superviviente de aquel cataclismo. Pero no, no estaba sola allí.

—¿Estás bien? —En esta ocasión, fue Triz la que se interesó por el estado de Lea.

Ella asintió, aunque no lo estaba en absoluto. Dios, aquello iba a salirle caro, estaba segura. La gente ya no le prestaba tanta atención, salvo casos puntuales como el de los imbéciles a los que Jared había espantado en el aparcamiento días atrás.

—¿Sabes qué? No me importa —dijo en alto—. Me da igual. No puede ir a peor.

Tal vez Triz comprendió a lo que se refería, porque no le preguntó de qué demonios estaba hablando.

—Eso ha sido... valiente —señaló la chica. El color había regresado parcialmente a sus mejillas, aunque no hubo sonrisa ni ningún otro gesto conciliador. Lea tampoco lo había esperado.

Negó y volvió a suspirar. Dejó ir su cuello hacia atrás, hasta que su cabeza reposó contra la puerta, y cerró los ojos.

—Gracias —dijo la chica poco después.

Lea no abrió los ojos. Estaba avergonzada. Sin embargo, no era el estallido de ira lo que la torturaba.

—No me las des —replicó con los ojos aún cerrados—. No hay nada valiente en lo que he hecho. Ser valiente es otra cosa.

Percibió un movimiento cerca, y luego tuvo a Triz sentada a su lado. La voz de la chica no sonó más amigable cuando volvió a

hablar, pero no resultó tan hostil como en el momento en que la había descubierto en el interior del baño.

—Bueno, hace falta valor para plantarles cara.

Lea negó una vez más.

—Sería valiente que lo hubiera hecho cuando aún eran mis amigas, cuando formaba parte de ese grupo —se corrigió. Nunca habían sido amigas, no de verdad. Y junto con esa revelación, vinieron otras—. Eso sí hubiera sido valiente, y no comportarme como ellas para ganarme una absurda aprobación que ahora resulta ridícula. Valiente hubiera sido no permitirles que trataran a nadie así. Ahora ya... no importa. Sigo sin ser mejor que ellas.

A continuación, hubo un largo silencio que ninguna de las dos se esforzó en rellenar. El timbre ya había dado paso a la siguiente clase y los sonidos que llegaban desde el pasillo se fueron atenuando mientras los alumnos acudían a sus respectivas aulas. Ninguna de las dos se movió hasta mucho rato después. Fue Triz la que se incorporó primero. Se colocó frente a Lea y le tendió una mano.

—Bueno, es un comienzo.

9

Lea se había perdido la última clase del día, y probablemente tendría que lidiar con las consecuencias de su falta injustificada más tarde o más temprano. Pero al abandonar el edificio se sentía un poco más ligera, su pecho menos oprimido que esa misma mañana al llegar al centro. No se trataba de que Triz y ella fueran a convertirse en amigas. La chica la había ayudado a ponerse en pie y luego se había marchado sin decir nada más, pero quería pensar que aquello sí que era un comienzo para ella, una nueva oportunidad para marcar la diferencia con su antiguo yo y ser alguien mejor, tal y como le había dicho a Cam que estaba intentando hacer.

Al salir al aparcamiento, antes incluso de que finalizaran las clases, no esperaba en realidad encontrar a Jared allí. Para ser sincera, había olvidado incluso que él había asegurado que vendría a recogerla. Pero ese sonido, el ronroneo suave de motor que empezaba a acostumbrarse a escuchar, atrajo su atención en cuanto puso un pie en el exterior.

Jared sí que había venido. Estaba al otro lado del aparcamiento, casi al fondo. Se encontraba sentado a horcajadas sobre la moto, pero de espaldas al manillar, el cuerpo ligeramente inclinado hacia atrás y el rostro vuelto hacia el cielo. Hubiera jurado que tenía los ojos cerrados, aunque era imposible estar segura a causa de la distancia que los separaba. Parecía disfrutar de los rayos de sol que tan esquivos se habían mostrado semanas atrás.

Lea se descubrió avanzando hacia él sin haber tomado la decisión consciente de hacerlo. Conforme se acercaba, confirmó que sus ojos estaban cerrados; las largas y oscuras pestañas acariciándole la parte alta de los pómulos. Lucía tan relajado, tan en paz, que no fue capaz de decirle nada. Simplemente se mantuvo a pocos metros de él, observándolo, y la descarga que se propagó por su cuerpo mientras lo miraba resultó más agradable de lo que estaba preparada para admitir.

Jared era atractivo, aunque eso tal vez fuera una forma suave de decirlo. Tenía ese encanto típico de los chicos seguros de sí mismos, esos capaces de poner tus emociones del revés con tan solo un breve vistazo y una sonrisa torcida. Era alto, casi una cabeza más que ella, y Lea no era precisamente bajita. La mandíbula ancha, sus labios llenos y ahora entreabiertos, sus brazos bien formados y el estómago plano —aunque surcado de firmes músculos que Lea había descubierto el día que la había llevado a casa—, junto con la armonía de unos rasgos deliciosos, lo convertían en un tío en el que era complicado no fijarse si te cruzabas con él. Sin embargo, en aquel instante, la mente de Lea se entretuvo pensando en algo completamente diferente: risas, las que él le había provocado. En parte, le recordaba a Sean, solo que lo que estaba sintiendo al mirar a Jared no era algo que pudiera aplicarse a su primo. No, en absoluto.

—Mierda —masculló, y eso sacó a Jared del extraño trance en el que parecía sumido.

Sus párpados se levantaron con desgana, como si estuviera despertando de un largo sueño, y una sonrisa afloró en sus labios cuando descubrió a Lea a unos metros de él. ¡Santo Dios! Si ese era el aspecto que tenía recién salido de la cama... quería comprobarlo.

—Aquí estás —dijo él por fin.

Se observaron en silencio durante unos segundos, sus miradas enredándose y las palabras que sus labios no pronunciaban volando del uno al otro.

—Aquí estoy.

«De lo más elocuente. Lea. De lo más elocuente», pensó.

Más silencio. Los ojos verdes de Jared fijos en ella, atravesándola con tanta intensidad que casi le pareció sentir el roce de sus dedos contra la piel de sus mejillas. La sensación, y su forma de mirarla, lanzó una nueva serie de descargas a través de su cuerpo, pero esta vez todas terminaron entre sus piernas. Pero lo peor fue que Jared, como si hubiera sido consciente de la clase de pensamientos que estaban formándose en su mente, bajó de la moto y se acercó a ella a grandes zancadas. Lea tuvo que alzar la

barbilla para mirarlo a la cara, y eso fue un gran error. Jared se mordisqueaba con nerviosismo el labio inferior; la imagen no podía resultar más atractiva, y le hizo pensar en qué sentiría si fuera ella la que le mordisqueara el labio.

El resto de alumnos estaba aún en clase y no había nadie en el aparcamiento, pero bien podrían haber estado rodeados de gente y no hubieran sido conscientes de ello. Lea comprendió que su expresión debía estar reflejando con exactitud lo que él le provocaba cuando los dientes de Jared dejaron ir con suavidad su labio y este le dedicó una sonrisa ladeada. Las oleadas de calor que sufría se volvieron insoportables.

Sentirse atraída por Jared Payne, aunque fuera con aquella extraña intensidad, no resultaba raro. Pero para Lea era impensable. Tenía la certeza de que las cosas se le estaban yendo de las manos con una rapidez preocupante, y eso era lo último que deseaba que sucediera. No, no con él. Aun cuando sus prejuicios fueran infundados y Jared no estuviera al tanto de lo sucedido con Connor, aquello no debería de estar pasando.

—¿Qué tal si montas conmigo? —susurró él muy cerca de su oído, su voz mucho más ronca que un momento antes.

La piel de Lea se erizó en respuesta a ese sonido. Un estremecimiento recorrió su espalda de arriba abajo y los latidos de su corazón amenazaron con reventarle las costillas. Ay, Dios. Estar cerca de él era una mala idea. Pésima.

Los dedos de Jared le rozaron el vestido a la altura de sus caderas.

—Aunque tendrás que colocarte mucho más cerca que la última vez si no quieres enseñar más...

Las siguientes palabras murieron antes de alcanzar sus labios y fueron sustituidas por un ruidito proveniente de la parte de atrás de su garganta; algo entre un gemido, un gruñido y una súplica; Lea no lo tenía muy claro, pero era lo más sexi que hubiera escuchado jamás. Inspiró con fuerza, otro error. El aroma característico de Jared, aquel aroma a madera, campo y libertad, inundó sus pulmones. Era una verdadera mierda que el tipo oliera tan condenadamente bien.

—Eso te encantaría. —Ni siquiera sabía cómo había encontrado la voluntad para replicar.

—No lo dudes ni por un segundo —repuso él con su descaro habitual. Continuaba demasiado cerca de ella, su boca aproximándose a una de las comisuras de sus labios—. Vamos, nena, monta conmigo.

Hablaba de la moto, claro está. O tal vez no. Sin embargo, Lea no se planteó que sus insinuaciones fueran producto de las conclusiones a las que hubiera podido llegar sobre ella después de una conversación con Connor. Sería cruel y retorcido, y le costaba conciliar esa idea con la imagen de Jared con los ojos cerrados, dejando que su piel se calentara al sol y rodeado de una calma que ella anhelaba para sí misma.

Tragó saliva y, a pesar de todas las razones que tenía para negarse, tomó una decisión. No iba a pasar nada entre ellos, ni hablar, pero... un paseo en moto no podía hacerle mal a nadie, ¿no? Estaba más que necesitada de un poco de diversión y compañía; esa era la triste realidad.

—Está bien —aceptó, y entonces fue ella la que se mordió el labio inferior.

Los ojos de Jared volaron hacia su boca. No se apartó, aunque no hizo nada por eliminar los escasos centímetros de aire que quedaban entre ellos.

—Eso es lo que quería oír —dijo él, pero tampoco esa fue la señal para ponerse en marcha.

Lea tuvo que reprimir el impulso kamikaze de estampar los labios contra los de Jared y acabar con aquel tormentoso duelo.

«Ni de coña vas a hacer eso», se dijo, y se mantuvo inmóvil, tanto como el propio Jared.

—¿Puedo preguntar con quién has quedado?

Lea enarcó las cejas y se permitió esbozar una pequeña sonrisa a saber por qué motivo. Su interés le resultaba de lo más interesante.

—¿Qué pasaría si te dijera que he quedado con mi novio?

Jared no tenía por qué saber si estaba o no con alguien, a no ser que Connor lo hubiera puesto al tanto de todo. La realidad era

que ningún chico del instituto ni del pueblo parecía dispuesto a *cargar* con la reputación que arrastraba Lea.

—Eso no me haría demasiado feliz —aseguró él sin mostrar el mínimo titubeo.

—No me gustas, Payne.

Jared se echó a reír y solo entonces retrocedió. Lea se sintió como si hubiera ganado alguna clase de batalla absurda, y también como si la hubiera perdido.

—¿Sabes qué, Lea? —inquirió el chico mientras tomaba el casco y se lo ponía. A continuación, le pasó el otro a ella—. Creo que sí te gusto, mucho además, pero también que no eres de las que ponen las cosas fáciles. No importa —añadió—, me gustan los retos. Y, para que quede claro, tú también me gustas.

«Oh, vaya», fue todo lo que pudo pensar al escuchar la vehemencia con la que Jared había pronunciado la última frase. Luchó para reprimir la sonrisa —estúpida sin duda— que amenazaba con extenderse por su cara. Se puso el casco con rapidez y cayó en la cuenta de algo que él había dicho: «No eres de las que ponen las cosas fáciles». ¿Era eso una pulla? ¿Alguna clase de burla cruel?

Agitó la cabeza y se recordó que estaba comenzando de nuevo. Borrón y cuenta nueva, no quería seguir torturándose. Le había dicho a Triz que no era lo que sus antiguas amigas pensaban de ella, y tenía que empezar a aplicarse también esa máxima a sí misma. Había obtenido el perdón de Aria y Max y sus primos la apoyaban; eso era lo único por lo que valía la pena preocuparse. Las segundas oportunidades existían y todo el mundo tenía derecho a cometer errores, incluso ella.

Jared retomó su lugar sobre la moto, listo para ponerse en marcha. Lea aún titubeó unos segundos más. «A la mierda», pensó finalmente. Se apoyó en su antebrazo y pasó una de las piernas por encima del asiento. Una vez encima, se aseguró de que la parte posterior de su vestido quedará bajo su trasero, mientras que la parte delantera se deslizaba por sus muslos y terminaba arrugada en la parte alta de estos. Se pegó todo lo que pudo a la espalda de Jared; así evitaría que la tela se inflara y enseñara la ropa interior.

—Eso está mejor —murmuró él, el sonido de una sonrisa inundando su voz.

—No te hagas ilusiones, Payne.

El chico le echó un vistazo por encima de su hombro, la visera subida y sus ojos a la vista. Se atravesaron con la mirada el uno al otro durante un instante y, cuando parecía que Jared iba a soltar una de sus mordaces réplicas, el timbre de su móvil lo interrumpió. Por el tono, Lea supuso que acababa de llegarle un mensaje.

Jared metió la mano en el interior de su cazadora y sacó el teléfono. Lea, por su parte, apartó la mirada para darle intimidación. Sin embargo, pegada como estaba a él, percibió el momento exacto en el que el cuerpo de Jared adquirió una tensión repentina y su espalda se convirtió en un muro tan duro como el granito. Poco después, volvía a guardarse el móvil y se bajaba la visera del casco con un golpe seco.

—¿Todo bien? —preguntó ella incomoda, aunque no sabía muy bien por qué.

Jared solo asintió. Acto seguido, volaban sobre el asfalto.

10

En cuanto leyó el mensaje que acababa de llegarle, Jared comprendió que iba a tener que llevar a Lea a donde quiera que fuera y marcharse enseguida. No podía entretenerse con la chica, no si quería llegar a tiempo, y ni siquiera salir de inmediato le aseguraba nada. Odiaba aquella situación con todas sus fuerzas.

—¡Maldita sea! —farfulló bajo la protección del casco.

—¿Qué has dicho?

Agitó la cabeza, negando.

—¿Dónde te llevo?

A pesar de la preocupación, deseó que no le dijera que había quedado en el Lucky's con algún idiota o, para el caso, en cualquier otro lugar del pueblo. Ella se demoró un momento antes de gritar:

—¡A casa de mis primos! Sabes dónde está, ¿no?

—Sí, estuve en clase con Sean —repuso también a gritos, arrullado por el consolador sonido del motor—. He estado en su casa un par de veces.

—He quedado a comer con su madre —comentó ella, y Jared no pudo evitar sonreír por lo innecesario de la explicación, a no ser que ella quisiera que supiera exactamente cuáles eran sus planes.

Nada de citas con chicos entonces.

Aceleró todo lo que el límite de velocidad le permitía en un pueblo como aquel. Podía haber dejado que ella se fuera caminando, pero le había dicho que la llevaría a donde quiera que fuese y eso iba a hacer; solo esperaba que ese retraso no diera al traste con sus expectativas. Desechó cualquier clase de pensamiento al respecto, no quería hacerse ilusiones.

Se concentró en la carretera. Solo que llevar a Lea de paquete era muy diferente a ir solo en la moto, muy muy diferente. No iba a ser tan hipócrita como para negar lo agradable que resultaba tener su pecho reposando contra la espalda, sus brazos rodeándolo y sus manos entrelazadas sobre el estómago. Le había apoyado la mejilla contra el omóplato y apostaba a que tenía los ojos cerrados. Cada

puto centímetro de su cuerpo que estaba en contacto con el de ella era demasiado consciente de la presión y la forma en la que se aferraba a él. De no haber estado tan preocupado por Candy, hubiera disfrutado muchísimo más del trayecto.

Tardó más de lo que le hubiera gustado en llegar hasta la casa de los Donaldson, en el otro extremo del pueblo. Tenía que dejar a Lea y salir volando de allí. No apagó el motor ni se quitó siquiera el casco cuando se detuvo junto a la acera. Y aún con su mente en otro lugar, sintió con una claridad preocupante —dado que había varias capas de tela entre las manos de Lea y su estómago— el camino que trazaron estas hacia su cintura para luego separarse de forma definitiva de él. Oh, joder, quería esas manos en otras zonas del cuerpo...

Lea se situó en la acera y le pasó el casco. La parte de su melena que había quedado fuera de él estaba completamente alborotada, y ese detalle le daba un aspecto casi más salvaje que la expresión que lucía.

—No creo que lo de la cena sea buena idea —dijo ella, antes de que Jared pudiera comentar nada al respecto. En realidad, había olvidado que el pequeño paseo desde el instituto obedecía solo a un intento de que ella cediera a su petición de verse esa noche.

—Te recogeré a las seis.

Lea arqueó las cejas, sus manos enredadas en las tiras de su mochila.

—No es buena idea —repitió.

Jared era consciente de que debía irse ya, y también de que Lea tenía razón al oponerse a ese encuentro aunque ella no supiera exactamente por qué aquello no estaba bien. Él sí que lo sabía.

—A las seis. Voy a venir a buscarte —insistió de todas formas.

«Joder, soy un jodido capullo».

No le dio opción a más protestas o excusas. Aceleró y salió disparado calle arriba, dejándola junto al bordillo. Mientras atravesaba Baker Hills casi por el mismo camino que había empleado para llegar a casa de los Donaldson, echó en falta el peso de otro cuerpo contra su espalda; casi se sentía demasiado liviano a pesar del regusto amargo de la culpa que le llenaba la boca. Lo que

había empezado como un plan sencillo, sin complicaciones aparentes, se estaba convirtiendo en algo horrible y retorcido. Sin embargo, conforme quemaba los kilómetros que lo separaban de su destino, el rostro de Lea fue abandonando poco a poco sus pensamientos y se vio sustituido por otro.

Aceleró aún más al salir del pueblo. Tomó las curvas con la destreza propia de alguien que lleva muchos años enamorado de la velocidad y de los vehículos de dos ruedas, alguien que adora recorrer largas carreteras sin pretexto alguno, tan solo por el hecho de que puede hacerlo, aunque esta vez, al llegar a su destino, lo estuviera esperando alguien a quien amaba incluso más que a la pequeña que ronroneaba entre sus piernas.

Lea permaneció un buen rato en la acera, tirando de las correas de su mochila sin ser muy consciente de ello, como tampoco lo era de que estaba mordisqueándose el labio inferior. Antes del incidente con Connor y sus desastrosas consecuencias en el instituto, nunca se había considerado una persona indecisa, ni hubiera dudado si un tío bueno como Jared le hubiese propuesto una cita; claro que, tal vez, eso era parte del problema. Alguien con un *exterior* bonito no tenía por qué ser buena persona, de eso ella sabía un rato largo y, seguramente, era uno de los motivos por los que había acabado en aquella situación. Al margen de que Jared fuera hermano de su demonio particular, que fuera guapo no le aseguraba nada y... ¡Por Dios! Se había prometido mantenerse alejada de los tíos hasta que se graduara y se marchara a la universidad; específicamente de tipos como él. Pero ¿y si esa clase de pensamientos no eran más que otra forma de manifestar los prejuicios de su antiguo yo?

—¿Lea? —La voz de su tía la sacó de sus cavilaciones. Había estado observando con fijeza el lugar por el que Jared había desaparecido.

Giró sobre sí misma y respondió a la sonrisa de la mujer con otra similar mientras se encaminaba hacia el porche de entrada. Había estado visitándola cada viernes durante gran parte del

invierno. Comían juntas y charlaban de cosas triviales. Sabía que ella estaba valorando la idea de mudarse para estar más cerca de sus hijos y la verdad era que Lea echaría de menos aquellos almuerzos si finalmente se decidía a hacerlo, aunque comprendía que quisiera ver a su familia más a menudo. Sus primos, a pesar de que aún estaban estudiando en la universidad, con toda probabilidad terminarían por asentarse en California. Sean ya había firmado con los Rams, Cam tenía a Maverick y a Lily allí, y Aria no querría alejarse mucho de sus hermanos. A Lea le hubiera gustado no ser hija única y contar con el apoyo y afecto que ellos se profesaban unos a otros.

—¿Qué tal el día? —le preguntó la mujer.

Lea le dio un abrazo antes de contestar. Su tía había cambiado mucho desde la muerte de su marido. Mientras que antes siempre había sido un ejemplo de rectitud y también de cierta... frialdad, ahora se mostraba mucho más cariñosa. Aunque resultara triste, Lea estaba tan desesperada por ese tipo de amabilidad que agradecía el cambio —no así el motivo de que este se hubiera producido—; también ella echaba mucho de menos a su tío.

—Un poco desconcertante —replicó, distraída por el dolor que le provocaba pensar en el fallecimiento del hombre.

—¿Desconcertante?

Había despertado la curiosidad de su tía. Normalmente respondía a esa pregunta con un «aburrido», «un rollo», «más de lo mismo» o algo por el estilo. Pero la actitud de Jared —su interés por ella— la desconcertaba. Las mariposas que se agitaban como locas en su estómago cada vez que se encontraban pensaban de forma muy diferente, claro está; ellas estaban encantadas con la atención, demasiado entusiasmadas a decir verdad.

—Es una larga historia.

La mujer pasó un brazo en torno a sus hombros y la guio hacia el interior de la casa. Un aroma delicioso convirtió las mariposas en un hambriento tiranosaurio, y sus tripas rugieron a un volumen tal que estaba segura de que su tía lo había escuchado.

—Tengo tiempo. Pero, primero, vamos a comer.

Lea asintió, aunque no tenía muy claro que fuera buena idea

hablarle a su tía de Jared. No iba a poder explicarle el porqué de sus reticencias con él, ya que la mujer no sabía nada de lo sucedido entre Aria, Max, Connor y ella. Si eliminaba esa parte de la conversación, ¿qué le quedaba? Un chico guapo, descarado y divertido que la llevaba a dar paseos en moto y que, o bien no estaba al tanto de las habladurías sobre ella, o no le importaban. Dios, eso debería ser incluso un aliciente. Sin embargo, Lea, que comenzaba a pensar que no había doble intención en las acciones de Jared, también empezaba a preocuparse por el momento en que este descubriera lo que se decía de ella. Si alguien le mostraba la foto...

—Sí, vamos a comer —dijo por fin, aunque de repente había perdido el apetito.

Si Jared no sabía nada y alguien —su propio hermano sin ir más lejos— lo ponía al corriente y le enseñaba aquella maldita fotografía, Lea iba a desear que la tragara la tierra; sobre todo si, como parecía que estaba ocurriendo, el tonteo que mantenían continuaba y ella aceptaba de una vez por todas que se sentía atraída por él.

Oh, Dios, no iba a salir nada bueno de allí.

11

Para ser viernes, y a pesar de que los días eran cada vez más largos y podría haberse quedado algunas horas más con su tía, Lea regresó a casa un poco antes de lo normal. Se convenció de que no tenía nada que ver con su cita con Jared. No iba a ir, ¿no? Se lo había dicho y se lo había repetido, aunque él había insistido en que iría a buscarla de todas formas.

Cuando se dio cuenta de que era muy posible que Jared se plantara en su puerta a las seis en punto, pasó a convencerse de otra cosa: si no lo sabía ya, había bastantes probabilidades de que Jared no llegara a enterarse nunca de nada. Regresaría a la universidad en cualquier momento y, aunque se quedara, a ella le restaban solo unos pocos meses para marcharse de allí. Tal vez esta fuera su última oportunidad para no largarse de Baker Hills odiando aquel pueblo; al fin y al cabo, era su hogar.

—Solo esta noche. Diversión, esto es únicamente un poco de diversión —dijo en voz alta, aunque estaba sola en su habitación.

Esa parecía su nueva máxima, la misma que había aplicado para subirse a la moto de Jared horas atrás. Apenas restaban unos días para que cumpliera los dieciocho y no parecía que nadie fuera a dar una fiesta en su honor, así que... Al menos con Jared lo pasaba bien. Por muy arrogante que se mostrara, Lea estaba encantada de poder replicar a cada uno de sus comentarios. En realidad, resultaba estimulante; mucho más que una conversación con cualquiera de sus compañeros de instituto.

Apartó a un lado el hecho de que no estaba siendo del todo sincera con Jared y se concentró en elegir un atuendo adecuado. Finalmente, se enfundó en unos pitillos vaqueros, suponiendo que Jared iría a buscarla con la moto, y se probó media docena de camisas antes de encontrar algo que la convenciera. Optó por una blanca de manga corta, semitransparente y con flores. Casi todo en su armario tenía flores. La primavera era su estación favorita, aunque la pasada hubiera sido un infierno. Para completar el *look*,

se calzó unas cuñas de tela. Iba a coger su chaqueta vaquera cuando el aroma suave que flotaba en el interior del armario le recordó que aún tenía la cazadora de Jared. Si se la ponía, ¿le pediría él que se la devolviese esa noche? Bueno, sería lo justo. No esperaba seguir viéndolo mucho más y no podía quedarse con ella. Con ese pensamiento claro, se envolvió en ella y a punto estuvo de gemir por la sensación del cuero contra la piel de sus brazos y el olor de su dueño colándose en sus pulmones. Daba igual que le quedara enorme, resultaba tan tan agradable...

—¡Voy a salir! —gritó mientras alcanzaba el último escalón de la planta baja y se dirigía a la puerta.

Su madre, que se encontraba en la cocina, se asomó a través del hueco de la puerta.

—¿Y esa chaqueta?

«Mierda».

—Es de un amigo —se obligó a decir, y eso posiblemente fue aún peor que el hecho de que estuviera saliendo por primera vez en mucho tiempo—. Voy a la biblioteca y luego igual me paso por el Lucky's —se apresuró a añadir.

No pensó en que, en el momento en que Jared apareciera en su puerta, su madre podría verlo a él y a su moto. Ya sería la segunda vez que eso sucedía, y entonces empezaría las suposiciones sobre lo que había entre ellos. Tendría que haberlo tenido en cuenta y decirle que se encontraran en otro sitio.

—No llegaré tarde —concluyó, aún más nerviosa, y atravesó la puerta principal como una exhalación.

Mientras esperaba fuera a que Jared se presentara, rezó para que su madre diera por sentado que había dicho la verdad y no se asomara a la ventana. Entonces se daría cuenta de que no se había ido andando a la biblioteca y Lea estaba segura de que se quedaría a cotillear el motivo de su espera.

Al final, su preocupación fue en vano. Jared no apareció.

Mucho rato después, cuando fue obvio que no iba a ir a buscarla, regresó al interior y balbuceó una excusa sobre su repentino cambio de planes, aunque estaba segura de que su madre no se había creído ni una palabra. Se fue a la cama sin

cenar, el apetito perdido gracias a una decepción que no había esperado sentir. Acompañada de un libro, pasó varias horas tumbada sobre el colchón, tratando de enterarse del final de la novela y teniendo que releer algunos de los párrafos en más de una ocasión porque su mente era incapaz de centrarse en el texto.

Jared no tenía su teléfono. De haberle surgido un imprevisto, no habría podido avisarla. Sin embargo, tenía el presentimiento de que no era el caso y que ella solo estaba eligiendo esa, de entre todas las posibilidades, para no sentirse aún peor. Lo más lógico era que alguien lo hubiera puesto por fin al corriente de su maltrecha reputación; quizás Connor había regresado al pueblo por las vacaciones de primavera. Esperaba que no fuera así. No sentía el mínimo deseo de toparse con él. En cambio, se dio cuenta de que sí quería volver a ver a Jared.

Al día siguiente, no se molestó en levantarse pronto. Había dormido fatal, dando vueltas y más vueltas en la cama, la inquietud ganándole terreno al descanso durante gran parte de la noche. Las primeras horas de la mañana las empleó en remolonear bajo las sábanas. Su madre ya se habría ido a Lostlake con su tía, y su padre era muy posible que estuviera de camino al trabajo. No había razón para abandonar su refugio.

Algo golpeó el cristal de la ventana de su habitación. Las vistas desde allí abarcaban gran parte del lago y, en los últimos tiempos, Lea solía sentarse en un banco tapizado que había colocado junto a ella para leer mientras observaba a ratos el paisaje. Justo en el instante en el que sus pies tocaron el suelo, se produjo otro golpe y se apresuró a acercarse para echar un vistazo.

En un primer momento no vio nada que se saliera de lo normal, hasta que pegó la frente al cristal y consiguió así un mejor ángulo de la zona más cercana a la casa.

—¡¿Qué demonios...?! —exclamó, y tiró hacia arriba para abrir la ventana—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

Jared, con el brazo ya en alto, reaccionó lo suficientemente

rápido como para no darle una pedrada. Lanzó el puñado de gravilla que tenía en la mano a un lado, sin apartar la vista de ella, y esbozó una sonrisa que lo hizo parecer mucho más joven.

—¡Ey! ¡Buenos días!

—¿De verdad estabas tirando piedrecitas a mi ventana? —inquirió, pero no había reproche en su voz. En realidad, estaba mucho más contenta de lo que hubiera debido—. ¿Sabes que hay un timbre junto a la puerta principal?

Jared se encogió de hombros y se metió las manos en los bolsillos. Lucía avergonzado e incluso le dio la sensación de que se había sonrojado.

—No quería despertar a tus padres.

—Pero sí despertarme a mí.

Jared volvió a sonreír de esa manera tan suya, la curva de sus labios ligeramente torcida.

—Es casi mediodía —señaló él.

—¿Cómo ibas a despertar entonces a mis padres?

—Deja de discutir y baja aquí. —Se arrodilló sobre la tierra del jardín que bordeaba la casa y elevó los brazos hacia ella—. Oh, mi Julieta, reúnete conmigo ahora. ¡No me hagas desesperar!

Lea tuvo que reírse.

—Tú estás mal de la cabeza.

—No hagas esperar a tu Romeo —continuó recitando con dramatismo.

—Tendrás que darme unos minutos para vestirme.

—¿Eso significa que estás desnuda? —replicó él, con un movimiento de cejas insinuante, a pesar de que, con medio cuerpo por fuera de la ventana, resultaba obvio que no era así.

Lea agitó la cabeza, pero no se molestó en contestarle. Regresó al interior y corrió al baño. Se dio una ducha a toda velocidad y se cepilló los dientes. Apenas si se demoró en elegir la ropa: vaqueros, un jersey fino de color coral y unas botas planas. Veinte minutos después abría la puerta de entrada y salía al exterior.

Jared se encontraba a unos metros, junto a su moto, con los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos brillantes y una media sonrisa —marca de la casa— que Lea había comenzado a adorar

en algún momento de los días anteriores. Cuando ella echó a andar en su dirección, su expresión fue tornándose mucho menos divertida.

—Siento lo de anoche —dijo él, descruzando los brazos y avanzando hasta quedar demasiado cerca—. Me surgió... algo —Lea obvió la reveladora pausa, una omisión consciente de lo que fuera que había estado haciendo— y no tenía manera de avisarte. Así que ¿qué tal si me das tu número? Porque estuve a punto de hacer esto mismo anoche, y puede que tus padres hubieran acabado llamando a la policía al descubrir a un tipo merodeando por el jardín de su casa y lanzando piedras contra los cristales.

Lea llevaba su móvil encima por pura inercia, no era que recibiera muchas llamadas últimamente, pero lo sacó de la pequeña bandolera que había cogido justo antes de salir y le dijo:

—Dame el tuyo. —Cuando él obedeció, marcó y esperó hasta escuchar sonar el suyo para colgar—. Úsalo con responsabilidad, aunque no sé si sabes muy bien lo que significa esa palabra.

Jared colocó las manos sobre sus caderas con desparpajo y naturalidad; estaba claro que tenía problemas con los límites personales. La distancia entre sus cuerpos era mínima.

—Anoche llevaba puesta tu chaqueta —farfulló Lea, solo por decir algo, y maldijo por haber abierto la boca y soltar esa estupidez. No era algo que él necesitara saber—. Vamos, que iba a devolvértela...

Él ladeó la cabeza, los ojos fijos en su rostro, y bajó un poco la barbilla. Sus labios estaban tan cerca que Lea percibió la calidez de su aliento. ¿Iba a besarla? No, de ninguna manera. Intentó echarse hacia atrás, pero Jared la retuvo.

—¿Y no la llevas ahora por...?

—Hace calor —repuso de inmediato, demasiado consciente de la forma en la que sus dedos se extendían en torno a su cintura.

Lea tenía mucho calor, pero no tenía nada que ver con el clima; de ser así, se había saltado la primavera y había ido directa al verano. La piel de la nuca se le había erizado y, al contrario de lo que sus gestos habían dado a entender, se encontró deseando que la besara. ¡Ay, señor! ¡Se estaba volviendo loca! O su cuerpo lo

estaba haciendo. Sentía un hormiguelo recorriéndola de pies a cabeza y, cuando quiso darse cuenta, sus manos se encontraban sobre el pecho de Jared, sus dedos aferrados a la tela de su camiseta. Ahora era ella la que lo retenía y no tenía ni idea de en qué momento se habían cambiado las tornas. De cualquier forma, no parecía que él tuviera intención alguna de separarse.

—¿Qué tal si damos un paseo? Tú y yo.

—Mmm...

«Ah, cuánta locuacidad», pensó Lea para sí misma.

Un último tirón y sus pechos se encontraron a medio camino, a pesar de que Lea no tenía demasiado claro quién de los dos había arrastrado al otro. Una de las manos de Jared ascendió por su espalda hasta llegar a su cuello y luego más allá. Se enredó en su pelo, provocándole un estremecimiento que fue a parar entre sus muslos y despertó su excitación de forma más intensa que nunca. Prácticamente gimió cuando Jared se humedeció los labios y atisbó la punta de su lengua entre ellos. Estaban tan cerca que el movimiento terminó con un tenue roce entre sus bocas, algo mínimo y tan sutil que podía habérselo imaginado. Pero ambos permanecieron inmóviles y, cuando pensaba que él por fin iba a retirarse y terminar con lo que quiera que fuera aquello, Jared la besó.

12

Estaba comportándose como un auténtico gilipollas, pero se veía incapaz de detenerse. En cuanto sus labios rozaron los de Lea, supo que no había marcha atrás. Su boca se abrió para él, tímidamente al principio, como si estuviera desconcertada... Pero apenas si tardó en reaccionar y, desde luego, no lo rechazó. Todo lo contrario. Su lengua salió a su encuentro y el primer toque, tentativo, lo volvió loco. Era suave, cálida y también exigente, y el leve sabor a pasta de dientes le hizo sonreír mientras la besaba. Mantuvo una mano sobre su nuca y ladeó la cabeza para profundizar en el beso; mientras, ella deslizó las manos por su espalda y le clavó levemente las uñas.

Mordisqueó su labio inferior tal y como había deseado hacer, y ella exhaló un gemido entrecortado que hizo que sus pantalones encogieran al menos dos tallas. ¡Joder! Si no se detenía, terminaría alzándola para que pudiera rodearle las caderas con sus piernas y sentirla aún más cerca.

Aun con la certeza de que las cosas se estaban precipitando hacia el desastre, no se detuvo. Recorrió cada rincón de su boca, entreteniéndose lo suficiente como para grabar en su memoria hasta el más mínimo detalle, su sabor, sus ganas. Dejó que una de sus manos descendiera hasta encontrar el dobladillo de su jersey, para luego colar los dedos bajo la tela. Rozó la piel de su espalda. Estaba caliente y Jared se moría por acariciarla.

Ahogó un quejido cuando las caderas de Lea se balancearon y embistieron las suyas de una forma tan deliciosa como salvaje. Oh, Dios, la quería desnuda, bajo él... O mejor aún, sobre él. La quería de todas las maneras y en todos los lugares posibles. Pero no allí, no así y, desde luego, no tal y como estaban las cosas.

«Tienes que parar. Para. Ahora», se dijo, pero continuó bebiéndosela a sorbos cada vez más largos e intensos, casi con desesperación. ¿Se podía saber qué demonios le estaba pasando con aquella chica? ¿Desde cuándo se comportaba como un jodido

quinceaño?

Al final, tuvo que ser Lea la que pusiera fin a aquella locura.

—Esto no está... no está bien —dijo, aún sin soltarlo, su pecho subiendo y bajando con rapidez.

En eso tenía que darle la razón, aunque era posible que no por los motivos que ella creía.

Reunió los pedazos de su escasa fuerza de voluntad y dio un paso atrás. Sus manos aún se demoraron unos segundos más, resistiéndose a soltarla. Se metió una en el bolsillo del vaquero y, con la otra, se frotó la nuca de forma compulsiva.

—Lo siento —murmuró, más avergonzado de lo que hubiera estado jamás.

Pero el caso era que no se arrepentía. No, en absoluto. Solo podía pensar en volver a besarla. No era capaz de apartar la vista de sus labios, enrojecidos y ligeramente hinchados. Aquel beso era, sin duda, lo único bueno que le había pasado en las últimas veinticuatro horas. La tarde anterior había sido una total decepción y lo había dejado aún más hundido de lo que ya estaba. La tristeza seguía ahí, en el fondo de su mente, oprimiendo su pecho, y lo único que le había dado fuerzas para no subirse a la moto y perderse más allá de los límites del pueblo —o del condado— era la posibilidad de ver a Lea. Por qué ella precisamente, no lo tenía demasiado claro.

—Tus padres... —murmuró, señalando la entrada de la casa.

Ni siquiera se había parado a pensar en que estaban justo delante de la puerta. No creía que a los padres de Lea les hiciera mucha ilusión ser testigos de un espectáculo como el que acaban de dar.

—No están. No hay nadie en la casa —replicó Lea, y Jared se obligó a no pensar en las posibilidades que eso les ofrecía.

«Deja de ser un capullo», se reprochó.

—¿Damos un paseo? ¿Qué tal un desayuno en Lucky's y luego una vuelta en moto más allá del lago? —le ofreció, y en el mismo instante en que lo decía comprendió lo mucho que le apetecía ese plan. Con ella.

Lea asintió, más callada que de costumbre, y él tampoco añadió

nada más a la conversación. Se dirigió hacia la moto y le pasó un casco; a continuación, se puso el suyo y se subió a la moto. Sin ser consciente de ello, soltó un suspiro de alivio cuando Lea tomó asiento tras él, las curvas de sus pechos adaptándose a la tensión de los músculos de su espalda, sus manos rodeándole y su aliento revoloteándole sobre la nuca.

Apenas tardaron unos pocos minutos en llegar a Lucky's. Los sábados por la mañana, sobre todo ahora que empezaba el buen tiempo, el pueblo solía bullir de actividad. Todas las tiendas estaban abiertas y los residentes aprovechaban para hacer compras y almorzar luego en alguno de los restaurantes de las calles más céntricas. Baker Hills, aunque no dejaba de ser un pueblo, era bastante grande y había donde elegir en cuanto a restauración. Pero Lucky's había sido punto de encuentro de la gente de su edad desde hacía décadas, generación tras generación; siempre había uno o varios grupos de chicos y chicas ocupando sus mesas. En unas semanas, Marianne sacaría un puñado de mesas y sillas a la acera y contaría con la terraza en la que Jared había pasado lo que parecía media vida.

Al bajar de la moto y echar a andar hacia la entrada de la cafetería, Lea se detuvo en mitad de la acera. Jared regresó sobre sus pasos.

—¿Qué pasa?

Ella desvió la mirada hacia el cristal tras el cual se adivinaban las figuras de varios clientes.

—Nada. Vamos dentro —repuso, pero no se movió.

A Jared le pareció lo más natural del mundo tomarla de la mano, enlazar sus dedos y tirar de ella hacia la puerta. Una vez dentro, no la soltó hasta que se encontraron al fondo del local, en uno de los reservados con asientos de cuero morado y una gran mesa entre ellos. Iba tan decidido que ni siquiera se preocupó de si había alguna cara conocida entre los clientes.

Acababan de sentarse cuando Mike apareció junto a la mesa.

—Ey, Payne, dos veces en una semana —exclamó su amigo. Palmeó su hombro y le lanzó una mirada a Lea que no tuvo nada de rápida ni de inocente—. Te hacía ya de vuelta en la universidad.

Ese no era un tema que fuera a sacar delante de Lea, ni siquiera había hablado de ello aún con sus padres. Tenía demasiados frentes abiertos y no tenía ni idea de por dónde empezar a cerrarlos.

—Voy a quedarme un tiempo por aquí. ¿Conoces a Lea? —se apresuró a añadir, cambiando de tema.

Mike asintió y le brindó una sonrisa a la chica.

—La prima de los Donaldson, ¿no? ¿Qué tal están los gemelos? —le preguntó—. Me he enterado de que el cabrón de Sean ha fichado por los Rams.

Jared sabía lo duro que seguía siendo para Mike haber tenido que abandonar el fútbol. Aun así, y a pesar de la forma en la que se había referido al primo de Lea, había verdadera alegría en su expresión por el logro de su antiguo compañero de equipo.

Lea le comentó a Mike algunos de los detalles de la propuesta que le habían hecho y de lo contento que estaba Sean con la oportunidad que se le había presentado, y también de las ganas que tenía de conocer a Lily, la hija de Cam. La *reciente* paternidad del más responsable de los Donaldson había pillado por sorpresa a todo el mundo y había sido la comidilla del pueblo durante las últimas semanas.

Mientras Jared observaba hablar a Lea, se dio cuenta de que también ella parecía feliz, había verdadero cariño allí en la forma en la que se refería a su familia. Pensó en su propio hermano y en lo unidos que habían estado Connor y él en el pasado; sin embargo, la última vez que se habían visto las cosas habían resultado... tensas.

—Te invitaría a sentarte —terció Jared, cuando recuperó la atención de Mike—, pero hoy quiero a Lea solo para mí.

«Oh, joder, ¿de dónde mierdas había salido eso?».

Mike arqueó las cejas y le dedicó una sonrisita socarrona.

—¿Tienes una cita con la prima pequeña de Sean? Va a romperte algunos huesos en cuanto se entere, hermano —se rio Mike, pero al menos no hizo ademán de sentarse.

Jared no hizo nada por desmentir que aquello era una cita.

—Es posible.

—No soy su prima pequeña —intervino Lea, claramente

ofendida— Soy su única prima en realidad.

Mike alzó las manos, pidiendo tregua.

—Está bien, está bien. Os dejo solos, tortolitos.

Ahora era cuando Lea probablemente le arrancaría la cabeza por haber soltado algo así delante de Mike. La creía muy capaz de ello y, por la mirada que le estaba lanzando desde el otro lado de la mesa, sucedería en cualquier momento de los próximos segundos.

—¿Hoy quiero a Lea para mí solo? —lo imitó ella, en cuanto Mike se hubo marchado.

—Es la... ¿verdad?

Se le escapó una carcajada, a pesar de que no tenía ni idea de por qué había soltado esa tontería.

—Pues deja de ser tan sincero.

«Si tú supieras...», pensó. Alzó las manos del mismo modo en que lo había hecho Mike, pero el gesto estuvo muy lejos de conseguir apaciguarla.

13

«Ay, Dios. Ay, Dios».

La mente de Lea había entrado en bucle desde el momento en que Jared la había besado, o ella lo había besado a él; no estaba muy segura. Aún podía sentir el roce de sus labios sobre la boca y un cosquilleo por toda la piel. No solo se había dejado llevar, ¡había participado activamente y con tal entusiasmo que ahora le daban ganas de esconderse bajo la mesa! Y encima había aparecido un antiguo amigo de su primo Sean para poner de relevancia algo que empezaba a resultar obvio: estaba teniendo citas con Jared Payne.

La cuestión era que, por mucho que tratara de engañarse a sí misma, aquello no estaba bien. Ella no quería una aventura ni diversión. Llevaba años *divirtiéndose*. No había sido recatada ni tímida a la hora de salir con chicos y, después del mazazo de Connor y el desastre de su relación con Max, tontear con uno y otro empezaba a resultarle vacío. Lo peor no era que lo de Jared pudiera ir más allá del tonto, sino el hecho de que seguía sin ser sincera con nadie, ni siquiera consigo misma. No podía dejar de preguntarse si, de gustarle a Jared, en realidad estaría conociendo a la Lea real; tal vez ni ella misma la conociera. Quizás por eso estaba tan enfadada, o frustrada más bien.

Mike los dejó a solas y una de las camareras vino a tomarles el pedido. Más que de desayunar, era hora del almuerzo, pero de todas formas pidió unas tortitas y un batido de vainilla con canela. Jared, en cambio, optó por el pastel de calabaza y un batido de chocolate.

—¿Estás enfadada porque esto sea una cita? —le preguntó él sin mirarla. Había tomado una servilleta y estaba concentrado en ella, doblándola una y otra vez.

No lucía avergonzado, más bien divertido por la situación. ¿Se tomaría algo en serio?

—No sé muy bien lo que es esto...

Jared levantó la cabeza y clavó sus ojos en ella.

—Un lío de cojones, eso es lo que es —soltó sin más, y pareció arrepentirse de inmediato.

Lea enarcó las cejas, exigiéndole sin palabras una explicación al respecto. ¿También él creía que no deberían estar quedando, teniendo... *citas*? Bueno, al menos estaban de acuerdo en algo.

—Olvídalo —dijo él a continuación, y sus ojos regresaron a la servilleta.

—¿Por qué tanto empeño en buscarme?

La pregunta había abandonado los labios de Lea sin que realmente se parara a pensar en si quería conocer la respuesta. Esta vez, Jared no apartó la vista de sus manos y lo que quiera que estuviera tratando de hacer con aquel papel. Tras un silencio prolongado, contestó a su pregunta con otra que no esperaba. Ni por asomo.

—Tú y mi hermano... ¿ya no sois amigos?

Lea se reclinó contra el asiento y cruzó los brazos, a la defensiva.

—No —dijo finalmente—. No lo somos.

Él asintió de forma distraída, como si hubiera esperado esa respuesta, y continuó doblando y desdoblando la servilleta. Comenzaba a parecerse a algún tipo de pájaro. ¿Una grulla tal vez?

—¿Por qué me preguntas algo que ya sabes?

Jared volvió a mirarla, mucho más serio que antes, pero no dijo nada. Lea era consciente de que aquel era el momento, la oportunidad de preguntarle lo que sabía. Inspiró profundamente y lanzó los dados.

—¿Te ha contado él por qué nos peleamos?

Jared terminó de dar forma a lo que definitivamente era una grulla de papel y se la tendió.

—No, no me contó nada. —La mirada que le brindó parecía sincera, también sus palabras.

Lea aceptó la figura que le tendía y soltó el aire que había estado conteniendo.

—Gracias —dijo, esbozando una sonrisa, aunque él no supiera qué era en realidad lo que le estaba agradeciendo.

Si él no sabía nada de la fotografía, de su infidelidad con

Connor, tenía una oportunidad de ser ella misma, dejar atrás a la antigua Lea y ser quien quisiera. No la juzgaría, no antes de tiempo. Aunque, tarde o temprano, su suerte podría cambiar y la verdad terminaría por alcanzarlos.

Dieron cuenta de las tortitas y la tarta en un silencio que, a pesar de todo, no resultó incómodo. Intercambiaron miradas y Lea no pudo dejar de preguntarse en qué estaría pensando él. Al terminar, antes de que Lea pudiera hacer nada para evitarlo, Jared se levantó y fue a pagar a la caja. La dueña, Marianne, lo saludó entonces con una de sus cálidas y amables sonrisas.

—¡Hacía mucho que no te veía por aquí! ¿Qué tal está tu familia? —le dijo la mujer, y Lea, a pesar de haber empezado a acercarse, se detuvo para no entrometerse en la conversación. Jared contestó en voz algo más baja y suave mientras le tendía un billete de veinte—. ¿Y Candace? Lleva siglos sin venir. Tienes que traerla alguna vez...

Jared volvió a hablar, pero, desde donde estaba, Lea no pudo escuchar lo que decía. ¿Quién era Candace? Se esforzó en recordar si alguna de sus compañeras de instituto se llamaba así; ¿alguien del pueblo tal vez? Un ligue o una antigua novia, ¿era eso? ¿Y si no era antigua? No, no podía ser.

Intentó deshacerse del pensamiento, pero la fama de Jared en ese aspecto lo precedía; en eso, Sean y él se parecían bastante. Sin embargo, no iba a juzgarlo por lo que se dijera de él como tampoco lo hacía con su primo. No había más que ver lo mucho que había cambiado Sean desde que había conocido a Olivia. Y, desde luego, Lea también tenía una extensa lista de conquistas.

—¿Nos vamos? —preguntó Jared, que ahora se encontraba a su lado.

Entrelazó de nuevo los dedos con los suyos, provocándole un estremecimiento, y salieron al exterior juntos. Si Jared tuviera novia, no andaría de la mano con otra chica por Baker Hills, ¿no?

«¡Basta, Lea!», se dijo. Pero lo sucedido en el último año había dejado una huella en su autoestima. Quizás por eso la seguridad que solía mostrar era ahora cosa del pasado. Quizás por eso las dudas no dejaban de asaltarla.

Cuando quiso darse cuenta, estaban ya en las afueras del pueblo. Habían tomado la misma carretera por la que habían regresado el día de la tormenta, y Jared conducía a una velocidad moderada debido al estado del asfalto y la estrechez del camino. No había coches ni otros vehículos a la vista; aquel sendero apenas si se utilizaba fuera de la época estival. Avanzaron bordeando el lago. Una leve brisa agitaba los mechones que asomaban bajo el casco de Lea y el sol se derramaba sobre el paisaje y sobre ellos. La sensación resultaba deliciosa. Podía entender por qué a Jared le gustaba tanto ir de un lado a otro sobre su moto, conducir sin prisa, disfrutando. Dejarse llevar. Solo eso.

No hablaron durante largo rato. Las curvas se sucedieron, con el sonido del ronroneo del motor de fondo. Sus muslos se presionaban contra las piernas de Jared y todo su pecho se hallaba reposando sobre su espalda. El cosquilleo de su piel reapareció y se extendió por su piel, erizándole el vello de la nuca, y se humedeció los labios de forma inconsciente, como si así pudiera rescatar algo del sabor de Jared de ellos.

Cuando por fin él aminoró la velocidad y se detuvo, Lea reconoció el árbol bajo el cual se habían resguardado de la lluvia el día anterior. Reprimiendo una sonrisa, no se lo pensó demasiado. En esta ocasión, fue ella la que agarró su mano. Apenas le dio tiempo a desmontar y ya lo estaba arrastrando en dirección al que había sido su refugio durante el último año, un lugar que no había compartido con nadie hasta ese momento.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Jared.

El casco colgaba de su brazo y un brillo divertido bailaba en su mirada. Parecía... relajado, feliz. Aquella moto hacía maravillas con su humor; también con el de Lea.

—Vamos —lo urgió, mientras ascendían por un pequeño remonte de tierra.

La hierba cubría el suelo por completo y distintas clases de flores y árboles les salían al paso cada vez con más frecuencia, hasta que alcanzaron un pequeño claro y entonces descubrieron un auténtico mar de color a sus pies. Centenares de arbustos y plantas que por fin habían florecido tras la tormenta, o estaban a punto de

hacerlo, y que los rayos del sol hacían brillar; un verdadero arcoíris de vegetación.

—Vaya —exclamó Jared, deteniéndose para admirar la pequeña extensión frente a ellos.

—Es precioso, ¿verdad?

Se giró hacia él justo en el momento en que los ojos de Jared se apartaban del paisaje para centrarse en su rostro.

—Sí, sí que lo es.

14

Jared ni siquiera se paró a pensarlo cuando ella prácticamente se derrumbó en mitad del claro. Dejó el casco y su chaqueta a un lado y se tumbó cerca, muy cerca, tanto que sus brazos estaban pegados. Lea podría enredar una pierna entre las suyas sin mucho esfuerzo. No lo hizo, aunque su cuerpo hubiera estado encantado de haber sido así. Pero la situación, en cierta forma, la intimidaba; lo cual seguramente resultaba absurdo porque no era la primera vez que estaba a solas con un chico. Claro que ese lugar había sido solo suyo hasta entonces; un refugio, el sitio al que acudir cuando todo lo demás estaba mal.

—Debo haber pasado mil veces por delante de ese árbol —comentó Jared, refiriéndose al que Lea había bautizado como *su* árbol—, y nunca había visto este lugar.

Estaba totalmente tumbado, las manos detrás de la cabeza y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. La postura acentuaba los músculos de sus brazos y revelaba una estrecha franja de su estómago. Lea pudo comprobar que, efectivamente, tenía toda una tableta de chocolate ahí. El calor ascendió hasta sus mejillas cuando se percató de que Jared la estaba observando; sabía perfectamente lo que ella miraba.

Él le sonrió con su descaro habitual.

—¿Ves algo que te guste, Lea?

Agitó la cabeza, negando, a pesar de que Jared debía de ser muy consciente de lo atraída que se sentía por él. La forma en la que había reaccionado a su beso no dejaba lugar a dudas.

—Nada en absoluto —replicó, pero, aun así, le devolvió la sonrisa.

Jared giró de nuevo la cabeza hacia el cielo y cerró los ojos.

—Mentirosa.

Lea no contestó. Se limitó a observarlo. Lucía el mismo aspecto que el día que lo había descubierto en el aparcamiento del instituto, sentado sobre la moto y también con los ojos cerrados. En paz. Era

lo mismo que Lea sentía cuando acudía a ese claro, lejos de todo y todos, y le dio por pensar en sí, tal y como le sucedía a ella, Jared no escondería algo que lo empujaba a subirse a su moto y escapar.

—¿De qué huyes tú? —se aventuró a preguntar, bajando la voz.

—¿Cómo? —repuso él, aunque no abrió los ojos.

Lea se tomó unos segundos para encontrar las palabras.

—Bueno... yo vengo aquí cuando las cosas... cuando las cosas se ponen difíciles, ya sabes.

No. Aún no estaba preparada para ser del todo sincera con él. ¿Qué demonios iba a decirle? «Le puse los cuernos a mi novio con tu hermano y él me sacó una foto mientras se la chupaba... Y luego, Connor se encargó de que todos vieran esa fotografía». ¡Dios! Sonaba incluso más horrible de lo que había sido, y eso ya era decir.

Al ver que Jared no se movía ni contestaba, se obligó a continuar.

—Tú te subes a esa moto para escapar —señaló. Cada vez estaba más convencida de ello—. Así que supongo que estás huyendo de algo, y dado que deberías estar en la universidad y no aquí...

Se detuvo. En realidad, no tenía ni idea de la razón por la cual, a veces, el descaro y su lado fanfarrón desaparecían y solo quedaba esa tristeza que había atisbado en sus ojos verdes. Jared inspiró, y Lea juraría que el aire tropezó en algún lugar entre sus labios y sus pulmones.

—A veces las cosas también se ponen difíciles para mí. —Al parecer, tampoco él quería hablar de ello. Hubo una pausa, y Lea creyó que eso era todo cuanto iba a contarle—. Mis padres no saben que me han expulsado de la universidad durante todo el semestre. No van a tomárselo bien.

—¿Expulsado?

Jared asintió y, por fin, abrió los ojos, aunque no la miró. Su mirada se perdió entre las escasas nubes que poblaban el cielo.

—Una larga historia —continuó él—. Pero mi padre no va a perdonármelo. Ha invertido mucho para que me gradúe en Derecho.

No había esperado que el sueño de Jared fuera convertirse en abogado; no parecía encajar con su personalidad.

—No te veo con un maletín en los juzgados.

—Ya, yo tampoco. Seguramente, ese es uno de los problemas. Pero prefiero hablar de ti —afirmó, volviendo la mirada hacia ella y forzando una sonrisa. Trató de mostrarse más desenfadado de lo que Lea estaba segura que se sentía—. El año que viene vas a la universidad, ¿ya sabes lo que vas a estudiar?

Desde que Lea había descubierto el refugio que le brindaban los libros, había empezado a creer que estudiar Literatura sería una buena opción, aunque aún no se había decidido del todo. Lo que sí estaba claro era que, con su expediente, no iba a contar con muchas universidades entre las que elegir. La ironía era que probablemente terminaría en la estatal de Ohio, la misma a la que iban tanto Jared como Connor. Era su apuesta más segura para conseguir entrar.

—No lo sé —respondió. Por algún motivo, confesar lo mucho que la habían ayudado los libros le parecía algo demasiado íntimo.

—Tienes tiempo. El primer año es una locura, pero te permite probar diferentes cosas.

Jared esbozó una sonrisa, pero la alegría evitó sus ojos. No, él no había tenido esa opción. Su padre debía de haberle marcado el camino a seguir.

Continuaron charlando sobre temas más *seguros*. Jared no le explicó el porqué de su expulsión, pero le habló de cómo eran las cosas en el campus, de las fiestas, las clases y los grupos de estudio a los que se veía obligado a asistir porque estudiar solo se le hacía tarea imposible. Le contó también lo mucho que añoraba Baker Hills y que eran pocas las ocasiones en las que podía regresar al pueblo a pesar de lo cerca que estaba la universidad.

—¿De verdad extrañas *esto*? —La pregunta adquirió un tono en cierto modo despectivo, pero él no pareció ser consciente de ello.

Jared se incorporó un poco, apoyándose sobre los codos, y echó un vistazo a su alrededor. El claro se encontraba a unos diez metros de la orilla del lago y, aun con los árboles que lo rodeaban, la superficie brillante de este se podía distinguir entre los troncos. Las

casas de Baker Hills, sin embargo, no se veían desde allí.

—Crecí aquí —señaló Jared, con la vista perdida en algún punto más allá del lago—. Tengo un montón de recuerdos de este sitio. Buenos recuerdos.

Si se paraba a pensarlo, Lea también tenía buenos recuerdos de su infancia. Al margen del último año, y de la facilidad con la que sus antiguas amigas le habían dado de lado, podía evocar las tardes de primavera a orillas del lago con ellas o los días de invierno patinando en su superficie helada; domingos en el jardín de sus tíos, lanzándose hojas secas en otoño... Aria y ella habían crecido juntas y, durante un tiempo, habían sido inseparables; antes de que Lea se dejara cegar por el brillo de la popularidad. Aún recordaba las ocasiones en que se habían quedado a dormir juntas y la primera vez que sus padres les permitieron pasar la noche en la cabaña del árbol. Los gemelos se habían dedicado a hacer ruidos por los alrededores para asustarlas y, al final, ellas habían corrido hacia la casa y se habían metido las dos en la cama de Aria.

Su familia estaba allí y, para los que se habían marchado lejos, Baker Hills siempre sería el hogar al que regresar. El pensamiento la hizo enfadarse consigo misma por permitir que lo sucedido en el instituto le hiciera desear marcharse lejos y no regresar.

—Hay cosas que duelen aquí —continuó Jared, ensimismado. Ni siquiera parecía que hablara con ella—. Pero, aun así, está bien tener un lugar al que volver. No olvidar.

En el silencio posterior, Lea se prometió a sí misma que no permitiría que nada ni nadie le arrebatara esos recuerdos.

Jared se dejó caer hacia atrás y Lea siguió sus movimientos con la mirada. De todos los chicos del pueblo —o chicas, ya puestos— con los que podía haber terminado charlando en aquel claro, nunca hubiera pensado que sería Jared Payne con el que mantuviera una conversación como aquella. Tal vez con Cassidy, a ella solía contarle esa clase de cosas. Pero tanto su mejor amiga como Kenzie se habían apartado de ella, como si fuera portadora de la peste. Sin preguntas. Y eso que nadie en el instituto sabía toda la verdad. Max había escondido el hecho de que no era él el que salía en aquella foto y Lea no había sacado a nadie de su error; las cosas

hubieran sido aún peores de saberse todo. Pero allí estaba, con Jared, y cada vez olvidaba con mayor facilidad que era «el hermano de».

—¿Qué vas a hacer durante estos días? ¿No te vas a ningún lado? —le preguntó él, devolviéndola al presente.

Lea ladeó la cabeza y se encontró su rostro a apenas unos pocos centímetros, mucho más cerca que antes. La intensidad con la que la observaba bien podía llevar a pensar que le había preguntado acerca de algo mucho más trascendental que sus planes para las vacaciones de primavera.

El verde de sus iris la atrapó y descubrió que, a la luz del sol, rivalizaba con el brillante color de la hierba que los rodeaba. Sus labios se entreabrieron por propia iniciativa, pero no para contestar. Había olvidado lo que le preguntaba.

—¿Lea?

—¿Sí?

—Vuelves a mirarme. Fijamente y de una manera muy... intensa —señaló él, y en su boca se dibujó una sonrisa.

Lea pensó en esa misma mañana, en la forma en la que esa boca que ahora le sonreía había cubierto la suya; la sensación suave de sus labios acariciándola, tentándola de la misma manera en que lo hacía ahora sin siquiera tocarla. Jared era, sin duda alguna, una provocación andante. Una a la que era complicado no sucumbir.

Aun sabiendo lo mucho que le afectaba, inspiró profundamente para saborear su aroma. Era difícil no desear algo más que eso, más que esa cercanía, más que su aliento revoloteando sobre su boca o su brazo rozándole el costado... Más. ¿La desearía él también de esa forma?

—Sigues mirándome.

—Lo sé —dijo Lea, y un movimiento mínimo la dejó al borde del precipicio, sus labios prácticamente rozándose.

A pesar de lo que había dicho Jared sobre no olvidar, los pensamientos de Lea se esfumaron con rapidez. Apartó a un lado las dudas y sus miedos, las semanas que había pasado lamentándose, los meses huyendo de todos. Olvidó quién era él,

dónde estaban y lo que no se estaban diciendo, que seguramente era mucho más de lo ella había imaginado. Lo olvidó todo.

—Lea... —la llamó él, y su voz adquirió un tono torturado—. O me besas tú o voy a tener que hacerlo yo.

Por una vez, no discutió. Simplemente, lo besó.

15

En cuanto sus bocas se encontraron, Lea supo que estaba perdiendo una batalla en la que no había pensado terminar peleando. Los labios de Jared se posaron sobre los suyos con suavidad, tanteándolos, como si estuviera dándole tiempo para echarse atrás. Como si tampoco él estuviera demasiado seguro de lo que estaban haciendo o por qué lo hacían. Pero Lea no retrocedió, y eso fue todo cuanto él necesitó. Deslizó la mano por su garganta, ascendiendo con lentitud y dejando a su paso un rastro cálido, y la sujetó por la barbilla. Aunque apenas si habían llegado a besarse, se alejó unos centímetros y luego volvió a acercarse. Esta vez, atrapó el labio inferior de Lea entre los suyos, para luego alejarse de nuevo, provocándola; una sonrisa juguetona curvando sus comisuras y sus ojos ardiendo de deseo.

Roce tras roce, Lea estaba convencida de que acabaría perdiendo la cabeza y lanzándose sobre él. Pero Jared parecía empeñado en alargar los suaves toques, en saborearla a tragos muy pequeños, como si temiera emborracharse de ella y esa fuera la única manera de no perder el control del todo. O quizás solo trataba de que fuera ella la que lo perdiera.

Lea lo dejó hacer, tal vez porque la delicadeza con la que se acercaba a ella resultaba deliciosa y diferente, nada que hubiera experimentado antes. Ningún chico la había besado así. Jared se estaba recreando en el beso, y eso la hacía sentir extrañamente bien. Y el hecho de que no hubiera dejado de mirarla en ningún momento mejoraba aún más las cosas. Podía ver la forma en la que sus ojos se habían oscurecido, la chispa del deseo que ardía en ellos con mayor intensidad de un segundo al siguiente.

Sus bocas se unieron una vez más, y fue Lea la que se aventuró entonces a acariciar su labio superior con la punta de la lengua. La sonrisa de Jared resultó casi perversa. Creyó que él cedería por fin. En cambio, empujó su barbilla hacia arriba y le hundió el rostro en el hueco del cuello. Durante los siguientes

minutos, se dedicó a mordisquear, lamer y besar la base de su garganta. Trazó caminos sobre su piel que lo llevaron hasta la zona sensible detrás de su oreja y, beso tras beso, fue arrebatándole los restos de la cordura que aún conservaba.

A esas alturas, estaba prácticamente encima de él, pero Jared la empujó con suavidad y se colocó sobre ella. Se apoyó en los antebrazos y sus caderas se alinearon; los puntos justos rozándose en los lugares exactos. A Lea se le escapó un gemido y, en respuesta, él farfulló una maldición y se cernió sobre ella una vez más.

De pronto ya no parecía querer esperar más. Atacó su boca sin compasión y Lea volvió a gemir cuando el sabor de Jared inundó su boca, más delicioso y provocador aún que esa misma mañana. No hubo más contemplaciones ni más titubeos. Entreabrió los labios y la lengua de Jared acarició sin pausa cada rincón de su boca.

—Te he deseado... —murmuró él, besándola una y otra y otra vez. La llenaba y la vaciaba al mismo tiempo, mientras que con las manos acunaba su rostro—. Te he deseado desde la primera vez que te vi, y estoy seguro de que hay un sitio especial en el infierno para los tipos como yo.

Ni siquiera entendió del todo lo que había querido decir, pero lo que sí comprendió era que estaba tan excitada como aterrada. No sabía cómo afrontar la magnitud del deseo que sentía por Jared ni el que él parecía sentir por ella. Se preguntó si no estaría sumando un nuevo error a una lista ya demasiado larga, si no se estaría equivocando al permitir que las cosas fueran más allá entre ellos. La realidad era que, a pesar de lo mucho que Jared la atraía, no podía evitar sentir un miedo atroz.

—Tal vez... Vamos muy rápido.

En cuanto Lea terminó de hablar, Jared rozó una última vez sus labios y alzó la cabeza para mirarla. Casi esperaba que estuviera enfadado o bien que tratara de convencerla de que no había motivo para detenerse; no sería la primera vez que un chico actuaba así con ella. Eso la cabreaba, pero la cuestión era que no estaba segura de si quería que Jared parase o que continuara. Su mente era un auténtico hervidero de ideas contradictorias.

—No pensaba hacer otra cosa que besarte hasta cansarme de saborearte —replicó, sonriendo, y su voz carecía de cualquier rastro de enfado—. Pero dado que eso puede tardar mucho en suceder —agregó, guiñándole un ojo—, tal vez sí que deberíamos parar. No creo que vaya a cansarme de ti en un futuro inmediato. —Hizo una mueca—. Dios, no he dicho eso en alto, ¿verdad?

Lea se echó a reír mientras él se hacía a un lado y se derrumbaba sobre la hierba, a su lado. Las mejillas de Jared estaban cubiertas de un adorable tono rosado y parecía abochornado. Eso la hizo reír aún más; también le pareció adorable.

—Lo has dicho —señaló, muerta de risa y mucho más relajada que momentos antes.

Era fácil estar con Jared cuando actuaba así. No parecía que tuviera más idea de lo que estaban haciendo que ella misma. Pero entonces él se giró y se quedó mirándola como si fuera lo único que podía ver, lo cual era mucho decir teniendo en cuenta que estaban rodeados de belleza.

—No vamos a hacer nada de lo que no estés segura al cien por cien, Lea. Nunca. Jamás —insistió, con tal vehemencia que hizo rebrotar una pequeña sonrisa en su rostro—. Y, desde luego, si en algún momento pasara algo más entre nosotros, preferiría un lugar más privado. Lo que me muero por hacer contigo no es apto para este sitio. —Ahí estaba, de nuevo el Jared que no se mordía la lengua—. Peeeeero, eso no va a suceder nunca a no ser que tú así lo quieras.

Nada de palabras amables para convencerla, nada de mentiras. Lea lo agradecía, era imposible que Jared imaginara cuánto. No era que alguien la hubiera empujado en brazos de Connor, ni tampoco que pudiera excusarse en el hecho de que aquella noche había bebido más de la cuenta; no buscaba eludir la parte de responsabilidad que había tenido en la traición a Max que tanto Connor como ella habían cometido. Su mejor amigo y su novia. Y encima el pobre chico había tenido que ver aquella horrible foto...

No. Lea era muy consciente de lo que había hecho. Tal vez por eso, una parte de ella no dejaba de pensar en si ahora no estaría haciendo daño a alguien más. Pensó en Candace, la chica que

había mencionado la dueña del Lucky's. Una vocecilla en el fondo de su mente le decía que, en realidad, sabía quién era, que la conocía. Pero, por más que lo intentó, no logró recordar de qué.

«Pregunta, Lea. Haz la jodida pregunta», se dijo. No quería repetir la historia y menos aún negarse a saber la verdad para aferrarse así a que no era consciente de estar haciendo nada malo.

—Ey, ¿qué pasa? —Jared apartó un mechón de su rostro. Sus dedos le rozaron la sien y, cuando hubo colocado el pelo tras su oreja, trazó la curva de su mandíbula con la punta de los dedos—. ¿Estás bien? No quería resultar tan brusco.

Continuó tocándola. Extendió la mano y apretó la palma contra su mejilla con delicadeza, como si pensara que Lea iba a romperse en cualquier momento.

—A veces soy un bocazas —agregó, al ver que ella no contestaba.

Lea sabía que no estaba bien comparar, pero no pudo evitar pensar en que su hermano y él, a pesar de su mismo carácter descarado y algo arrogante, no se parecían en absoluto. Connor jamás la había mirado ni tratado así. Nunca había sido cuidadoso y tampoco se había disculpado por nada de lo que había hecho, ni siquiera por humillarla frente a todo el instituto. Pero nada de eso importaría si había una chica esperando a Jared en algún lugar de aquel pueblo o en la universidad.

—¿Puedo hacerte una pregunta y esperar que seas sincero conmigo?

Mientras asentía, los ojos de Jared recorrieron el rostro de Lea, buscando quizás una pista de lo que iba a preguntarle.

—¿Qué quieres saber?

Lea aún titubeó unos segundos antes de lanzarse.

—¿Quién es Candace? Escuché a Marianne preguntarte por ella. Sin querer —se apresuró a disculparse—. Y me preguntaba si tienes a alguien importante en tu vida.

Lea era muy consciente de que la expresión de Jared se había transformado por completo en cuanto había mencionado aquel nombre. La tristeza se había apropiado de su mirada y la sombra de su perenne sonrisa había desaparecido. Esa chica era, sin duda

alguna, algo más que una amiga. Tal vez ya no fuera su novia, pero podía haberlo sido no hacía mucho. Aquel chico era la viva imagen de un corazón roto; totalmente destrozado.

Jared se tomó su tiempo para contestar, lo que le hizo pensar en que no se había equivocado en sus conjeturas. Comprendió entonces que seguramente no le hubiera mentido y no iba detrás de ella estando con otra persona. Pero, de igual forma, ya había alguien que ocupaba su corazón, lo que resultaba igualmente decepcionante y perturbador. Eso decía mucho de los sentimientos que Lea empezaba a albergar hacia él.

«Te estás colgando de Jared Payne», se lamentó en silencio, mientras esperaba a que le contestase. Sabía que era verdad; él le gustaba, le gustaba muchísimo a pesar de la mierda de circunstancias en las que se encontraba.

Jared abrió la boca, pero volvió a cerrarla. El gesto se repitió y de sus labios continuó sin salir una palabra. Lea se preguntó si no estaría ganando tiempo para elaborar una mentira creíble. Pero, en realidad, no había razón para que le mintiera. Ellos no eran nada...

—¿Es tu novia? —soltó sin más.

Él respondió con una carcajada, pero no había humor en ella, solo más de esa tristeza que se acumulaba en sus ojos.

—No, no tengo novia, Lea.

Un corazón roto entonces. A pesar de todo por lo que Lea había pasado, nunca había estado enamorada de verdad; no tenía ni idea de lo que se sentía cuando la persona a la que querías no te correspondía o te abandonaba. Sin embargo, la amargura que había detectado en la voz de Jared le provocó un dolor sordo en el pecho, uno al que no estaba acostumbrada y que no sabía muy bien qué significaba.

—No tienes que hablar de ello si no quieres —le dijo de todas formas, porque no quería obligarlo a hablar de algo que le hacía tanto daño.

Jared se incorporó hasta quedar sentado. Dobló las rodillas y apoyó los codos en ellas. Había un peso sobre sus hombros que Lea solo había vislumbrado en él en unas cuantas ocasiones antes, pero nunca como en ese momento; no con esa intensidad. Le dio

tiempo para ordenar sus pensamientos y, mientras esperaba con el corazón en un puño, comprendió que no importaba lo que fuera a decirle. No había nada entre ellos que justificara un enfado por su parte, o al menos así lo creía Lea. Lo único que realmente le preocupaba era poder hacer que se sintiera mejor, liberarlo de parte de esa carga. En cuanto admitió ese hecho ante sí misma, se dio cuenta de que él le importaba. Deseaba aliviar su dolor, uno del que estaba segura que Jared ansiaba escapar; igual que ella escapaba de sus propios demonios. Ambos estaban huyendo, y en esa huida sus caminos se habían cruzado. Tal vez solo se trataba de eso, de ayudar a alguien que parecía estar tan perdido como ella.

—Jared, de verdad que no tienes que contármelo si no quieres —le susurró, ya sentada a su lado. Se inclinó un poco hacia él y colocó la mano en su espalda, brindándole un consuelo a todas luces insuficiente—. Pero puedes hacerlo si así lo deseas o lo necesitas. Yo... estoy aquí —concluyó, porque no se le ocurría una forma mejor de hacerle saber que podía contar con ella.

Trazó pequeños círculos con la palma de la mano sobre su espalda, pero él no levantó la cabeza, que mantenía hundida entre los hombros; la vista fija en la hierba y los dedos de sus manos entrelazados para evitar ceder al temblor que las sacudía.

—Dame solo un minuto —dijo él, y su voz se quebró poco antes de que pudiera completar la petición.

—Tómate todo el tiempo que necesites.

Se mantuvieron en silencio durante un rato. Le daba la sensación de que Jared se estaba deshaciendo ante sus ojos y deseó abrazarlo, estrecharlo muy muy fuerte. Tal vez así pudiera evitar que se rompiera del todo. Pero no se atrevió a ir más allá y se limitó a acariciar sin descanso la parte baja de su espalda. Mientras lo observaba, y a pesar de que Jared mantenía los párpados entrecerrados y la mirada baja, Lea se percató de que una lágrima escapaba de sus ojos.

No lo pensó dos veces. Estiró el brazo y se la secó con la punta de los dedos. Cuando iba a retirar la mano, Jared la agarró y la cubrió con la suya. No dijo nada, no hizo falta que lo hiciera; un suave apretón bastó para transmitirle a Lea un «gracias» que a él se

le hacía imposible pronunciar.

16

Los siguientes minutos discurrieron con una lentitud tortuosa. La brisa que les llegaba desde el lago de pronto resultaba más fría y los colores que salpican la hierba brillaban con menor intensidad. Incluso los rayos de sol parecían haber perdido parte de su fuerza. Todo a su alrededor se había vuelto un poco más gris.

—Ella... ella —balbuceó Jared por fin—. Ella es muy importante para mí.

Una punzada atravesó el pecho de Lea, pero no fueron celos lo que sintió, sino pesar. Por él. Por lo que estaba sufriendo y la desesperación que impregnaba cada palabra que abandonaba sus labios.

No dijo nada más durante otros largos minutos; sin embargo, Lea no se impacientó ni trató de sonsacarle. Le había asegurado que podía tomarse el tiempo que necesitase y lo había dicho con total sinceridad. Poco después, Jared entreabrió de nuevo los labios y fue a hablar, pero se interrumpió antes de articular palabra alguna. El sonido de su móvil les llegó desde el montón desordenado que formaban su chaqueta y su casco, a pocos metros de ellos. Lea se apartó para permitirle levantarse e ir a por él y, nerviosa, lo observó mientras él clavaba la vista en el teléfono. El cambio en su postura fue tan repentino que incluso ella se sobresaltó.

—Tengo que irme —farfulló, y sus dedos volaron sobre la pantalla—. Tengo que irme ya.

Lea se puso de pie, sin saber muy bien qué pensar. Quizás la llegada de aquel mensaje solo era una excusa para poner fin a su encuentro y poder quedarse solo. Lea no podría reprochárselo; ella también había deseado aislarse de todo muchas veces y estaba claro que, fuera cual fuese la historia que había detrás de aquella chica, Jared estaba muy afectado. No, no podía exigirle confesar esa clase de secretos dolorosos, aunque le hubiera gustado que confiara en ella y le permitiera ayudarlo. De cualquier manera, excusa o no, Lea aceptaba que necesitara marcharse.

—No hay problema —le dijo, abrazándose a sí misma, sintiéndose tan impotente como vulnerable.

Jared levantó la vista del móvil. Tenía los ojos enrojecidos y una expresión que Lea no supo identificar. La seriedad de su mirada contrastaba con la sombra de una sonrisa que apenas llegaba a curvar las comisuras de sus labios. Ambos gestos resultaban tan contradictorios que no sabía qué era verdad y qué fingido. ¿Era una buena o una mala noticia lo que le había llegado en ese mensaje? ¿O simplemente no tenía nada que ver y, tal y como Lea había pensado antes, era solo una excusa para largarse de allí?

Un instante después, y sin mediar aviso, Jared estaba junto a ella. Le puso su chaqueta sobre los hombros y la tomó de la mano. Caminaron a paso rápido hacia el lugar junto a la carretera donde habían dejado la moto. Jared ya tenía puesto el casco incluso antes de llegar al vehículo; la visera baja, ocultando sus ojos.

—Puedo regresar andando —sugirió Lea, mientras él se acomodaba en el asiento.

La cabeza de Jared osciló de un lado a otro y le hizo un gesto para que subiera tras él.

—Te llevo. Sube, por favor —añadió, cuando ella continuó titubeando.

Lea obedeció. De algún modo, le parecía inapropiado abrazarse a él en ese momento, pero no le quedaba más remedio. Rodeó su cintura con los brazos y se inclinó sobre él con mucho más pudor del que había mostrado en el camino de ida. Jared ya había arrancado el motor y apenas si se demoró en ponerse en marcha; fuera a donde fuera, tenía prisa por llegar. Ella podía haberse ido a casa por su propio pie y *liberarlo* de su presencia, pero no había querido discutir. Solo que, cuando Jared enfiló el camino, no puso rumbo a Baker Hills. Iban en dirección contraria.

Lea sabía que la ruta que bordeaba el lago se bifurcaba más adelante. Uno de los caminos continuaba rodeándolo, mientras que el otro se incorporaba a algún punto intermedio de la carretera que enlazaba Baker Hills y Wightmans, el pueblo vecino. Si pretendía dejarla en casa, estaba escogiendo el camino más largo. Aunque tal vez lo que realmente necesitaba era serenarse y, si se trataba de

eso, Lea sabía que conducir era la mejor opción para él.

Al alcanzar el cruce, Jared tomó el desvío hacia la carretera estatal y no el que regresaba al pueblo, pero Lea no hizo preguntas al respecto. La verdad era que, a pesar de la preocupación que sentía por él, estaba más tranquila de lo que hubiera esperado. Estar de nuevo a solas con un chico, y confiar en él, no entraba dentro de sus planes a corto plazo, pero con Jared... las cosas eran diferentes. Al margen de los sentimientos que despertaba en ella, empezaba a considerarlo un amigo, alguien con quien hablar y en quien apoyarse. Ojalá también él la considerase así.

Unos minutos después se incorporaron a la carretera y, de nuevo, Jared tomó la dirección equivocada. No estaban regresando a Baker Hills. O bien él había olvidado por completo que llevaba una pasajera en la moto, o bien no le importaba. Quizás solo tuviera demasiada prisa por llegar a su destino, pero, si así era, ¿no debería haberle permitido que se fuera a casa por sus propios medios?

La carretera estaba plagada de curvas que Jared dejaba atrás con una velocidad preocupante. Lea se mantenía apretada contra su espalda, a salvo de la brisa revoltosa que azotaba su pelo. Pero ni siquiera el reconfortante aroma de Jared y la comodidad de su cazadora envolviéndola representaban un refugio seguro frente a la sensación creciente de estar dirigiéndose hacia un inminente desastre. Intentó por todos los medios deshacerse de ese sombrío pensamiento, pero le fue imposible.

El pequeño bosque que se extendía hacia el norte de Baker Hills comenzó a clarear y las primeras casas de Wightmans aparecieron a lo lejos. Lea había visitado aquel pueblo en varias ocasiones a lo largo de su vida. Tenía algunas tiendas de ropa interesantes y un establecimiento de antigüedades al que Max y ella habían acompañado a Clare Evans, la madre de Max, en más una ocasión; la mujer era una fanática de la decoración. Sin embargo, aun conociendo parte de sus calles, no tenía ni idea de a dónde podían dirigirse. Solo cuando tomaron una ruta alternativa alrededor del núcleo urbano y Jared se adentró por otra carretera secundaria, recordó que Wightmans contaba con una especie de clínica situada

a las afueras. No tenía muy claro de qué clase de institución se trataba, pero era de sobra conocido por la gente de la zona que allí solo trataban a personas con el dinero suficiente para poder permitirse ese tipo de instalaciones. Aquella clínica contaba con toda clase de lujos.

Mientras se acercaban, Lea observó el muro que rodeaba la construcción y la gran verja de acero que les cerraba el paso. A un lado, descubrió una garita de seguridad de la que salió un hombre uniformado. Jared no detuvo la moto del todo, se limitó a disminuir la velocidad y le dedicó al guardia un rápido gesto con la mano. El hombre se metió de nuevo en el interior y las dos hojas de la puerta se abrieron antes de que llegaran hasta ellas, franqueándoles el paso hacia el edificio principal. Un camino asfaltado los llevó hasta la zona de aparcamientos que se extendía a la derecha de la edificación.

Jared aparcó en el primer hueco libre que encontró y, de un tirón, arrancó las llaves del contacto. Lea supo que esa era su señal para descender de la moto y permitir así que él también pudiera bajarse. Creyó que, una vez que pusiera los pies en el suelo, saldría corriendo hacia la entrada, olvidándose por completo de que estaba allí con él. Pero Jared se deshizo del casco y se giró hacia ella.

—¿Quieres acompañarme? —le pidió, y le dio la sensación de que había tenido que esforzarse para hablar.

Lea realizó un gesto de asentimiento por puro instinto. No creía poder negarse a nada que él le pidiese en ese momento. Tenía la mirada vidriosa y el aspecto de un niño al que sus padres acabaran de abandonar. «Vulnerable», fue la palabra que le vino a la mente. Vulnerable y perdido, aunque también pareció aliviado al comprender que ella lo acompañaría. Cuando la agarró de la mano, Lea se estremeció al sentir lo fríos que estaban sus dedos, pero se aseguró de estrecharlos con fuerza y mantenerse a su lado.

Una vez dentro de la clínica, no se detuvieron en la zona de recepción. Jared tenía muy claro a donde se dirigía y, mientras avanzaban por un largo pasillo, la mente de Lea barajaba toda clase de situaciones horribles. ¿Había sufrido Candace algún terrible accidente? ¿Estaba aquejada de una enfermedad incurable?

Porque lo que tenía claro era que aquello tenía que ver con ella. La clase de dolor que Jared había dejado entrever en el claro, y que apenas atinaba a esconder ahora, solo podía deberse a una persona, una a la que quisiera con todo su corazón. ¿Y si estaban allí porque la pobre chica estaba sufriendo algún tipo de crisis?

Más y más posibilidades brotaron frente a sus ojos y su angustia continuó creciendo hasta desbordarla. No pudo evitar acordarse de sus primos y de la forma en que cada uno de ellos había tratado de hacer frente a la pérdida de su padre; o su tía, cuya voz aún se quebraba cuando mencionaba el nombre de su marido. Le horrorizaba pensar que Jared estuviera manteniendo esa clase de sufrimiento en su interior. ¡Dios! Y ella había creído tener problemas. Qué poco valor le dábamos a veces a algunas cosas y qué gran importancia a otras. A pesar de haber perdido a su tío, Lea tenía a sus padres, a sus primos y a su tía; una familia dispuesta a hacer cualquier cosa por ella. Incluso su padre, que pasaba gran parte de los días trabajando, estaría a su lado si ella no se hubiera refugiado en su interior en el último año. Nunca le había negado un abrazo al llegar a casa cansado y siempre había prestado oídos a cualquier cosa que ella hubiera querido contarle.

—¿Puedes... puedes esperar aquí un momento? —le pidió Jared, deteniéndose frente a una de las puertas.

Estaba desolado, pero también parecía emocionado en cierto modo. Una vez más, a Lea le fue imposible descifrar el cúmulo de emociones que se amontonaban en su rostro, y eso la hizo sentir aún más inútil. No conseguía encontrar palabras que le brindaran algo de consuelo.

—No te preocupes por mí. Te esperaré aquí.

—Gracias.

Lea negó con la cabeza, no había nada que agradecer, pero Jared había entreabierto la puerta y, un par de segundos después, ya estaba en el interior de la habitación. No había dónde sentarse, así que se apoyó en la pared junto a la puerta. Tan solo aguantó un momento allí. Demasiado inquieta como para estarse quieta, comenzó a deambular de un lado a otro del pasillo, aunque eso tampoco ayudaba demasiado a calmar sus nervios.

Un enfermero pasó junto a ella y le brindó una sonrisa comprensiva y ligeramente triste, la clase de sonrisa que nadie que estuviera allí querría recibir porque significaba que estaba en una situación de mierda en la que ese era el único consuelo que alguien podría brindarle. Posiblemente, así de patéticos habrían sido sus intentos de animar a Jared. De cualquier forma, se esforzó por devolverle el gesto; sabía que el hombre solo trataba de ser amable.

Durante los siguientes minutos se dedicó a observar lo que la rodeaba: el pasillo alfombrado, las paredes pintadas de un suave azul y los cuadros colgados de ellas. Cada detalle desprendía un lujo que no casaba bien con la idea de que aquello fuera una institución médica; incluso había varios aparadores situados a intervalos regulares y, encima de ellos, jarrones con un buen surtido de flores frescas. Cada puerta se encontraba identificada con un número y casi podías pensar que estabas en un hotel; tan solo el uniforme del personal indicaba que el establecimiento no era precisamente un *resort* de lujo.

Le pareció que pasaba una eternidad antes de que la puerta de la habitación en la que había entrado Jared se abriera de nuevo, pero no fue Jared quien asomó tras ella, sino una enfermera. La mujer debía rondar los cincuenta años, llevaba el pelo recogido en un moño sobre la nuca y, sobre su pecho, unas letras bordadas con su nombre: Margareth. En cuanto sus ojos se posaron sobre Lea, se dirigió hacia ella y la abordó con una sonrisa amable.

—Hoy tiene un buen día, pero ellos necesitan algo de tiempo a solas. —Lea asintió a pesar de no tener ni idea de lo que le estaba diciendo—. Jared me ha pedido que te diga que saldrá enseguida. Es un chico muy agradable —continuó, con el mismo orgullo que mostraría una madre al hablar de su propio hijo—, pero necesita a alguien que lo apoye en esto. ¿Sois muy amigos?

¿Lo eran? Lea quería pensar que sí. Lo conocía desde hacía años, pero apenas habían intercambiado un puñado de palabras antes de su regreso a Baker Hills. Sin embargo, parecía que hubiera transcurrido toda una vida desde esa primera vez en la que él la había *asaltado* en el exterior de la biblioteca; solo habían sido unos días.

Asintió. No sabía cómo podía ayudar a Jared, pero haría todo lo posible para conseguirlo.

—No lo está llevando bien —aseguró la mujer, y la tristeza de su expresión parecía genuina—. Necesita hablar de ello con alguien. Intenta que se abra, que acepte la situación. Es difícil, pero no va a mejorar.

Lea se encogió al escuchar la última afirmación. No había crueldad en las palabras de la enfermera, solo una amarga resignación.

—Haré todo lo que pueda por él.

La mujer le dio un apretón cariñoso en el hombro.

—Regresaré en quince minutos para darle la medicación. Seguramente entonces podrás pasar a verla.

Lea asintió una vez más antes de que Margareth se alejara por el pasillo. Sus elucubraciones ya no resultaban tan disparatadas ni lejanas después de la conversación con la enfermera, sino que se habían convertido en una realidad cruel. Se sintió aún peor al recordar que, apenas media hora antes, Jared y ella habían estado revolcándose junto al lago mientras esa chica estaba allí tal vez... tal vez... muriendo. Se le revolvió el estómago solo de pensarlo.

«Jared no haría algo así», pensó para sí misma, aún de pie en mitad del pasillo. Él había dicho que no tenía novia y Lea lo creía. Pero, incluso si ella no era su novia, todo lo que estaba sucediendo entre ellos dos parecía estar mal.

17

Margareth regresó y encontró a Lea en el mismo sitio en el que la había dejado. Estaba tan perturbada por lo que le había dicho la mujer, y lo que ella misma se había aventurado a imaginar, que permanecía inmóvil y ajena a lo que la rodeaba.

—¿Estás bien? —le preguntó la enfermera.

No tenía buena cara. Su palidez natural se había acentuado y le temblaban un poco las manos. Pero sí, estaba bien. ¿Cómo iba a quejarse? De repente se dio cuenta de que había perdido el último año de su vida lamentándose. Le había dado a Connor aún más poder sobre ella y sobre sus decisiones, y ¡él ni siquiera seguía en el pueblo! Puede que la hubieran tratado con crueldad, pero, ¡por el amor de Dios!, dado que sus compañeros de instituto desconocían su infidelidad, ¡no había hecho nada malo! Eran tan hipócritas como para acosarla por practicar sexo oral... Había dejado que la avergonzaran por algo que era natural, algo que muchos de ellos, estaba segura, practicaban siempre que podían.

—Sí, sí, estoy bien —se apresuró a aclarar, aunque Margareth no pareció muy convencida.

—Si necesitas comer algo, hay una cafetería al otro lado de la recepción.

Lea negó. No quería alejarse de la puerta por si Jared salía a buscarla.

—De verdad, estoy bien.

—Vale. Voy a darle la medicación a Candy.

¿Candace? ¿Candy? El nombre rebotó en las paredes de su mente y arañó su memoria. Mientras Margareth entraba en la habitación y cerraba la puerta tras ella, Lea se recostó contra la pared, esforzándose por sacar a la superficie el rostro que correspondía a ese nombre y que había tenido la corazonada de conocer.

—¡Candy! —murmuró, y los recuerdos explotaron por fin en su cabeza—. ¡Oh, Dios!

¿Cómo era posible que no se hubiera acordado de ella? Ahora lo entendía todo, o la mayor parte al menos...

La puerta se abrió de nuevo y los ojos de Lea volaron hacia la entrada de la habitación. Esta vez, fue Jared el que franqueó el umbral. La desconcertó descubrir el rastro de una sonrisa en su rostro y, más aún, que extendiera la mano hacia ella. Lea se acercó a él y analizó su expresión. Sus ojos continuaban enrojecidos e hinchados, como si hubiera estado llorando de nuevo, lo cual no cuadraba demasiado con la curva de sus labios. Se preguntó si no estaría esforzándose para tranquilizarla.

Enredó los dedos en torno a los suyos y, en ese momento, Margareth pasó junto a ellos.

—Podéis pasar —les dijo, y luego se dirigió a Jared—. Sabes que suele agobiarse si hay más de una persona con ella, sé prudente.

Jared asintió.

—Llevaré a Lea a su casa enseguida. Te avisaré antes de marcharnos —replicó él—. Y, Maggie, gracias por todo.

La enfermera le dedicó una mirada mezcla de cariño y compasión y se dirigió hacia otra de las habitaciones.

—¿Vamos? —pidió Jared, y ella asintió.

Sabía a quién iba a encontrarse al traspasar aquella puerta, pero eso no había disminuido su inquietud. No sabía cómo sentirse al respecto. Se dejó llevar hacia el interior. Lo primero que vio fue la cama perfectamente hecha y cubierta con una colcha ligera de color malva. No se trataba de la típica cama de hospital y eso la desconcertó aún más. También allí había cuadros adornando las paredes, una cómoda con varios portarretratos y un enorme ramo de lilas; cortinas blancas filtraban la luz de un enorme ventanal y, en la mesilla, varias flores cortadas reposaban sobre un libro.

La mano de Jared se deslizó fuera de la suya y, durante un instante, su espalda se interpuso entre Lea y la persona que había sentada en un butacón en una de las esquinas. Pero luego él se arrodilló y la vio por fin. Una fina manta fina cubría las piernas y el regazo de la abuela paterna de Jared. Lea la recordaba como una mujer no muy alta y rellenita que siempre sonreía, pero ahora su

aparición distaba mucho de esa imagen. La corona plateada de rizos que había formado su pelo carecía del brillo que también le faltaba a sus ojos, en otro tiempo chispeantes y repletos de vida. Había perdido mucho peso; tenía las mejillas hundidas y bajo la blusa que vestía se adivinaban con facilidad los huesos surgiendo de su piel. Su estado no era descuidado, pero no estaba... bien.

En una ocasión, muchos años atrás, Lea recordaba haber sido invitada al cumpleaños de Connor en su casa. Antes de dejarla allí, su madre le había dicho que hiciera caso de todo lo que le dijera Candace, la abuela de Connor, Jared y Mia, y que se portase bien. Sin embargo, poco después de entrar en la casa, la mujer le había preguntado su nombre y, a cambio, le había dicho que podía llamarla Candy. Candy, no Candace; no le gustaba lo serio que sonaba. Lea lo recordaba a la perfección porque, a la niña que era por aquel entonces, le había resultado de lo más gracioso que se llamase «caramelo». Pero el nombre no podía resultar más adecuado, ya que la mujer había tratado en todo momento de una forma cariñosa y dulce no solo a sus nietos, sino a todos los niños invitados. Ahora, tanto tiempo después, Lea apenas si podía encajar esa imagen con la que tenía delante.

—He traído a una amiga —le habló Jared en un tono bajo y muy suave, uno que nunca antes le había escuchado emplear—. Se llama Lea, y es también amiga de Connor, mi hermano.

Le estaba mintiendo. Él sabía que Connor y ella ya no eran amigos, pero Lea ni siquiera prestó atención a ese detalle. Mientras Jared continuaba arrodillado a un lado de la butaca, sosteniendo la mano de la mujer entre las suyas con delicadeza, Lea se había quedado parada a varios pasos de distancia.

Candace elevó un poco la vista. Sus ojos, rodeados de una fina red de arrugas, estaban entrecerrados, aunque estaba segura de que en algún momento habían sido tan verdes como los de su nieto. No dio muestras de reconocerla; sin embargo, había pasado mucho tiempo desde la última vez que la había visto. Lea le sonrió, pero la mujer lucía tan perdida como le había parecido que lo estaba Jared.

—¿Por fin te has buscado una novia? —dijo la mujer, y su rostro recobró parte de la alegría que parecía haberla abandonado

— Ya era hora. Es muy guapa —continuó. Lea le echó una breve mirada a Jared y descubrió que parecía a punto de derrumbarse. Apenas si era capaz de ahogar los sollozos.

—Sí que lo es —repuso a duras penas, mientras que con la mano libre se limpiaba, de forma apresurada, las lágrimas que escapaban de sus ojos.

—Parece una muchacha encantadora, JayJay. —La anciana se volvió hacia él y le dio un beso en la mejilla.

Jared aprovechó el acercamiento para rodearla con los brazos con una ternura infinita. El gesto duró tan solo unos segundos, pero le dio la sensación de que él la dejaba ir antes de lo que en realidad deseaba, como si temiera que fuera a rechazarlo si la mantenía contra su pecho por más tiempo.

Candy se recostó contra el respaldo de la butaca y dejó escapar un suspiro. Cerró los ojos, pero volvió a abrirlos un instante más tarde y centró de nuevo su atención en Lea. Casi pareció sorprendida de encontrarla allí.

—¿Quién eres tú, muchacha?

Lea frunció el ceño desconcertada. Miró a Jared, que aún sostenía la mano de su abuela. Su agarre se fue aflojando paulatinamente hasta que, poco después, se soltó del todo.

—Es Lea, abuela. Una amiga. —Jared hizo una breve pausa y apretó los labios. Seguía luchando por mantener las lágrimas a raya —. Pero ahora vamos a dejarte descansar, ¿vale?

Ella asintió de forma distraída, sin apenas prestarle atención; sus ojos fijos en el ramo de lilas de la cómoda. Jared aún se mantuvo a su lado un momento más, dubitativo, observándola con tanta tristeza que sus rasgos lucían desfigurados.

Abandonaron la habitación en un silencio pesado y sombrío, tanto como su propio ánimo. Después de pasar por el mostrador de recepción y avisar para que informaran a Margareth de que se marchaban, salieron al exterior. Jared no la miró ni una sola vez y tampoco dijo una palabra. Lea sabía que estaba luchando por mantener una calma que ni de lejos sentía. Incluso ella estaba turbada.

Las pocas nubes que habían emborronado el cielo se habían

disipado y el sol los envolvió como un manto cálido una vez que atravesaron el arco de entrada. Frente a él discurría una zona asfaltada y, más allá de esta, el césped verde y cuidado se extendía en todas direcciones. Había varios bancos dispersos por toda la zona y también mesas y sillas cubiertas por una carpa que les brindaba algo de sombra. El lugar era precioso y, sin embargo, Lea no podía sentir otra cosa que no fuera tristeza. No importaba el lujo, lo agradable que hubiera resultado el personal ni la ausencia del aroma a hospital tan característico de ese tipo de sitios.

—Tiene Alzheimer —soltó Jared de repente, escupiendo las dos palabras con una inmensa agonía—. Ella tiene... Alzheimer.

A Lea se le rompió el corazón al escucharlo. Había oído hablar de esa enfermedad, aunque todo lo que sabía era que te arrebatava los recuerdos, te hacía olvidar a tus seres queridos, amigos o conocidos, tus lugares preferidos, el camino de vuelta a casa, incluso quién eras. Pero nunca había conocido a alguien que la padeciera. No quería ni imaginar lo que debía sentir Jared...

—Hoy ha sido un día de los buenos —prosiguió, forzando una sonrisa. Clavó la vista en el suelo y todo lo que pudo ver Lea fue su perfil, pero podía imaginar la tortura que se reflejaba en sus ojos—. Normalmente, no me reconoce o me confunde con mi padre, y ellos... no se llevan demasiado bien. —Soltó una carcajada, un sonido horrible, estrangulado y doloroso—. Así que todo lo que hace es pedirme que me vaya.

—Oh, Dios, Jared. Lo siento. Lo siento mucho. —No sabía qué otra cosa decir, cómo consolarlo.

Él agitó la cabeza y todo su cuerpo sufrió una sacudida, exhausto y desolado. Roto. Lea no pudo hacer otra cosa que abrazarlo. Lo acercó a su cuerpo y, aunque era mucho más alto y corpulento que ella, Jared pareció encogerse hasta conseguir acurrucarse entre sus brazos; el rostro escondido en el hueco de su cuello. El sonido de sus sollozos se clavó en el pecho de Lea y se hundió hasta casi quebrarla. No podía decirle que todo iría bien, que todo pasaría, porque no era verdad. No había cura para el Alzheimer y Margareth lo había dicho; Candy no iba a mejorar.

—Estoy aquí —le dijo, en un intento de calmar su angustia,

aunque sabía que eso no significaba nada para él. Jamás, en toda su vida, se había sentido tan impotente—. Estoy contigo.

Él ni siquiera parecía estar escuchándola. Temblaba y se estremecía, y Lea temió que terminara derrumbándose y no ser capaz de sostenerlo. Aunque no quería soltarlo, lo llevó a un lado y lo guio para que se sentara en uno de los bancos más cercanos a la puerta. No lo dejó ir del todo, continuó rodeándolo con los brazos hasta que el temblor que lo sacudía fue remitiendo y los sollozos se apagaron. Ni aun así lo soltó.

Finalmente, fue Jared el que se separó de ella. Sus miradas se encontraron. Los ojos de Lea cargados de preocupación; los de él, de una tristeza profunda y desgarradora.

—Se lo diagnosticaron el verano pasado —le explicó, y Lea buscó de inmediato sus manos para sostenerlas; un apoyo silencioso que Jared pareció agradecer—. Al principio solo sufría pequeños despistes, olvidaba detalles tontos... Nada importante. Pero comenzó a ir a más... —Se le quebró la voz.

—No tienes por qué contármelo, Jared.

Lamentaba haberle preguntado al respecto. Pero él esbozó una sonrisa y negó.

—Quiero hacerlo. *Necesito* hacerlo.

Lea se preguntó si no hablaría de ello con su familia. Margareth había sugerido que estaba solo en esto. ¿No la visitaba su propio hijo? ¿El resto de los hermanos Payne?

A duras penas, Jared continuó hablándole de Candace y de cómo había evolucionado la enfermedad. Había dolor en cada palabra, aunque también un cariño profundo y feroz. Al parecer, había sido ella quien se había hecho cargo de su crianza, puesto que sus padres trabajaban prácticamente de sol a sol. Lea sabía que ambos eran empleados de sendas multinacionales con sede en Cleveland, y que incluso pasaban noches fuera. No eran pocas las ocasiones en las que, durante el curso pasado, Connor había aprovechado su ausencia para celebrar fiestas improvisadas en su casa. De lo que no tenía ni idea era de que hubiera sido así desde el nacimiento de Jared.

—Candy no solo era mi abuela. Era... Es como una madre para

mí —se corrigió—. Fue ella la que me llevó al colegio cada día durante toda mi infancia, la que me preparaba la merienda, me limpiaba las heridas y jugaba conmigo. Con seis años me aterrorizaba la oscuridad... —Los recuerdos manaban ahora de sus labios a borbotones—. Así que convirtió mi cama en un refugio. Ella misma fabricó una especie de tienda de campaña para hacerme sentir seguro. Cada momento importante de mi vida... estaba ahí. No mis padres; ella.

—La quieres —repuso Lea, y de inmediato se sintió estúpida por proclamar una obviedad.

—Es una mujer fuerte. Nunca se quejó por nada, ni desesperó. Y te aseguro que, sobre todo Connor y yo, le dimos motivos para ello. Pero siempre tenía una sonrisa en los labios y una caricia amable que brindarnos. Mientras mis padres se obsesionaban con ganar más dinero del que nunca podrían gastar, mi abuela se aseguraba de darnos lo único que necesitábamos: cariño. —Levantó la mirada de su regazo y observó la extensión de césped frente a ellos—. Y este es el resultado de su entrega: una lujosa habitación en una residencia, lejos de todo lo que ella ama, de sus nietos, de su jardín... Su propio hijo... —No fue capaz de continuar; la humedad desbordando de nuevo sus ojos y su voz quebrándose una vez más.

Lea tenía un nudo en la garganta. Se deslizó frente a él y se puso de rodillas para acunar su rostro, húmedo por las lágrimas, y fue secando los rastros que estas dejaban sobre sus mejillas. Durante un rato, no hizo otra cosa. Jared observaba cada movimiento y, después de que ella apartara una última lágrima, cerró los ojos.

—Gracias por escucharme —murmuró sin apenas mover los labios.

—No me las des, Jared, no he hecho nada.

—No había planeado el día de hoy así —terció él, abriendo los ojos.

Su mirada suplicaba un perdón que Lea creía del todo innecesario. Ojalá pudiera hacer algo más por él, algo realmente útil que lo hiciera sentir mejor.

—Siento haberte arrastrado hasta aquí —prosiguió disculpándose—. Procuero venir todos los días desde que he regresado, a pesar de que mis padres piensan que es una pérdida de tiempo porque ella apenas si se acuerda ya de mí. Si no estoy aquí, la enfermera me avisa siempre que mi abuela se muestra más... lúcida, como hoy. Creo que Maggie siente alguna clase de debilidad por mí, como si fuera el hijo que nunca tuvo o algo así —rio, aunque la alegría no tuvo eco en el verde de sus ojos.

—Es difícil no sentir debilidad por ti, Jared Payne —se escuchó decir. Acto seguido, se inclinó sobre él y le dio un beso en la mejilla—. Eres un buen tipo, aunque es probable que niegue haber dicho eso si alguien me lo pregunta.

La pulla hizo sonreír a Jared, pero la tristeza continuaba reflejándose en sus ojos.

—No puedes retractarte ahora que lo has dicho.

—Puedo y lo haré de ser necesario. —Le enseñó la lengua.

Si aquel tira y afloja entre ellos conseguía mejorar su ánimo, Lea pensaba explotarlo hasta la saciedad. Estaba más que dispuesta a ello.

—Venga, vamos a dar una vuelta en ese cacharro tuyo —propuso, sabiendo lo mucho que conducir lo calmaba.

Se irguió y tiró de él hasta obligarlo a ponerse en pie. Sin embargo, cuando ya se estaba girando para llevarlo hacia la zona en la que habían dejado la moto, Jared no se movió. Lea echó un vistazo por encima de su hombro y se lo encontró inmóvil, mirando sus dedos entrelazados. Se había acostumbrado tanto a caminar de la mano con él que no había llegado a soltarlo del todo.

—¿Vamos? —dijo, de repente mucho más insegura que un momento antes.

Jared levantó la vista lentamente hacia su rostro.

—Ven aquí, anda.

De un tirón, la acercó a él y la acomodó entre sus brazos. Lea apoyó la mejilla contra su pecho. Su aroma le anegó los pulmones y, por algún motivo, los ojos se le llenaron de lágrimas cuando Jared besó con suavidad su frente.

—No te esperaba así —murmuró él muy bajito—. No te

esperaba...

Lo que quiera que fuera a decir se vio interrumpido por la llegada de un coche. Estaban en medio de la zona de paso hacia el aparcamiento, así que no les quedaba más remedio que separarse. Lea se sintió un poco más vacía cuando abandonó el refugio de sus brazos al mismo tiempo que un escalofrío le recorría la espalda.

Al hacerse a un lado, una camioneta oscura avanzó por el asfalto y se detuvo al llegar a su altura. El cristal del conductor estaba bajado y, detrás del volante, se encontraba la última persona a la que Lea hubiera querido ver en ese momento.

—Hola, hermanito —dijo Connor, sonriéndole con malicia, y su mirada pasó a reposar sobre ella—. Veo que has estado aprovechando bien el tiempo.

Si hubiera estado mirando a Jared, Lea tal vez se habría dado cuenta del pánico que se apoderaba de su expresión al contemplar la sonrisa de su hermano, de la tensión que tiraba de sus hombros y de la súplica silenciosa que le dedicaba. Sin embargo, Lea estaba a un lado, inmóvil, totalmente centrada en Connor. No se percató de nada. En lo único que podía pensar en ese instante era en el error que había cometido la primavera pasada; en lo que había habido entre ella y el hermano del chico del que, posiblemente, podría llegar a enamorarse.

CONTINUARÁ...